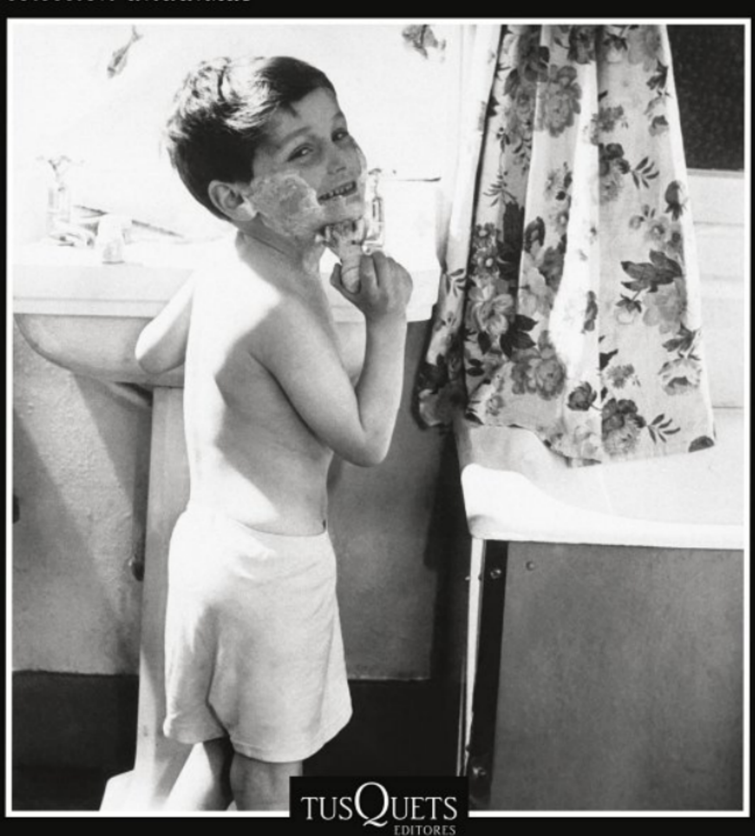
Enzo Maqueira

HIGIENE SEXUAL DEL SOLTERO

colección andanzas



TUSQUETS EDITORES

Higiene sexual del soltero

Higiene sexual del soltero

Enzo Maqueira

Índice de contenido

Maqueira, Enzo
Higiene sexual del soltero / Enzo Maqueira. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tusquets Editores, 2023.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-670-789-3
1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

1.ª edición: septiembre de 2023

Av. Independencia 1682 - C1100ABQ - C.A.B.A.
info@tusquets.com.ar

Digitalización: Proyecto451

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-987-670-789-3



A Mirta y a Jorge, que lo dejaron todo.

La cárcel

Ante todo, ¿qué debe hacer un hombre antes de casarse? ¿Ha de mantenerse virgen, en perfecta castidad, o bien practicará el amor y tendrá queridas?

Ciro Bayo, Higiene sexual del soltero.

Remolino verde sacude a pinchudo, al rebuzno de una lata enclenque y las vueltas giratorias sobre un aro de fuego o una lengua pero con pelos, ruge poderoso, en dos patas, con las aletas en punta para donde el dinosaurio se pelea con el monstruo, le salta baba al oído, las trenzas en la nariz, una miga de pan como pelota de goma, pelícano de algodón dulce, redondo, la caricia en la cabeza, el perfume de la ropa y la leche chocolatada, el «buen día» susurrado contra la almohada, la voz de mamá despertándome para empezar la primera de las mañanas de mi nueva vida.

Y entonces me despabilé del todo.

Alcé los brazos para entrar en el guardapolvo celeste, la corbata azul, el pantalón hasta la cintura. La corbata me apretaba el cuello. *¡No quiero!* Mamá aflojó un poco el nudo, me peinó el flequillo, me dijo te vas a acostumbrar. Rápido tomé mi taza de chocolatada, me cepilló los dientes, bajamos por el ascensor. Cinco cuadras casi al trote por la vereda del sol. Un kiosco para comprar galletitas. ¡Vamos, que se hace tarde! Mamá me volvió a agarrar de la mano y corrimos juntos.

Un edificio gris, un paredón con rejas. El portón negro y las escaleras en zigzag. Un pasillo hasta la sala con la cartulina verde. La señorita se acomodaba el pelo largo como el de los caballos, recibía a los últimos chicos que también llegaban tarde. Se agachó para darme un beso, cantó *bienvenido-bienvenido* mientras me

abrochaba en el guardapolvo un papel con mi nombre escrito con brillantina. Ojo con el alfiler pinchudo, tené cuidado, Junior, ¿sí, corazón?, y me pellizcó los cachetes. Me invitó a pasar con mis compañeros. Me dijo que las mamis esperaban afuera, en el pasillo, hasta que los nenes aprendieran a quedarse solos.

La sala verde del jardín de infantes del colegio de los Hermanos del Corazón Sagrado olía a témpera y plastilina. Un montón de chicos revoloteaban a mi alrededor. Un rubio cara de papa, el gordito con rulos, otro que estiraba el elástico del corbatín para darse un latigazo en la pera. ¡Silencio!, aplauso, sonrisa, los nenes sentados. La señorita nos dijo que nos íbamos a divertir mucho. ¿Cómo?, preguntó uno de orejas coloradas. ¡Así! Abrió grande la boca la señorita, metió la mano en la caja de las sorpresas, sacó unas hojas gigantes que repartió una para cada nene: a pintar con marcadores, más tarde una canción en ronda, las galletitas de vainilla y chocolate, dormir la siesta, jugar a pasarnos una pelota. Eso, el primer día. El segundo, conocimos a unos títeres que vivían en la caja. El tercero, pintamos con marcador. Los otros nenes se divertían. Yo me levantaba a cada rato para escabullirme hasta la puerta del aula y asomarme para comprobar que mamá siguiera ahí afuera esperándome.

¿Quién sabe qué hace un bailarín?, preguntó la señorita una mañana. Levanté la mano. La canción del Mono Liso. Puse la cara seria: Un, do, tre, cuá, y moví los brazos como una mariposa. Mis compañeros se murieron de risa. ¿Por qué si yo lo había hecho perfecto? Fue nada más que el principio, porque enseguida se puso peor. Teníamos un profesor de gimnasia igual a papá (que me peleaba y me decía: ¡En guardia!, me daba una cachetada en la oreja: ¡Defendete!, un juego que a mí me hacía doler la cabeza), aunque el señor Ganizzo era musculoso y se vestía con una camiseta ajustada, siempre estaba serio, y el silbato le colgaba del cuello. Hacía bocina con las manos: ¡Soldados!, Priiiiiii, ordenaba la carrera. Teníamos que avanzar con el traste pegado a las baldosas hasta llegar al primer puesto, pararnos, correr, tocar la campana del otro lado del patio, volver a sentarnos al fondo de la fila. Pero todos

se rieron cuando me tocó a mí. ¿Ahora qué? Resulta que había corrido como una nena. Lo peor fue cuando me tropecé, ¡aia!, porque me había raspado el tobillo. El señor Ganizzo me aturdió con el silbato: ¡No sea maricón!, y otra vez las carcajadas se me vinieron encima. Ese día salí corriendo a buscar a mamá, pero su silla estaba vacía. Justo el portero pasaba por el fondo con el secador y un trapo de piso. Desde esa distancia me dijo que me comportara como un hombre, que ya era hora de que aprendiera a quedarme solo.

A partir de ese día no quise más el pantalón ni la camisa, y mucho menos la corbata que me apretaba el cuello. Quería volar al cielo como en el libro que mamá me había regalado para mi cumpleaños. Acariciaba el dibujo de la estrella sobre el horizonte. Imaginaba que cuidaba mi rosa. En algún momento debía haber caído a la Tierra. No me acordaba por culpa del golpe tan fuerte que me había dado, así que le pedía a mamá me lo leyera todo otra vez.

Papá, en cambio, para mi cumpleaños me había regalado la camiseta de San Lorenzo. Fuimos a una plaza, porque quería enseñarme a patear. Pero como no habíamos llevado pelota le dijo a un nene que tenía una si quería jugar conmigo. A mí ese chico me parecía tonto, pero papá igual lo dejó venir con nosotros. Jugamos un rato, hasta que el nene pateó y la pelota me pegó en la cara. Me dolió tan fuerte que me puse a llorar. El nene se fue con la pelota. Papá se puso rojo de la vergüenza y se subió al auto. Mamá me sacó una foto vestido de futbolista.

Mi día preferido era el viernes, que papá se iba a un club a jugar al póker y yo me acostaba con mamá en la cama matrimonial. Me leía libros, resolvíamos laberintos, dibujábamos pájaros y delfines, hasta que a los dos nos daba sueño y apagábamos la luz. Pero en medio de la noche me despertaban las manos frías de papá, el olor del cigarrillo, la camisa abierta; me arrancaban de las sábanas y me devolvían a mi pieza.

Con el tiempo me fui acostumbrando a que ya nada iba a ser igual que antes. Aunque a veces la pasaba bien en el jardín. Con la

mancha estatua, sobre todo, que había que quedarse quieto. Un día me tocó ser mancha. Corrí al Panza Morcillo y ni siquiera llegué a rozarlo, pero Tomasito Borravino me sacó la lengua, yo estiré la mano y sin querer le arranqué la manga del guardapolvo. Me miró con sus ojos de remolino loco, respirando fuerte, igual que los toros de los dibujos animados. Mamá me había enseñado que en esas situaciones tenía que pedir disculpas, pero Tomasito reaccionó primero que yo: los labios apretados, el puño para atrás, una trompada en la boca que me tiró al suelo.

Mamá se dio cuenta enseguida de que yo tenía problemas. No le íbamos a decir nada a papá (le iba a parecer caro, no iba a querer gastar en una pavada así, y además ella podía sacar la plata de unos ahorros que le había dejado mi abuelo), pero al otro día me llevó con un señor para que charláramos un rato. Se llamaba Licenciado Levy y era un señor con bigote puntiagudo. Hacía sonar los dedos, se acomodaba los anteojos, me miraba mientras escuchaba lo que mamá tenía para contarle: que Junior era muy solitario, que no se había hecho amigos, que era muy miedoso y quería faltar al jardín… Licenciado Levy se tocó la punta del bigote, agradeció el relato y le pidió que por favor nos dejara solos. Cerró la puerta y acercó su silla a la mía; me preguntó si me gustaban las espadas. Contesté que me gustaban mucho. ¿Mucho o no tanto? Levanté los hombros: No sé. De un cajón, sacó dos espadas de madera. A ver, revoleó una para que yo la atajara. Pero la espada me rebotó en la mano, se cayó al piso y lloré, porque me había lastimado un dedo.

Seguí viendo «al» licenciado Levy (mamá me dijo que no se llamaba Licenciado, que eso era un título que podía ganarme si iba a la universidad) cada martes, siempre a escondidas de papá. Jugábamos a pegarle patadas a un muñeco relleno de algodón, a tirarnos bolitas con una cerbatana, lo corría alrededor del escritorio. El licenciado Levy me explicó que yo necesitaba desarrollar mi agresividad. Un día le clavé la espada en la rodilla. Me quedé callado del miedo a que le saliera sangre, pero él me felicitó. Había estado muy bien, me palmeó la espalda, abrió la puerta para llamar a mamá. Con una sonrisa del bigote parado, me dijo si por favor

podía esperar afuera.

No sé qué hablaron, pero un día le dije a mamá que me encantaba la parte del *piriripín* de un tango, cuando hacía eso la canción: *piriripín*, y que yo quería aprender a tocar ese instrumento. Me preguntó si no me gustaba más ballet; a ella el ballet siempre le había gustado mucho; pero le dije que yo quería tocar ese *piriripín*. Mamá enseguida consiguió una profesora de piano, una señora de rodete que me enseñó las notas, las escalas y el solfeo. En las pruebas, me saqué muy bien, felicitado y diez. Mamá estaba contenta, y papá pagaba las clases sin protestar, pero la profesora había recomendado que Junior tuviera su propio piano. Papá le dijo a mamá que buscara uno usado. Mamá le contestó que no iba a poner un armatoste en medio del living. Al final, me compraron uno nuevo, pero de fabricación nacional. Era negro, brillante, y el taburete giraba como el comando de una nave. Repetía los ejercicios que me enseñaba la profesora, con sus anteojos redondos, marcando el *tempo*: … uno, dos, tres, cuatro; do, sol fa, reee, do, pero me aburría y tocaba las teclas como tuviera ganas. Según mamá, tenía talento para la música, para el arte en general; eso se lo había explicado el licenciado Levy. Yo nunca iba a ser un chico deportista. Tenía que desarrollar mi creatividad. El tema era que el colegio no me daba tiempo. ¿Para qué tenía que aprender a patear una pelota si yo quería ser pianista? Se lo dijo a papá, obvio que sin contarle del licenciado Levy, y que había decidido pedir en el colegio que me eximieran de la clase de Educación Física. Por supuesto que era una excusa. Mamá sabía que en Educación Física era donde yo peor la pasaba. Pensé que papá se iba a enojar, pero contestó que hiciera lo que a ella le pareciera mejor para su hijo.

Fue la época de las angustias, cuando me di cuenta de que algún día mamá se iba a morir. Fue también cuando supe (me lo contó ella) que papá no había tenido educación, que no sabía ser padre porque el suyo lo había abandonado cuando era chico, que lo habían criado a golpes: de la madre, de la celadora del internado de monjas donde lo habían dejado pupilo, de un sargento en el servicio militar… Había trabajado desde los nueve años para salir de la

pobreza. Lo había logrado; gracias a él teníamos un buen pasar. Papá a veces parecía malo, pero era generoso. Mamá me dijo que yo tenía que estar agradecido por todo el trabajo que hacía por nosotros. Yo estaba agradecido, pero era lo que los padres hacían. No se me ocurría que estuvieran para otra cosa. En cambio, mamá cocinaba, me leía cuentos, me enseñaba a dibujar y me contaba la vida de los grandes músicos de la historia. Papá mismo se lo había dicho apenas me habían tenido. Él iba a traer la plata a casa; ella me iba a criar. Por eso mamá también fue la encargada de explicarme cómo se hacían los bebés. Me dijo que los hombres y las mujeres se abrazaban, se besaban mucho y después… A mí me pareció raro: ¿Cómo hacían para besarse si tenían que meterles el pito en la cola?, pero mamá me aclaró que esa cola no, que la de adelante.

En primer grado entró un nene nuevo. Había hecho jardín y preescolar en la sala roja; lo había visto en algunos recreos, pero nunca habíamos hablado. Era uno de anteojos que se paraba muy derecho en la fila cuando teníamos que tomar distancia. Le tocó sentarse en el banco al lado del mío. Apenas el hermano que nos daba clases avisó que íbamos a rezar el Ave María, Rodri me tironeó de la manga para preguntarme si me sabía la letra: Dios te salve María, llena eres de gracia, el señor es contigo. Rezaba con la cabeza para abajo; se le iban a caer los anteojos. Santa María, madre de Dios… ¡Cuidado!, le señalé el piso. ¿Qué? El hermano Sergio nos pidió que nos calláramos. Ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte… La campana del recreo nos hizo levantar de un salto. Ninguno de los dos quiso meterse en el despelote que había en el medio del patio; era peligroso con tantos chicos más grandes que corrían por todos lados, se pegaban patadas, se perseguían. Nuestro refugio iba a ser la reja del fondo, agarrados de los barrotes que nos separaban de la calle. Veíamos pasar los autos del otro lado, las señoras que salían con el carrito a hacer las compras, todas personas grandes, porque los chicos estábamos encerrados. Rodri no me creía que yo sabía tocar el piano, y por eso le dije que un día viniera a mi casa. Me preguntó

con quién vivía, porque sus papás estaban separados y él tenía dos casas. ¿Y vos ya viste al Corazón Sagrado? ¿En dónde? Rodri señaló la capilla. Corrimos los dos al mismo tiempo. Entramos empujando una puerta despintada de verde.

El olor a pasto dulce del incienso, la llama del Espíritu Santo, la corona de espinas y la sangre de Jesús: el pecho abierto, el corazón prendido fuego. A los dos nos pareció que el corazón de la imagen latía. Se hizo costumbre: mientras afuera en el patio sacudían pelotazos contra la puerta de la capilla, Rodri y yo rezábamos las oraciones que el hermano Sergio nos enseñaba, con los dedos apretados —los ojos fijos en el cuerpo desnudo y azotado de Cristo — de rodillas sobre una tabla con olor a madera vieja.

El milagro de la multiplicación de los panes y los peces; la resurrección al tercer día y entre los muertos; la asunción de la Virgen al cielo; los arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael; el mar Rojo abierto en dos mitades para que Moisés lo atravesara con los hombres, niños y mujeres de su pueblo. Y el diablo, que según el hermano *Serio* no podía hacernos daño, porque era como un perro atado: si te acercabas te iba a morder, pero si te mantenías lejos te salvabas. Durante esos años interminables de la primaria, el misterio se escondía en los versículos de la Biblia, las estrofas del Credo, los rezos que aprendíamos con muchas más ganas que los problemas de matemática.

Algunos mandamientos eran difíciles: ¿qué significaba «no codiciarás los bienes ajenos»? El hermano Sergio dijo que era sentir envidia, pero también si deseábamos a la mujer del prójimo. No nos preocupaba porque no teníamos mujer ni sabíamos quién era «el prójimo». Tampoco se nos ocurría robar, por más que algunos de los salvajes de nuestros compañeros se quedaban con los marcadores que se caían al piso. Y por supuesto que ninguno de los dos pensaba matar a nadie. Esos pecados no nos preocupaban. En cambio los actos impuros eran un pecado mortal. Yo, por ejemplo, cuando miraba la tele, me frotaba contra el piso del living. Había empezado sin darme cuenta, viendo los dibujitos, pero después era a propósito. Rodri me contó que él hacía lo mismo.

Ese año hubo una tormenta tan grande que los truenos rebotaban contra el ventanal del living. Los nubarrones verdes y la nariz pegada al vidrio. Mamá estaba preocupada porque papá no volvía del trabajo. Lo había llamado varias veces, y nada; tenía que haberle pasado algo, porque si no ¿a dónde había ido? Pero justo el ascensor frenó en el quinto piso; la puerta del ascensor se cerró con un golpe; la llave entró en la cerradura. Papá estaba empapado, chorreando por las orejas, el paraguas partido al medio. Dijo que no con la cabeza; mamá dio un paso hacia atrás, se llevó la mano con el teléfono a la boca y preguntó qué había pasado. Papá parecía a punto de derrumbarse, pero se dio cuenta de que yo estaba ahí, levantó la frente y se limpió el agua de la cara: que nos quedáramos tranquilos, mañana él se iba a ocupar de resolverlo todo.

Pero al otro día teníamos el living lleno de bolsas con corpiños, camisetas, bombachas pegadas al nylon por la humedad, con olor a agua podrida, a los tres metros de inundación en el depósito del negocio. Papá sacaba las prendas del envoltorio y las ponía dentro de un balde; la abuela (no la veíamos nunca, porque vivía lejos, pero se había tomado un colectivo y un tren para venir a ayudarnos) llevaba el balde al lavarropas, dejaba la mercadería limpia, la planchaba; el paso siguiente era meterla de nuevo en bolsas con una etiqueta de «oferta» y a mitad de precio. Mamá era la que organizaba todo. Yo quería hacer algo también, pero me dijo que no me preocupara por nada. Se me ocurrió que podía dibujar estrellas en los precios, pero no hacía falta, así que me preparé la merienda solo y me tiré en el piso a mirar los dibujitos. A los dos segundos, papá apareció a los gritos, furioso, me levantó del piso con un manotazo y me llevó hasta el baño para empujarme contra la tabla del inodoro: quería que viera de cerca lo que había hecho, que oliera lo que había dejado, a ver si la próxima vez levantaba la tabla, apuntaba al medio, tenía el respeto de por lo menos secar con papel higiénico. Yo lloraba, porque me apretaba el brazo, y también me daba vergüenza saber que la abuela había escuchado los gritos.

Papá estaba muy preocupado esos días, y yo iba a pasarla mejor con mi amigo, así que a la tarde siguiente mamá me dejó en la casa

de Rodri. Su mamá trabajaba y volvía a la noche, pero él estaba acostumbrado a quedarse solo. Jugábamos a la vecina, a tomar el té, bailábamos el vals como en las películas. Dijo que también podíamos jugar al doctor. A mí eso no me gustaba. Entonces dijo que podíamos jugar a *Fama.* Los dos éramos fanáticos. Nos sacábamos las zapatillas y patinábamos sobre el parqué. Rodri hacía piruetas como Leroy. Yo quería ser Bruno Martelli. Otra vez le propuse que jugáramos a *Invasión extraterrestre.* Yo era un lagarto aliado de la Resistencia, y él eligió ser la líder de los invasores. ¡Tonto incompetente!, Rodri escupía el rayo láser con los dedos: ¡¡¡Fiuuuu!!! Yo me sacudía, doblaba las rodillas; Diana, una vez más, me había ganado. Un día le dije a mamá que me había hecho amigo de Rodri porque era de mi misma raza. ¿Tu raza? Pero no supe explicarle. Mientras tanto, las bolsas con las prendas planchadas y limpias, los muebles del living, la abuela, papá, mamá y yo fuimos volviendo a nuestros lugares, y a las dos semanas el negocio abrió con un cartel que decía: LIQUIDACIÓN TOTAL, sobre una cartulina que decoré con nubes de color verde.

Ese verano nos separamos. Rodri viajó al pueblo donde vivían sus abuelos, y yo lo pasé en casa, porque con la inundación nos habíamos quedado sin plata. Miraba la tele, tocaba un poco el piano, construí una nave espacial con una caja de zapatos y dos botellas de plástico como propulsores, pero todavía no había descubierto cómo hacerla volar.

Rodri se entusiasmaba con otra cosa: tercer grado, la primera comunión, ¡íbamos a recibir el cuerpo de Cristo! Primer día de clases. Nos volvíamos a ver después de tanto tiempo. Pero el hermano Pedro se acercó con una lista: ¡Silencio! Los alumnos que nombro a continuación van a mi derecha, y los que nombre luego van a mi izquierda. El aula A y el aula B. Yo siempre había sido A. Nos quedamos callados y en posición de firmes. El hermano Pedro gritaba los apellidos. Rodri dijo que parecía que íbamos a la guerra de las Malvinas. Yo de eso nada más me acordaba la canción que pasaban en la radio cuando era chico. ¡Martínez! El hermano Pedro me indicó que yo iba a la izquierda, ¡pero a la izquierda iban los del

aula B! Salí corriendo a buscar a mamá, que esperaba con las otras madres a que el hermano director diera comienzo al acto de inicio de clases. No me tenía que preocupar; era una cuestión de organizar mejor las aulas, para que no hubiera tantos chicos en el mismo curso… Le expliqué a mamá que al aula B iban los más salvajes. Sonó la campana y tuvo que arrastrarme a la fila. Me quedé quieto en mi lugar, con los mocos colgando. Recién cuando me tranquilicé un poco me di cuenta de que Rodri había quedado en la otra fila.

Me senté en el fondo, contra la pared, pegado a la ventana. Había logrado evitarlo desde el preescolar, y ahora Tomasito Borravino era de nuevo mi compañero. También Campagnola, que enseguida me dijo maricón, porque me vio practicando piano con los dedos en el aire. El único que me alegré de encontrarme fue al Panza Morcillo. Habíamos hecho juntos el jardín, nunca habíamos hablado, porque era callado igual que yo, y por eso él nunca me molestaba. Pero no era de mi raza: ni siquiera sabía leer de corrido. Así que los recreos los pasaba solo, porque Rodri enseguida se hizo nuevos amigos, y yo con ellos no quería juntarme. Me refugiaba contra la misma reja donde nos habíamos sentado juntos, sacaba la nariz entre los barrotes para respirar el olor de los árboles de la calle, cerraba los ojos y me imaginaba que tocaba una canción triste, *piririripín,* silbaba como había visto silbar a papá, *piririripín fiu fiu piripipín.* A veces me reía solo imitando el sonido de los pájaros que saltaban de una rama a la otra entre los árboles de la calle. Pero ni siquiera así estaba a salvo. En un recreo, dos chicos más grandes me empujaron cuando iba al baño a hacer pis. Me caí sin tiempo de poner las manos, golpeé con la cara contra el piso y se me abrió la pera. El hermano Pedro me levantó, pero me dijo que iba a tener que pegarme la herida con La Gotita. En casa mentí, dije que me había tropezado. También que me dolía mucho la panza, así mamá me dejaba faltar al otro día.

Una mañana, me pasé el recreo rezándole al corazón de Jesús. Quería que castigara a los salvajes, que los fulminara con un rayo, que los mandara al Infierno. Cuando se hizo la hora de volver al aula, esperé un rato más hasta que el patio se vaciara, pero los

minutos pasaron y el bochinche de afuera seguía. Tuve que salir y caminar por el borde del patio para mantenerme a salvo de los empujones. Recién cuando estaba por subir al aula, me di cuenta de que todos miraban al cielo. Hasta el hermano *Serio* con su cara de chinchudo, el hermano Pedro y su carpeta azul. Me hice visera con una mano: una mancha blanca, redonda, flotando en el aire. ¿Era lo que parecía? ¡Es un OVNI!, repetían los salvajes. ¿Un OVNI? ¡Por fin había venido! Se me cayó una lágrima mientras esperaba la luz que me llevaría al cielo: Junior Martínez, de regreso a su asteroide. Pero la campana sonó otra vez, y el hermano Pedro metió la carpeta azul debajo del brazo y aplaudió para que los de tercero B lo siguiéramos. El hermano Sergio arrió a los de segundo grado. A los más grandes los buscaba el director: ¡Ala!, ¡ala!, haciendo señas para todas partes. Y yo también tuve que volver al aula, todavía seguro de que en cualquier momento el OVNI iba a rescatarme.

Esa noche, en el noticiero hablaron del plato volador que había sido avistado en Buenos Aires. Le conté a mamá, y me mostró un libro que ella tenía sobre extraterrestres. Le conté a papá, y dijo que era todo verso. En el recreo del día siguiente, volví a la capilla para pedirle a Jesús, ahora para que el OVNI volviera a buscarme. El resto del tiempo lo pasé mirando el cielo por la ventana del aula. Pero esta vez solo había nubes. Más tarde dijeron que la NASA había estudiado el caso y había dictaminado que se trataba de un globo meteorológico. Papá ya se había encerrado a hacer las cuentas del negocio. Mamá aplastaba con un martillo la carne para las milanesas. No les quise contar la noticia. Me resigné a que estaba atrapado en este planeta.

La desilusión duró hasta que llegó lo que, según el hermano director cuando vino a darnos su discurso, iba a ser «el momento más importante de nuestras aún cortas vidas». Nos repetía los mandamientos: colgaban de la pared del aula en una cartulina blanca en el caso de los pecados veniales y en una roja para los mortales. Teníamos que comportarnos con juicio, pensar en nuestros pecados, reflexionar sobre cómo me desempeñé en casa, en el colegio, con mis amigos. Hacer un profundo examen de

conciencia. ¿Respeté a mis padres? ¿Tuve temor de Dios? Repasé la lista de pecados en mi cuaderno: Santificarás las fiestas, No codiciarás los bienes ajenos, No cometerás actos impuros. Algunos me confundían. Extrañaba a Rodri, que era mucho mejor que yo para aprenderse esas cosas. Una sola vez nos volvimos a encontrar en un recreo: él bajaba las escaleras y yo subía a mi aula. Me mostró las tarjetas que había mandado a hacer para su comunión: su nombre en dorado, la Virgen rodeada de ángeles. El nuevo novio de la mamá le había regalado el servicio de *lunch* para después de la misa. Yo estaba apurado, porque a mi aula le tocaba confesarse. Me guardé la tarjeta en el bolsillo del guardapolvo y corrí para hacer el último repaso.

Cuando sonó la campana, el grado se llenó enseguida. El hermano Sergio gritó hasta que logró que los salvajes se callaran, recogió la Biblia que había dejado sobre su escritorio, se paró frente al pizarrón y, con esa voz grave que a mamá le gustaba tanto, nos dijo que había llegado la hora de enfrentarnos a nuestro Señor.

Bajamos las escaleras. Atravesamos el patio. Íbamos en silencio, como en procesión. Las luces de la capilla estaban prendidas. El hermano Pedro nos esperaba: nos hizo sentar en las primeras filas. Al fondo, el confesionario. Morcillo era el primero; cuando el hermano Pedro le dio la orden, se levantó, hizo la señal de la cruz y se perdió entre las sombras. La llama del Espíritu Santo flameaba sobre el altar. El chirrido de la madera, si alguno de los salvajes se movía inquieto. Morcillo volvió caminando despacio y se arrodilló a rezar la penitencia. El hermano Pedro le hizo una seña a Basavilbaso, que también se perdió en el fondo. A mí me transpiraban las manos mientras repasaba la lista de mis pecados. Le tocó el turno a Moreira, López, completó la fila Campagnola. Carolo abrió la segunda tanda: el que seguía era yo. Pensé que me desmayaba cuando llegó el momento de pararme y caminar por ese pasillo oscuro. Me arrodillé frente al confesionario, Ave María Purísima, hice la señal de la cruz. Sin pecado concebida, contestó el padre José. Era el único sacerdote del colegio, solo él estaba habilitado para ejercer los sacramentos. Era más viejo que los

hermanos, que apenas llegaban a los treinta años, usaba anteojos y tenía la nariz colorada, según Rodri, porque se tomaba el vino de la misa. Respiraba con un silbido del otro lado de los agujeritos del confesionario. Preguntó por mis pecados. Mentí, dije. ¿Y qué más? Y levanté falsos testimonios. Es lo mismo. Sí, contesté. ¿Algo más? No santifiqué las fiestas. Bien, ¿otra cosa? Sí, agaché la cabeza. ¿Qué? Co-co, tartamudee, co-co-*condicioné* los bienes ajenos. El padre José suspiró: ¿Algo más? No. ¿Seguro? Seguro. ¿Estás arrepentido de esos pecados? Sí. ¿De todos? Sí. Me dictó la sentencia: dos Ave María y tres Padrenuestro. Tenía que rezarlos para que Dios me perdonara. Antes movió la mano haciendo el dibujo de una cruz, dijo: Yo te absuelvo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y me podía ir en paz. Eso era todo. Volví con las manos en oración, la cabeza gacha, a mi lugar en el banco. Detrás de mí, salió disparado Borravino. Alcancé a verlo antes de cerrar los ojos para cumplir con mi penitencia.

Tardé menos de dos minutos en pedir perdón por los pecados que había cometido en mis nueve años de vida. Dije el último Amén, levanté las rodillas del tablón y me senté a esperar que los demás terminaran de confesarse. Pero enseguida me agarró la duda: estaba convencido con «santificarás las fiestas» y con «no levantarás falsos testimonios», pero «condicionar» los bienes ajenos me confundía. Pasaron Iglesias, Pérez Domínguez, Menusso. Cuando el hermano Sergio nos indicó que volviéramos al aula, me desesperé por llegar rápido para abrir mi cuaderno. La vista se me nubló de nuevo: me había equivocado, quería confesar que me frotaba contra el piso del living y había dicho que envidiaba lo que tenían los otros. Mientras tanto, los salvajes, a los gritos, sacudían los bancos; Borravino escupía contra la pared del fondo; Campagnola se reía como una hiena. El hermano Sergio levantó la voz para recordarnos que teníamos que sostener el acto de contrición hasta el regreso a casa. Pero no pude. El pitido en la cabeza sonaba más fuerte; la transpiración me caía a chorros; pensé que si me moría iba a ir al Infierno. Además tenía que mantener el secreto. No podía contarle a mamá lo que hacía cuando miraba televisión. Juré que nunca más

iba a frotarme. Me lo juré a mí mismo y también a Dios, que según el hermano Sergio estaba en todas partes y lo veía todo.

El domingo, mamá me despertó para alcanzarme el calzoncillo, las medias, el pantalón gris, la camisa blanca y el saco. Un moño también blanco me cubría la mitad del brazo izquierdo. La misa era en la capilla. La abuela había venido a verme tomar mi primera comunión, ella y una tía lejana que la acompañaba.

El padre José levantó la hostia, el cáliz, el vino. Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme. Se puso de pie y caminó al frente del altar cuando sonaron los acordes de la canción que invitaba a la eucaristía. Formé una fila con mis compañeros. Cada paso me acercaba más a cometer un pecado mortal. Cinco, cuatro, tres salvajes antes de que me dejaran solo y frente a la hostia. Apreté una palma contra la otra. Respiré profundo. Levanté la cabeza. El cuerpo de Cristo, dijo el padre José, y un monaguillo de sexto grado me iluminó la cara con el reflejo de un plato. Amén, respondí y abrí la boca. El padre José me apoyó la hostia sobre la lengua. El cuerpo de Cristo tenía sabor a papel mojado.

Conocí el temor de Dios y viví en pecado mortal hasta que tuve la oportunidad de volver a confesarme y pronuncié las palabras que la última vez no había encontrado. No le aclaré al padre José que la vez anterior me había confesado mal. Me convencí de que Dios sabía que estaba arrepentido. Además, el padre José solo quiso saber si mis actos impuros los había cometido solo o acompañado.

Hacía rato que los salvajes me habían dejado en paz. Nada más se reían de mí las pocas veces que olvidaba hacerme invisible. El resto del tiempo, me ignoraban. A veces me invitaban a los cumpleaños, pero porque la costumbre era decirle al grado entero. Una paloma en la galera, payasos con voz de corneta, un sándwich de jamón, queso y papas fritas. Ya no creía que era un extraterrestre. Ningún extraterrestre cometía actos impuros como yo los seguía cometiendo.

En esa época aparecieron los tics: hacer ruido de ratón con la boca, sacudir el brazo, rascarme el cuello hasta dejarme marcado. Mamá me preguntó si tenía ganas de hacerle una visita al licenciado Levy. Repetimos lo mismo que la otra vez: sin decirle a papá, le sacó plata del cajón y fuimos al consultorio. Jugamos con unos muñecos de He-Man; yo tenía que imaginarme una historia mientras el licenciado Levy anotaba en su cuaderno.

Ahora los viernes papá y mamá salían y yo me quedaba en casa con la encargada del edificio, la señora Gladys, que se reía a carcajadas con los programas de televisión. Yo los chistes no los entendía, pero me atraían esas mujeres medio desnudas y dobladas como una cobra. Había una que les prometía a los señores que la próxima semanita se iban a sacar la tanguita. Nunca lo hacía, pero a mí me llamaba tanto la atención que cuando iba al baño me escondía el pito para atrás, entre las piernas, para que se me formara una rayita como la que había visto en una nena que hacía pis colgada de la mamá contra un árbol de la vereda.

Y no era el único interesado. La primera vez que le escuché la voz al Panza Morcillo, fue cuando nombró a la chica de la tanguita. Lo mismo Campagnola: con su grupo de forzudos habían inventado una canción sobre tocar culos y tetas. Yo dibujaba esas cosas también, pero no se las mostraba a nadie. Sin embargo, esos dibujos, esas mujeres de la televisión, el interés por el sexo, acortaban la distancia con los salvajes. En sexto grado llegué a tener algo parecido a una amistad con uno que se sentaba cerca. Vivía a una cuadra de casa, y a la salida del colegio volvíamos caminando para el mismo lado. Era un chico de apellido Pereyra que tocaba la guitarra y escuchaba tango. No conocía la música *new age,* que yo había descubierto hacía poco y me parecía copante (como regalo de cumpleaños de once, había pedido un casete con la banda de sonido de *Carrozas de fuego*). Pero no era de mi raza, porque pegaba piñas. Medio colegio se amontonaba en la esquina para verlo pelear con algún otro salvaje. Yo por unos días prefería volver caminando solo.

Pero si no hubiera sido por Pereyra, que insistió hasta que pudo convencerme, nunca me hubiera animado a ir al campamento. Un

fin de semana entero. Comienzos de la primavera. Mamá me preparó una mochila con abrigo, manzanas, tres calzoncillos por si se me mojaba alguno. Viajamos en un micro, los salvajes gritando, escupiendo bolitas de papel con una cerbatana hecha de una birome hueca. Fuimos con Ganizzo, el hermano Pedro y dos chicos del secundario que lo ayudaron a preparar el guiso para el almuerzo. Ganizzo presentó las pautas de comportamiento. Desde que me había eximido de Educación Física, no lo había visto más que dos veces al año, cuando me daba la consigna del trabajo práctico que tenía que presentar para aprobar la materia (el de ese año era sobre el reglamento de hándbol) y el día que le entregaba el trabajo listo. Ganizzo reiteraba por tercera y última vez los horarios de los juegos y las actividades, el horario de las comidas, el de rezar el rosario, el de armado de carpas, ¿estamos?, también el horario de dejar de hinchar las pelotas… Los salvajes se rieron. Uno dijo en voz baja que el hermano Pedro había tirado las cenizas del cigarrillo en la cacerola. ¡Mentira! ¿¡Qué no!? ¡Yo lo vi, te lo juro por tu vieja!, se gritaron entre dos, y Ganizzo sopló tan fuerte el silbato que casi nos deja sordos.

Recién después de rezar y agradecer a Dios por el campamento pudimos levantar las carpas. Iba a dormir con Pereyra, el Panza Morcillo y Agustín Jiménez, que andaba siempre con una cruz colgando del cuello. En el almuerzo, uno gritó el desafío: ¡Borravino contra Pereyra! ¡Cuando quiera!, contestó Pereyra. ¡Che! —Pereyra con la boca llena de puré de papas—, ¡a la noche te peleo! Borravino clavó sus ojos de remolino loco: ¡Yo te peleo a la noche! Ganizzo hablaba en la otra punta del quincho: Se ponen la pollerita corta por acá —se señalaba las piernas—, el escote les queda así —las manos como dos globos—, pero si les tocás la cola te pegan una cachetada…, pero yo me había levantado para hacer pis y se interrumpió para chistarme adónde va el señor tan apurado. Me frené en seco. Los ojos sin pestañear de Ganizzo. Tartamudeando, traté de explicarle que iba al baño. Sentía la cara descontrolada por los tics. Rogué que los salvajes no se dieran cuenta. ¡La señorita quiere ir al baño! Se cruzó de brazos. ¿A qué baño quiere ir?

Contesté que no sabía. Vaya a aquel árbol —señaló un pino al fondo — y vuelva rápido, ¿estamos? En ciento ochenta segundos lo quiero de vuelta con sus compañeros.

Esa tarde jugamos a descubrir el tesoro, exploramos el campo hasta donde terminaba el alambrado y vimos un agilucho comiéndose una rata toda podrida. Después de cenar un guiso de arroz que también se había quemado, los chicos del secundario prendieron un fogón y cantamos mientras nos pasábamos una piedra. El que se la quedaba último tenía una prenda. Por ejemplo, correr hasta que los otros te alcanzaran. Por suerte nunca me tocó a mí. Antes de dormirnos volvimos a rezar, ahora para agradecer la comida y el refugio de las carpas.

La velocidad del Ford Capri Turbo, del Audi Quattro, las revoluciones por minuto del Opel Kadett. Jugamos a las cartas de autos, iluminados por las linternas. Por un momento pensé que podía ganar, pero al final Morcillo hizo más puntos. Jiménez quería la revancha. Pereyra lo tironeó de la remera: Pará, vamos ahora. ¿A dónde? ¿A dónde va a ser, boludo? Salieron los dos de la carpa.

¿Qué pasa?, pregunté en voz baja, porque a esa hora ya teníamos que estar durmiendo. El Panza Morcillo dijo no sé con su cara de pescado. Me paré para espiar por el mosquitero: otros salvajes corrían atrás de Pereyra y de Jiménez. Le dije que si quería podíamos ir nosotros también.

Se habían amontonado contra los árboles del fondo, los salvajes, los chicos del secundario y Ganizzo, que chistaba cada vez que alguno levantaba la voz, porque no quería que el *bolonqui* llegara hasta la carpa donde dormía el hermano Pedro. Procedió a presentar a los luchadores: en este rincón, con un peso de cuarenta y dos kilos, un metro cincuenta de altura, de camiseta gris, puños de acero y mirada penetrante, ¡Tomás «el Toro» Borravino! Los salvajes aplaudieron, pero Ganizzo los hizo callar con un chistido: Al próximo que aplaude, lo devuelvo a Buenos Aires con un voleo en el orto. —Apuntó la linterna para nuestro lado—. ¿Estamos?

Los salvajes hicieron silencio. En este otro rincón, siguió Ganizzo, ahora con la voz mucho más baja: con un peso de treinta y

seis kilos con cincuenta, ciento cuarenta y tres centímetros de altura, de camiseta azul a rayas, puños de acero y ojitos azules como mariquita, Patricio «Guitarrita» Pereyra. Los salvajes se rieron. Y ahora: ¡Fight!, apuntó con la linterna el centro de un rectángulo de tierra. Borravino ni se había acomodado y Pereyra ya revoleaba los brazos como un remolino, se le tiraba encima, no lo dejaba respirar; la furia incontenible del robot rompehuesos, el pulpo negro de Almagro, una máquina de triturar, lo había acabado en dos minutos al loquito ese, lo había dejado dando vueltas como un trompo, se rio Jiménez, y Pereyra, sin una sola lastimadura, ni un rasguño, el campeón mundial; Ganizzo lo había levantado en andas; el *bolonqui* que habían hecho había sido demasiado fuerte; el hermano Pedro se levantó a ver qué pasaba, pero Ganizzo le dijo que se quedara tranquilo, que tenía la situación controlada, eran unos revoltosos ya identificados, y que por supuesto iban a recibir la sanción correspondiente, y el hermano Pedro parecía la bruja Cachavacha con esos pelos, me animé a decir en voz baja, todavía tímido frente a esos chicos, otra vez en la carpa y con las cartas tiradas por todas partes; el Panza Morcillo se sacaba la cera del oído; Pereyra fanfarroneaba que la pelea ni siquiera había durado dos minutos; el Huevo Jiménez nos interrumpió el relato de la aventura:

—Che, ¿quién se quiere hacer la paja?

Abrí grandes los ojos. ¿Te salta?, preguntó Pereyra. Sí, ¿a vos?, dijo Jiménez. Más vale. ¿A vos? El Panza Morcillo hizo que no con la cabeza. Pensé que a mí no me iban a preguntar, pero Pereyra me miró fijo:

—¿Junior?

Mentí que me había saltado un poco. Me pidieron que les mostrara. Les dije que les juraba que sí, y que si era mentira mi mamá se iba morir antes de fin de año.

Bajo la lona de esa carpa con olor a encierro y humedad, Jiménez se bajó el calzoncillo y se sacudió como hacía papá con las botellas de champagne que destapaba en Año Nuevo. A los dos minutos, mostró lo que tenía en la mano: un pegote amarillento.

Pereyra dijo que a él le salía mucho más blanca. ¡Qué alumbrás! Jiménez le pegó un manotazo a la linterna que sostenía Morcillo. Después de eso, los cuatro nos quedamos callados. Hacía frío. Extrañaba mi cama, mi casa, la comida de mamá. Me acurruqué en la bolsa de dormir y me convencí de que la noche iba a pasar rápido. Afuera, los grillos seguían cantando. Me desperté con las medias sucias de Jiménez en la cara, después de que Ganizzo nos abriera la carpa para que nos levantáramos a rezar y correr carreras.

Esa semana hice lo que le había visto hacer a Jiménez, pero el brazo se me cansaba demasiado rápido. Era mejor mi método de frotarme contra el piso, aunque el cierre del pantalón me lastimaba. Sin darme cuenta el sexo ocupaba los espacios que antes le pertenecían a mi ilusión de volver al cielo. Un día, Campagnola llevó una revista. ¡Fachu! —se les salían los ojos a los salvajes que se amontonaban en el baño para mirar—, ¡qué alevosidad! Marcas de bronceado, un dedo cerca de la bombacha. Si querían ver más, tenían que pagar: por cinco billetes, Campagnola entregaba la página entera. Pereyra le había comprado una tetona de rulos con bombacha negra; el culo gigante ocupaba media página. Pero no se veía lo que yo buscaba. Cuando me animé a preguntarle, Campagnola me dijo que si me interesaba ver más abajo tenía una hoja perfecta para mí. Le podía pagar cuando juntara la plata. Papá decía que nunca había que deber ni había que dejar que te debieran, pero me guardé el papel en el bolsillo del guardapolvo y corrí al aula antes de que algún salvaje quisiera verlo.

Al mediodía, apenas llegué a casa, saludé a mamá con un beso y me encerré en mi pieza a desplegar la hoja. El rompecabezas se formó de a poco: una rubia de pelo largo, las tetas grandes y redondas, un cuerpazo como el de la de tanguita. Pero esta mujer tenía algo que no esperaba, no terminaba de entender; me dejó pensando lo que estaba viendo. ¡A comer!, llamó mamá desde la cocina. Doblé el papel otra vez y lo escondí en uno de los cajones del placar, bien al fondo, entre las medias. Pasé el almuerzo dándole vueltas al arroz con pollo. Mamá me preguntó si me

preocupaba algo. Le contesté que había comido un alfajor de más en el colegio.

A la mañana siguiente, esperé hasta el recreo, le pedí al ángel de la guarda que me ayudara y me abrí paso entre los salvajes que se amontonaban en el baño. Con mucha calma, como lo había ensayado, le dije a Campagnola que quería hacer una devolución. Ya lo viste. —Me empujó la mano con el papel—. El que mira paga.

Le dije que sí, pero que no lo quería; esa mujer tenía algo raro; le devolvía la hoja así podía vendérsela a otro. Campagnola les hizo un gesto a los salvajes para que nos dejaran solos. Cerró la puerta de la letrina y puso la traba. El único que seguía con nosotros era Borravino, que se movió rápido, se puso atrás de mí, me agarró de los brazos y me apoyó la rodilla en la espalda para que me quedara quieto. Campagnola se acercó hasta que le sentí el aliento a chicle de menta. Me dijo que nadie me iba a hacer nada malo, que no temblara como una nena, solamente era una advertencia: si no pagaba antes del viernes, le iba a contar al hermano Pedro que a mí me gustaba mirar mujeres con pito.

Pensé en pedirle ayuda a Pereyra, pero Borravino podía enterarse. La única solución era pagar la deuda. Se me ocurrió decirle a mamá que me daba hambre en el segundo recreo, que quería comprar siempre dos alfajores en lugar de uno. Hice el cálculo: tres semanas ahorrando la plata de dos alfajores alcanzaba para juntar todo. Pero mamá dijo que si me llenaba de alfajor no iba a comer la comida del almuerzo. Me quedaba papá, que había llamado para avisar que a la noche iba a llegar tarde, porque tenía que preparar una encomienda. Recién como a las diez abrió la puerta, agotado, dijo mamá, le recalentó un plato de ravioles y le sirvió el vino con soda y hielo. Me senté al lado de él cuando papá se levantó de la mesa para recostarse en el sillón a fumar su cigarrillo, bajó el volumen de la película que había puesto y me preguntó cómo iba todo. Contesté que todo iba bien. Tienen que descubrir a un traidor —señaló la pantalla—, un agente doble de los comunistas, y exhaló el humo. Dije que sí con la cabeza. Por más que lo había practicado, no me animaba a decirle. Quería que me

volviera a preguntar si todo estaba bien, confesarle que no, que todo estaba mal, pedirle ayuda, explicarle lo que me pasaba, pero había subido de nuevo el volumen del televisor: El traidor es el otro, pero creen que es este, y señaló a un hombre de sombrero. Sí, volví a decir, esperé un rato, tampoco encontré las palabras, bostecé para avisarle que me acostaba.

Había tomado la decisión de cruzar el pasillo en puntas de pie y entrar en la pieza de mamá (que lavaba los platos en la cocina) y papá sin prender la luz. En la oscuridad, reconocí el reloj, la tarjeta de crédito, el fajo de billetes junto al velador. Corrí a acostarme en mi cama, cerré los ojos y traté de dormir. Me tranquilicé pensando que iba a estar bien, pero un rato más tarde, cuando terminó la película, escuché que papá le preguntaba a mamá si ella le había sacado plata. Mamá dijo que no, quizás, no se acordaba; papá se enojó, porque todo el tiempo era la misma historia, siempre le desaparecía plata; mamá le contestó que ella no le podía avisar a cada rato, que por eso necesitaba disponer de su propio dinero, un trabajo; de hecho, había pensado en abrir su propio negocio. ¡Ni se te ocurra! Lo escuché claro desde mi cama. ¿Para qué querés más problemas? Y mamá dijo que no era ningún problema, al contrario, así también podía colaborar con los gastos, pero papá gritó que la tarea de ella era criar a su hijo y que para algo él tenía que romperse el culo trabajando: para que ni a ella ni a mí nos faltara nada.

Al otro día, fui al colegio con los billetes doblados en un sobre, listo para pagar mi deuda apenas sonara la campana del recreo. Pero el rumor de las revistas de Campagnola habían llegado hasta el hermano director, que lo sacó de las orejas de la letrina mientras cuatro alumnos de tercer grado corrían desesperados y Borravino hacía pis en uno de los mingitorios para hacerse pasar por inocente. Una redada, se reía Pereyra, que le había revendido su hoja a Jiménez por más del doble del precio. Yo tiré la mía en un tacho de basura de la calle, hecha un bollo, todavía confundido por esa mujer con pito. Es que a mí me faltaba experiencia. El Huevo Jiménez juraba que la vieja de Actividades Prácticas se la había

chupado en el baño del segundo piso; otro que se había cambiado de banco y ahora se sentaba al lado mío contó que le había metido los dedos a la empleada que trabajaba en su casa; Pereyra hacía rato que andaba a los besos con una chica del colegio de monjas. Los papelitos volaban de un banco a otro. Dibujos de Jiménez cogiendo con la vieja de Actividades Prácticas. Pero a mí se me paraba para arriba, no para adelante como en el dibujo. ¿Cómo iba a hacer para meterlo? Le pasé el papel a Morcillo, a ver si opinaba algo, pero el hermano profesor (le decíamos «Cara de Plancha») justo se dio vuelta, interrumpió las fracciones que escribía en el pizarrón y nos pidió que de una vez por todas trabajáramos en silencio.

Lo bueno fue que la novia de Pereyra nos invitó a un baile. Iba al colegio de las monjas, y les faltaban varones, así que fuimos con el Huevo Jiménez. Al Panza Morcillo también lo había invitado, pero al final Pereyra dijo que mejor que no, porque ya éramos muchos y tampoco había tantas chicas. Era en la casa de una que cumplía años. Una luz de colores colgaba del techo; el equipo de música encendido; los padres de la chica que apenas asomaban por el living. Nos habíamos quedado en un rincón mirando a las chicas sentadas en fila y con las piernas juntas. Hasta que la novia de Pereyra (no era tan linda como él decía: era petisa y tenía muchos lunares), cambió por un casete de lentos. *«Oceans apart, day after day, and I slowly go insane»*; la voz, el piano, las chicas esperando que nos acercáramos. Pereyra sacó a bailar a la novia. Me daba impresión verla tan pegada a él, que le apoyara la cabeza en el hombro, que lo besara, que no se diera cuenta de que era un salvaje. Tampoco aguantaba ver a la dueña de la casa bailando con Jiménez. Me quedé solo al lado de la mesa, con un vaso de Seven Up en la mano, tratando de controlar mis tics nerviosos. Pero la novia de Pereyra se acercó para preguntarme si quería bailar con su amiga de rulitos. Le dije: Bueno. Fue a buscar a su amiga, hizo que le apoyara las manos en la cintura, y la chica levantó los brazos y me rodeó el cuello. ¡Más cerca, maricón!, Pereyra me empujó contra ella. *«Wherever you go, whatever you do, I will be right here waiting for*

you». Le pregunté cómo se llamaba, y me dijo Micaela. Apoyó la cabeza en el hombro; sentí la fragancia del champú de manzana. *«What ever it takes or how my heart breaks, I will be right here waiting for you».*

Al otro día, supe que me había enamorado de Micaela. La extrañaba demasiado, quería volver a verla, pero no le había pedido el teléfono, y cuando le pregunté a Pereyra dijo que le iba a preguntar a la novia. Me dolía perderla sin luchar. Me acordaba de la suavidad de la lana de su pulóver cuando la agarré por la cintura, los ojos con los que me había sonreído cuando nos despedimos. Empecé a escribir un diario. La fecha, mi letra cursiva, redonda, colgando en zigzag de los renglones. Cosas como que el amor era así: llegaba como una ola sin que uno se diera cuenta y se retiraba demasiado pronto, cuando ya estás MOJADO. Subrayaba con marcador violeta. Usé esa palabra como título para la letra de una canción que compuse sentado al piano, en voz baja para que no me escucharan en casa:

Es el amor el dueño de todo,
es la octava maravilla,
es único,
es el mejor,
es el de todos,
demos amor de vida,
amor, amor, amor, amor de vida,
amor, amor, amor, amor de vida.

Pero no me animaba a llamar a Micaela, por más que Pereyra me había conseguido el número. Una vez estuve a punto. El teléfono sonó hasta que alguien levantó el tubo del otro lado. Podía ser ella, quizás la madre, tal vez una hermana. Nunca iba a saberlo, porque colgué apenas escuché que atendían.

Quedaba poco para que la tortura llegara a su fin. Pronto me iba a liberar de la escuela. Pero antes faltaba algo más. A mitad del último año, el hermano director entró al aula y le rogó

encarezidamente al maestro (en séptimo no teníamos un hermano que nos diera clases; era un señor bajo y de bigotes que nos tiraba tizas desde el pizarrón cuando hablábamos sin su permiso) *dos minutos de vuestra atenzión*. Venía a hablarnos sobre la importancia del sacramento de la confirmación. La ceremonia en la que *vozotros vais a reafirmar vuestro compromizo como católicos*. Había que elegir un padrino, el sacerdote nos iba a *unzir* con el aceite sagrado, una cruz en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Yo quería recibir ese aceite, pero el problema era que necesitaba un padrino. No tenía abuelos ni tíos. El único más o menos amigo de papá era un corredor que iba al negocio, pero era judío. Para colmo, la abuela no podía venir, porque se había enfermado. Mamá estaba preocupada. Una noche, se sentó en mi cama para decirme que me quedara tranquilo, que todo se iba a resolver. Fue la primera vez que se permitió mostrarse así ante su hijo. Hasta entonces, siempre se las había ingeniado para hacerme sentir que nada malo podía pasarnos. Ni siquiera cuando papá tenía sus ataques de nervios y gritaba hasta hacer estremecer el ventanal del living. Mamá sabía cumplir muy bien su rol: era la encargada de criarme, pero también de protegerme. Y en esa misión había absorbido lo que consideraba que yo no merecía sufrir. Además, siempre encontraba una respuesta, aunque esta vez me pareció demasiado raro. Pero era el único que podía ayudarnos. Como había hecho años atrás, para que me eximiera de su clase, volvió a hablar con el señor Ganizzo, esta vez para pedirle que fuera mi padrino de confirmación.

La abuela murió dos días antes de la ceremonia; no hubo festejo ni torta ni ganas de sacarse fotos. Era la única abuela que tenía. La otra había fallecido antes de que yo naciera, y mis dos abuelos también se habían ido demasiado pronto. A uno lo había matado la Segunda Guerra Mundial; al otro, el alcoholismo. Eran eslabones en la larga cadena de hombres de mi familia que habían vivido poco o habían vivido mal, casi siempre las dos al mismo tiempo. Se lo conté a Ganizzo mientras esperábamos en la fila para que el padre José me unciera la cruz justo en medio de la frente, pero se llevó un dedo a los labios para indicarme silencio. Creo que él tampoco

entendía cómo habíamos llegado hasta ahí. Mamá lloró cuando me vio pasar. Papá se acomodaba las mangas del saco, parecía incómodo, igual que cada vez que lo obligaban a entrar a una iglesia; él siempre había sido ateo y encima por culpa de la misa se estaba perdiendo un partido de Maradona en el Mundial de Fútbol. Ganizzo hizo su parte: me acompañó hasta que llegamos ante el padre José, que se mojó los dedos en aceite y me marcó una cruz sobre los ojos.

Era una huella invisible que, sin embargo, me iba a dejar marcado. Hacía algunos años que el cuerpo de Cristo formaba parte de mi cuerpo. Ahora también tenía esa cruz en la cabeza. Entonces apenas lograba entrever qué significaba eso para el resto de mi vida. Solo sabía que me interesaba la música y que el secundario de los hermanos formaba en comercio. Mamá también lo sabía y había encontrado un colegio ideal para mis inquietudes. Era nuevo y quedaba a una cuadra de casa, sin religión, de varones y mujeres. Invitaba a formar ciudadanos para el futuro, construir emprendedores, forjar ciudadanos del mundo. Visión. Esfuerzo. Perseverancia. Una nueva generación de instituciones educativas tendía el puente hacia el nuevo siglo. Así decía el folleto que me trajo para que lo estudiáramos bien; y esa misma noche, en la cena, mientras le servía la segunda copa de vino, le dijo a papá que yo me quería cambiar de colegio. Lo primero que hizo papá fue preguntar el precio, pero se convenció cuando le remarqué que era un colegio mixto.

El día de la despedida, el hermano director pronunció su discurso, nos encomendó al Señor y abrió las manos como si nos bendijera. Cantamos sobre dejar atrás una etapa y crecer, seguir en la senda del Señor y honrar a Cristo resucitado entre los muertos. Se me hizo un nudo en la garganta cuando el hermano Sergio nos palmeó la espalda a cada uno y el hermano Pedro nos deseó una vida próspera, rodeados del amor de nuestra familia. El sonido de la campana dispersó a séptimo grado B, promoción 1990. Mamá esperaba en la puerta con las otras madres. Me despedí de Pereyra y del Huevo Jiménez. No vi a Rodri por ningún lado.

Sentí una mano en el hombro: Venga, me agarró del brazo el señor Ganizzo, me llevó de nuevo adentro, al fondo, detrás de la escalera. Estábamos solos. Había poca luz. Me miraba como me había mirado desde el primer día, con una mezcla de desprecio y desconfianza. Me habló con la misma incomodidad con la que me hablaba siempre: No sé qué será de usted, pero quizás esto le sirva para algo, y de una bolsa que traía colgada del brazo sacó un paquete rectangular y liviano. Supuse que era un libro. Agradecí sin desenvolverlo. Lo guardé en el portafolio, le di la mano al señor Ganizzo, y dejé atrás de una vez y para siempre esas rejas que me habían atrapado durante nueve años de mi vida, desde los cuatro hasta los doce.

Nada de lo que viniera después podía ser tan malo.

Los descubrimientos

El adolescente, como la doncella, han de aprender a contenerse hasta tanto les llegue su tiempo, y tanto más serán capaces de guardar su virginidad cuanto mejor comprendan que de este crítico período depende un porvenir feliz, sobre todo relativo al matrimonio.

Ciro Bayo

Todo brillaba distinto en el secundario. Éramos el único curso, porque el colegio recién se inauguraba. Parecíamos pocos, pero eso me tranquilizaba. No había alumnos mayores. Nadie corría atolondrado ni pegaba trompadas en el patio. Ninguno parecía tan salvaje como mis compañeros del primario. Por suerte, ese mundo había quedado atrás. Salvo por el Panza Morcillo, que se había cambiado al mismo colegio. Las cosas iban bien esos primeros días. Tanto, que hasta los tics habían desaparecido. El primer año de secundaria prometía ser luminoso y esperanzador. Un universo desconocido se abría ante mí. Brotaban rodillas, polleras, piernas que se convertían en muslos. La tela estirada de las remeras donde crecían los pezones de mis compañeras. El perfume a desodorante Impulse, a crema de enjuague y al encaje de la bombacha. Me tocó otra vez en el banco del fondo; lo compartía con un tal Alex Chabón, que venía de una escuela pública. Él sí que sabía cómo eran las cosas; lo mismo un grandote que se sentaba en la otra fila, dos años mayor, porque había repetido: le decían Chiqui, la tenía tan clara que a la semana nos juró que una de las minas del curso le había chupado las bolas. En el banco de adelante, se sentaba una rubia que les cuestionaba todo a los profesores, tenía ojos azules, una cadenita con su nombre en hebreo, vivía con su hermana mayor en un departamento en Villa Crespo. Demasiada mujer para

mí, que me sentía como un nene cuando ella giraba para pedirme prestada una hoja o que la ayudara con alguna tarea.

Mientras tanto, soportaba erecciones furiosas, sentía que el pantalón me iba a reventar. Era una presión inaguantable; tenía que apoyarme en las patas de mi pupitre para que el frío del hierro me aliviara. En casa, me iba a bañar y dibujaba la cara, los hombros, las tetas, la cintura de Karen, de otra morocha que se sentaba en la segunda fila, de una petisa con el culo paradito como perro de exposición, decía el grandote. Besos de lengua contra la mampara, el agua caliente en el cuerpo, estar desnudo me excitaba, resbalar enjabonado en los azulejos. Me pasaba horas mirando a las modelos en los catálogos de ropa interior que papá traía del negocio para que mamá se eligiera alguno. Espiaba en las fotos, a través de la tela de encaje, el pliegue entre las ingles. Le había hecho un agujero a la almohada y me abrazaba a ella para amarla como si fuera alguna de las muchas mujeres que de repente aparecían a mi alrededor. Y soñaba con una novia de pelo oscuro y lacio, que éramos felices para siempre, que todo cuento de hadas era posible.

El problema volvió a ser la clase de Educación Física. El profesor era diferente a Ganizzo: más joven, hacía chistes, se reía con los dientes torcidos. Desde el primer día, nos aclaró que a él no le importaba quién era el mejor deportista, que iba a tener en cuenta el entusiasmo y las ganas de superarse de cada uno. Yo apenas me podía despegar del piso, pero éramos varios con los mismos problemas: un tal Danny trotaba en cámara lenta; a un flaquito lleno de lunares le pasaba lo mismo que a mí con las flexiones, ni siquiera un centímetro podía elevarse; lo mismo el Panza Morcillo, obvio, transpirando para completar la segunda de las doce abdominales que el profesor le había pedido. Los preferidos del profesor eran Alex Chabón —sacando pecho como un gallito cada vez que superaba una marca— y el grandote, aunque apenas terminaba alguna prueba se escapaba al baño para fumar un cigarrillo.

Pero era una nueva vida, y decidí que iba a intentarlo. Jugar al fútbol. Ser uno más con los otros. El profesor dijo que Alex Chabón

y el grandote armaban los equipos. Entre los dos, se turnaron para llamar cada uno a los jugadores que querían en su equipo. Los fuertes, los altos, los que hacían más abdominales. Al final, habían elegido a todos menos al cámara lenta de Danny, al dormido del Panza Morcillo y a mí, que tuvimos que repartirnos en cada equipo.

Yo jugaba como si estuviera en el Microprose, que era toda mi experiencia con el fútbol: un videojuego para la computadora que papá me había regalado como premio por terminar el primario. Corría revoleando los brazos. Nunca pisaba la pelota antes de pasársela a un compañero, la pateaba sin mirar a dónde y si tenía enfrente a un jugador contrario también intentaba patearlo. Tomé conciencia de cada uno de mis errores porque Alex Chabón me los gritó en la cara cada vez que nos hicieron un gol. Por lo menos, el profesor me reconocía el entusiasmo: ¡Vamos, nene!, aplaudiendo cada vez que me equivocaba. Pero cuando perdíamos por cuatro a cero le pidió al grandote que cambiara de equipo conmigo, así el partido se hacía más parejo. En realidad lo era: en los dos equipos había otros tan inútiles para el fútbol como yo. En ese momento nos reconocimos. En ese partido de fútbol, nació el grupo de amigos que pronto nos convertiríamos en *los pibes.*

Volví a casa rengueando, con el tobillo hinchado y las rodillas llenas de moretones. Mamá quería ir de urgencia al hospital a que me hicieran una radiografía; papá me revisó y dijo que era una pavada, pero me preguntó si había metido muchos goles, en qué puesto había jugado y si le había pegado con la zurda o con la derecha. Le contesté que había metido dos goles, pero no le dije que habían sido en contra. Al otro día, entusiasmado conmigo por primera vez en muchos años, me trajo una camiseta de San Lorenzo nueva: la que me había regalado cuando era chico ya ni me pasaba por la cabeza.

Los moretones me dolían, pero podía aguantarlos. A los que no aguantaba eran a Alex Chabón y al grandote. No solo por lo que hacían, lo que me habían gritado, el cigarrillo en el baño. Eran desagradables. Alex Chabón se burlaba: ¡Karen, cerrá las piernas que hay olor a pescado!, y el grandote fruncía la nariz y se la

tapaba con la mano. En cambio, yo la trataba con respeto, la ayudaba con la explicación de los factores bióticos y abióticos en el trabajo que había pedido el de Biología, le completaba las palabras en inglés que *Miss* Susan había borrado de una canción de Los Beatles. Hicimos el práctico sobre las figuras en música: yo las sabía de memoria, porque había estudiado piano. ¿Tocás el piano?, preguntó Karen. Desde los diez años, dije. No supe qué más agregar. Alex Chabón se metió para hacer su comentario desubicado: A Karen le gusta tocar la guitarra de pelos, y el Chiqui se sacudió de la risa desde su banco. Por eso no pude creer cuando le preguntaron si quería juntarse con ellos a la salida del colegio, y Karen les dijo que podían ir los dos a conocer su casa.

La verdad era que yo me sentía bastante lejos de animarme a decirle a Karen que nos viéramos a la salida. A los pibes les pasaba lo mismo. Algunos también venían de colegios católicos; otros habían hecho la primaria en escuelas públicas, mixtas, y tampoco. Ni siquiera se acercaban a las chicas, y si alguna les pasaba cerca se ponían colorados y agachaban la cabeza. Ninguno había tenido novia, ni un beso, nada; salvo el Nene Herrera, que repetía siempre la misma historia: la última noche del verano, en el lobby de un hotel de Pinamar, cuando había apretado con la hija de un amigo de la madre. Yo era el único dispuesto a intentarlo. Conquistar a Karen. Tarde o temprano. Estaba seguro. Por más que ellos dijeran que me usaba para que le hiciera los trabajos prácticos.

El primer avance fue a varios meses de empezar el secundario, cuando una compañera nos invitó a su cumpleaños. Lo organizaba en su casa de dos pisos. Era la primera vez que yo iba a entrar a un lugar así. Fuimos con el Panza Morcillo y la cara de susto de Danny. También habían ido Alex Chabón, el grandote, Karen y sus amigas del club hebreo que bailaban «Oh L'Amour». Yo no me animaba a bailar, porque no conocía el pasito, pero me había propuesto hablar con Karen. Esperé mi oportunidad hasta que vi que iba al baño con una amiga. Caminé rápido detrás de ellas, iba a hacer de cuenta que me la encontraba por casualidad, le iba a preguntar si había podido terminar la tarea de Geografía, si necesitaba que la ayudara con los

mapas… pero con la amiga tan cerca era imposible, así que seguí de largo a la cocina y me serví otro vaso de Coca-Cola. Me quedé parado contemplando la fiesta. La música había cambiado otra vez: «Mira cómo canto. / Mira cómo bailo. / Me muevo, me agarro y no me caigo». Alex Chabón y el grandote se reían contra la pared. «Se pone como loca y me agarra la melena. / Se quita la camisa, cadenas y pendientes. / Aullando como fiera con las uñas y los dientes», seguro diciendo barbaridades de las amigas de Karen. «Lo más alucinante, con ese par de tetas que le asoman por delante. / Con ese culo grande que lleva por trasero. / Se lanza, me agarra y me tira por el suelo». Permiso… Era Karen, que me tocaba el brazo. ¿Cómo estás? Dijo que bien, pero con dolor de ovarios. ¿De ovarios? Es que me vino. Y sonrió tan hermosa. Pero la cumpleañera cambió la música. *«It's been seven hours and fifteen days».* Esa canción tampoco la conocía. ¿No?, preguntó Karen. No, contesté. «*Since you took your love away».* Bueno, dijo Karen, vuelvo con las chicas. Bueno, dije y seguí mi camino al baño. Cuando salí, Alex Chabón transaba con Karen, el grandulón bailaba apoyando a la petisa del culo parado, el Panza Morcillo miraba con los ojos exorbitados, mientras Danny me decía al oído que ese tema era de Prince, pero lo cantaba una pelada de nombre Sinead O'Connor.

Volvimos los tres en colectivo, hablando de música, de lo gorda que era la madre de la cumpleañera, de lo puta que era Karen chuponeándole la cara al banana ese. ¡Y la petisa bailando con el otro asqueroso!, me indigné. ¿Cómo le podía dar bola? ¿Qué le veía? Era repugnante con la cara infestada de granos. Cuando llegué a casa, papá y mamá ya habían vuelto hacía rato del cine y de comer afuera. Me encerré en mi pieza, me saqué la ropa, me acosté sobre las sábanas. Todavía usaba unas con dibujos de estrellas y planetas. Tenía trece años, y rezarle a la Virgen María había sido la única relación que había tenido con una mujer. Era imposible que entendiera por qué una chica podía hacerle caso a un salvaje como Alex Chabón. Mientras tanto, me había bajado el slip, me imaginaba a Karen desnuda, me abrazaba al agujero que le había hecho a la almohada. Sentí la vibración en el cuerpo; pero esta vez,

además, cuando prendí la luz del velador, vi que del relleno de la almohada salía un pegote blanco.

No les conté a mis amigos. Era un tema que se suponía resuelto en la primaria. Además, entre nosotros nunca hablábamos de lo que sentíamos. Ni a mí ni a ellos nos habían enseñado a hacerlo. No era como las chicas, que se contaban secretos y hasta las había visto llorar juntas. Nosotros no hacíamos nada de eso. Lo único que queríamos era pasarla bien. La casa de Danny se había convertido en el centro de operaciones. Vivía con la madre, porque el padre los había abandonado. Una señora bastante más joven que mamá, que parecía incómoda la primera vez que me abrió la puerta de su casa y me indicó el camino a la pieza de su hijo, llena de ropa tirada y discos, que olía a pantalones sucios y desodorante. Los viernes a la noche, nos encerrábamos a ver películas porno. Anatomía, posiciones, perversiones. En tres o cuatro escenas, se despejaron todas mis dudas. Danny juraba que la de él era grande como la de los actores. El Panza confirmó que la suya también, *porai* menos gruesa, pero más larga. El Nene Herrera fue el único que se animó a decirles que era imposible, igual que la de Ron Jeremy no la podía tener nadie, pero quizás un par de centímetros menos… Me quedé callado mientras terminaba de asimilar esa información. De ninguna manera iba a confesarles que la mía era mucho más chica, pero sí les conté de cuando me frotaba contra el piso, los besos a la mampara, el agujero con goma espuma; se rieron de que la complicara tanto; el Nene Herrera dijo que era más fácil sentarse arriba del brazo y dormirse la mano, así parecía que la paja te la estaba haciendo otro. Para esa altura, yo había sacado dos conclusiones: primero, que mis nuevos amigos eran mucho más perdedores que yo; y segundo, que tenía que rescatarlos si no quería hundirme con ellos. Enseguida se me ocurrió una idea espectacular: filmar nuestra propia porno. Por lo menos hacer el casting de actrices. Así podíamos conocer chicas a las que les gustara el sexo como a nosotros. A todos les pareció un buen plan.

Probamos un viernes a la tarde en el patio de comidas de un shopping que habían inaugurado hacía poco. Todo el mundo iba a

ese shopping. Lleno de chicas en minifalda, remera ajustada, las medias por la mitad de las piernas. Con Danny las seguíamos de cerca, pero nunca nos animábamos. Él tenía que preguntarles si nos concedían un minuto de atención; yo iba a hacerme pasar por el hijo de un productor y les iba a pedir el número de teléfono para anotarlo en la planilla. Después las íbamos a llamar para proponerles hacer el casting, pero sin decir que era para una película porno. Repetíamos el plan yendo de un local a otro, subiendo las escaleras mecánicas hasta los juegos del último piso, de vuelta bajar al patio de comidas. Hasta que Danny señaló a un grupo de tres que tomaban helado sentadas en un cantero. ¿Vamos?, le pregunté, pero dijo que él se quedaba vigilando que no apareciera algún novio. Me vi obligado a sumergirme solo entre las mesas. Enfilé en dirección al grupo de tres chicas, seguí de largo, las miré de lejos, rodeé las plantas artificiales del cantero, les pasé dos veces por delante pero no me animé, volví con la planilla sin rellenar. Danny me dijo que al final había resultado ser un tremendo mariconazo. Yo le contesté que se fuera a la concha de su madre.

Cuando pasamos a segundo año, se abrió un curso menor al nuestro. Aparecieron más chicas. Los pibes las mirábamos embobados, pero ahora éramos los más grandes y teníamos una oportunidad. Había que estar atentos para aprovecharla. Mientras tanto, seguía sintiéndome solo. Me encerraba a escuchar música en mi pieza. Algo de tango, Piazzolla, música clásica, lo que había escuchado siempre y que papá silbaba las pocas veces que parecía contento, pero también un CD de música *new age* que había conocido por la radio. Jugaba al fútbol en la computadora, dormía la siesta, veía un programa para adolescentes que me hacía sentir peor: yo no tenía un grupo como los de la televisión; no había chicas ni parques ni besos a escondidas; éramos todos varones que nos encerrábamos a mirar películas porno y a burlarnos del Panza porque era gordo, de Danny porque era vago, del Nene Herrera por versero y del olor a chivo de Mariano Puente. Esta vez, las burlas eran repartidas, y la novedad fue que se reían de mí, pero solamente por lo del agujero

en la almohada. De hecho, en segundo año dejé de sentarme con Alex Chabón; me cambié a un banco libre detrás de Danny y del Panza Morcillo. Con esos chicos, la distancia que siempre me había separado de los otros hombres empezó a acortarse. Ya no creía ser de otra raza. Y, si había tal cosa, era más bien una cofradía de raros y perdedores a la que yo, a mi pesar, evidentemente pertenecía. Aunque había cosas que todavía me guardaba para mí; seguía siendo un chico solitario y nunca les confesaba a mis amigos (ni a nadie) lo que sufría por eso.

Una noche, papá miraba un partido en el living. Me había sentado con él a ver qué encontraba en el fútbol además de veintidós bobos corriendo detrás de una pelota. En medio de un juego aburrido, a puro pifie y pelotazo, como decía el relator, papá bajó el volumen del televisor y, mirándome de una forma que identifiqué como vergüenza, me dijo que lo había estado pensando y que ya era hora de que yo conociera lo que era estar con una mujer. Si el partido era aburrido, papá se había encargado de hacerlo emocionante. Yo me daba cuenta de que le costaba hablarme, darme un consejo, meterse en mi educación. No solo por lo que mamá me había contado alguna vez sobre la manera en que lo habían criado. Era evidente que mirarme a los ojos le costaba tanto como a mí con él. Pero no fui capaz de romper esa distancia y fingí interés en la pantalla, un tiro del delantero a la tribuna visitante, el mismo tiro en cámara lenta. Ya está, mentí porque fui incapaz de decir lo que de verdad me pasaba. Sentía demasiado respeto, incluso algo parecido al miedo, por ese hombre que intentaba acercarse a su hijo. ¿Ya está?, contestó papá. ¿Tan rápido? Moví la cabeza para decirle que sí. Hubiera querido confesarle la verdad: que seguía siendo pésimo para jugar al fútbol; que los hombres como Alex Chabón, como el grandote, como él mismo, me intimidaban; que con las mujeres me pasaba lo mismo. Ninguna chica iba a fijarse en un debilucho como yo. De hecho, ninguna se fijaba. Se fijaban en cualquiera menos en mí. Pero necesitaba otro empujón, una palabra más, un gesto de él que destrabara tantos años de silencio. Ese gesto no llegó. Puse mi cara

de indiferencia de adolescente y esquivé su mirada un segundo, dos, tres, hasta que sonrió, me pareció que orgulloso, y se inclinó sobre la mesa ratona para subir el volumen en el control remoto: nuestro equipo terminaba otro partido en empate; parecía que esta vez la racha se cortaba, pero una corrida por derecha del delantero rival había decretado la igualdad en el marcador.

De todos modos, lo seguía buscando. En un recreo, una de primer año a la que con los pibes le decíamos «la Ardillita» se acercó para preguntarme dónde quedaba la biblioteca. Yo trabé los músculos de los brazos, engrosé la voz y, con mirada de galán de propaganda de cigarrillos, le indiqué el camino. Cuando se fue, el Nene Herrera me tocó con el codo: esa ardilla te quiere comer el maní. Fue la señal que necesitaba para animarme. La esperé cuando se hizo la hora de salir, pero iba acompañada de dos amigas. La seguí unas cuadras. El pliegue detrás de las rodillas, la sombra de la pollera en la piel. Quería meter la cabeza debajo de esa pollera, respirar el perfume de la tela de su bombacha. Una mochila de Los Ramones, me interrumpió Danny. ¿Qué cosa? Que tu novia tiene una mochila de Los Ramones. ¿Qué es eso? Danny iba a explicarme, pero yo no tenía tiempo para perder: las amigas de la ardilla acababan de despedirse, estaba sola, era mi oportunidad. Corrí para alcanzarla. Me miró sin entender cuando le aparecí de golpe, en medio de la vereda, transpirado por los veintiocho grados al sol. Hice tal cual lo había planeado: le pedí que cerrara los ojos, como había visto en *Beverly Hills,* pero ella se tapó los ojos con una mano y con la otra se cubrió la boca; tuve que improvisar, le dije que ya podía abrir los ojos: Taráááán, abrí las manos, como si acabara de aparecer en un truco de magia. Frunció la cara y se mordió los labios con sus dientes de ardilla, pero yo estaba decidido a convertirme en hombre: le pregunté si había encontrado la biblioteca. Me miró sorprendida: Sí, ¿por qué? Por nada —contesté—, quería saber. Y para salir del momento de confusión se me ocurrió que lo mejor que podía hacer era preguntarle si me daba un beso.

Negué tres veces cuando volví a casa y mamá se dio cuenta de

que me pasaba algo. ¿Una mala nota? ¿Me había peleado con alguien? ¿Tenía problemas de amores? Odié que mamá se hubiera dado cuenta. Terminé de almorzar y me encerré en la pieza. No quería cruzarme nunca más en la vida con esa chica. ¡Vos estás loco!, me había dicho antes de salir corriendo. Pero mamá iba a hacer difícil que me olvidara de la vergüenza que había pasado. Golpeó la puerta, pidió permiso para entrar, bajó el volumen del disco de Vangelis que yo escuchaba derrotado en mi cama. Se sentó al lado mío y, sin que le dijera nada, me contó que cuando era joven tenía un pretendiente. El chico le hacía regalos, la invitaba con bombones, se hacía un poco el interesante… Siempre era bueno hacerse el interesante. A las mujeres nos tienen que conquistar, dijo mamá y me dio un beso en la frente, qué grande te pusiste, ya estás hecho todo un hombre, y se fue a sacar las prendas del lavarropas.

Pero mamá no sabía que yo ya era un hombre. Mis compañeras contaban cómo las felicitaban cuando se hacían señoritas; yo no le había dicho a nadie. Igual eran unas gotitas nada más. Los pelos también me crecían. En la barba y el bigote todavía no; abajo. Me acordé del regalo de Ganizzo. Llevaba dos años guardado en el cajón de mi mesa de luz, en un sobre cerrado donde también escondía mi intento de diario íntimo de la primaria. Ese cajón custodiaba lo que ni siquiera yo tenía ganas de volver a ver. *Higiene sexual del soltero,* una guía de sexo escrita a principios de siglo por un autor español que se llamaba Ciro Bayo. Lo había hojeado alguna vez, apenas Ganizzo me lo había regalado. Había entendido poco entonces, pero ahora tenía demasiadas preguntas y ningún lugar donde encontrar respuestas.

La soledad era peor en las vacaciones. Ese verano apenas nos fuimos un fin de semana a la costa, porque papá no podía cerrar el negocio tanto tiempo. Con él y con mamá compartíamos la habitación de un hotel tres estrellas, el desayuno, los paseos a la noche por la peatonal. Me aburría en el tenedor libre barato donde comíamos, me aburría en el hotel, me aburría porque estaba nublado y no quedábamos sin ir a la playa. Una noche soñé otra vez con una morocha de pelo muy oscuro y lacio. Quizás no fuera la

misma que en sueños anteriores, pero se sentía igual. Besos, abrazos, ese amor que me colmaba el alma. Fue tan real que cuando mamá me despertó para bajar a tomar el desayuno me di cuenta de que tenía el calzoncillo mojado. Le dije que iba a desayunar solo, porque me había quedado escuchando música hasta tarde y quería dormir otro rato. Pero mamá me recordó que el hotel daba el desayuno hasta las once. Papá le dijo que me dejara en paz; si no tenía ganas de desayunar, no desayunaba, y aunque mamá quiso protestar, al final aceptó y logré que me dejaran solo.

Me cambié el calzoncillo por uno limpio y mezclé el pegajoso con la ropa que mamá tenía que lavar al volver a casa. Por fin el sol había aparecido. Los tres en ojotas, mirando la línea verde del mar en el horizonte. La playa de repente se había convertido en un desfile. ¿Qué diferencia había para esas mujeres entre estar desnudas y usar bikinis? Paseaban casi desnudas frente a mí, que trataba de leer una revista *Gente* sobre una lona cubierta de arena y me hacía sombra para mirar a mi alrededor: la cola de una rubia con visera que tomaba sol de espaldas, cuando se dio vuelta, cuando abrió las piernas y alcancé a ver el recorrido de la piel hasta ese lugar que me fascinaba tanto aunque nunca lo había visto. Tuve que ponerme boca abajo para esconder lo que me pasaba.

Cuando bajó el sol, mamá cruzó al hotel porque hacía fresco y papá aprovechó para prender un cigarrillo porque mamá no lo dejaba fumar dentro de la habitación. El horizonte sin nubes, el viento, el azul salado del mar. Papá parecía contento, descalzo, los dedos de los pies hundidos en la arena, silbando un tango entre una pitada y otra. Hizo algo que ya había hecho antes, pero medio a escondidas; a veces, me parecía, con la intención de que yo me diera cuenta. Señaló una mujer y dijo: Tremenda hembra. ¡Mirá lo que son esas tetas!, como si fuera uno más de los pibes, y a mí me dio impresión escuchar que papá hablara así, y la impresión se convirtió en vergüenza cuando gritó: ¡¡¡Belleza!!!, y la mujer siguió de largo como si no lo hubiera escuchado.

Después nos quedamos en silencio, unos segundos de cercanía que se sintieron como horas de distancia. Hasta que papá exhaló

una nube de humo que se perdió en el viento, hundió la colilla en la arena, me apoyó una mano en el hombro y dijo que mamá nos esperaba.

Yo era el único que ese verano no había aprendido a jugar al fútbol. Parecía que todos habían estado practicando: el Panza Morcillo corría el partido entero; el Nene Herrera se había convertido en un defensor duro y aguerrido; hasta Danny, que se había comprado los guantes de arquero, había encontrado su puesto bajo los tres palos. Pero uno nos sorprendió más que los demás. ¿Había ido a una escuela de fútbol? ¿El padre lo había fajado hasta que aprendiera? Antes era casi tan malo como yo, pero de repente gambeteaba a los rivales, pasaba la pelota de primera, metía golazos de sombrerito… Mariano Puente me miró canchero cuando le pregunté qué había hecho en las vacaciones para jugar así.

Las novedades en tercer año eran desalentadoras: Alex Chabón seguía saliendo con Karen, y el Chiqui porfiaba que la ardilla se la había chupado en el baño. Había compañeras nuevas, pero yo seguía siendo invisible para ellas. Solo hablaba con Karen, principalmente cuando Alex Chabón no le andaba cerca. Mi única esperanza eran las fiestas de quince. Una de las chicas nuevas, Brenda Rolón, invitó al curso entero a su cumpleaños. Yo quería saber si había que ir vestido con traje. Según Danny, se habían puesto de moda unas corbatas con dibujos de Mickey, de *Los tres chiflados,* cosas por el estilo; lo que ya no se usaba más era pasar lentos, de eso había que olvidarse. ¿Y sin lento cómo hacemos?, pregunté. Lento coge tu vieja, dijo el Nene Herrera. El Panza Morcillo abrió los ojos grandes; Mariano Puente se rio con la boca llena de caries; yo pensaba que entonces las corbatas de papá no me iban a servir de nada.

«You gotta lick it», las chicas levantaban los brazos, «*before we kick it»,* movían las caderas. Las mirábamos embobados desde una mesa al fondo de un salón de fiestas en el último piso de un hotel, una jarra de jugo de naranja, la botella de vino junto al plato de un tío con la voz cascada *por el faso y el alcohol* que nos relataba una vida de hazañas sexuales. *Pum, parararara, Pum, parararara, Pum,*

parararara, Pum. Baby, work it… Alex Chabón sostenía a su novia de la cintura y con el pecho inflado, su media sonrisa, el jopo perfecto, la camisa ceñida a los bíceps. Ni la inteligencia ni tocar el piano ni tratarlas bien servían de nada. Tampoco ser lindo, porque yo era *muy* lindo, mamá me lo decía a cada rato, ahora que la cara se me había alargado y ya no tenía esos cachetes grandes. El Chiqui, por ejemplo, parecía un orangután, y sin embargo mi ardillita lo había preferido a él. Quizás la solución era comprar esas feromonas que había visto en el diario: una loción que atraía irresistiblemente a las mujeres. Para colmo, tenía el problema del tamaño. Me lo había medido bien desde abajo, pero apenas llegaba a la mitad de lo que decía Danny. El Nene Herrera porfiaba que el tamaño era fundamental para las minas, igual que los hombres preferíamos las tetas grandes, pero a mí no me importaban tanto las tetas, tampoco le prestaba atención al culo, aunque el culo de Karen cuando se bamboleaba… Ari Goldberg me tironeó del saco. Era nuevo en el curso, pero no se juntaba con el grupo de los pibes. Hablaba conmigo porque su familia también tenía negocio en Villa Crespo y nuestros padres se conocían; un fanático de las computadoras, con voz de gnomo, siempre encorvado, que me insistió para que me levantara:

—¿A dónde?

—¡A bailar! ¿A dónde va a ser?

El tío seguía con sus historias, una *guacha* que se había subido al taxi y le había dicho que no tenía plata pero que le podía pagar de muchas maneras, otra que le rogaba por favor que le hiciera la cola… Mis amigos escuchaban con la boca abierta. Yo no. No había nacido para escuchar ni para mirar las historias de los demás. Yo quería ser un ganador. Tomé la decisión, me puse de pie, esquivé las mesas, me mezclé entre las luces, el humo, los parientes de la cumpleañera. Los gritos de las chicas festejaban el tema de moda. Ari Goldberg me enseñó la coreografía: «Papapapapá, papapapapá… Tengo un tractor amarillo, / que es lo que se lleva ahora, / tengo un tractor amarillo, / *porque‘ie* la última moda», y ponía su cara de dibujo animado, «papapapapá, papapapapá», bajo

los reflectores. Formamos un trencito; me tocó llevar por la cintura a una señora con vestido de lentejuelas; cayó una serpentina del techo, una corneta, la zanahoria gigante con la que Ari me golpeaba en la cabeza siguiendo el ritmo, *el ritmo de la noche.* El tiempo pasó tan rápido… Era la primera vez que me divertía así.

El entusiasmo duró hasta el lunes, ni bien entramos al aula y mientras la profesora de Historia acomodaba los libros que iba sacando de su cartera de hippie, cuando Alex Chabón se acercó a mi banco, se agachó para hablarme al oído y en voz baja y con tono cómplice me dijo que me iba a hacer una recomendación: ¿me había divertido en el cumpleaños? Bueno, pero quedaba mal bailar con un chico. Con una chica sí, pero con otro hombre es medio raro, ¿viste? Me dio un golpecito en el hombro, guiñó un ojo, tomalo como un consejo, y se fue caminando con el pecho erguido.

¡Hacía tanto que un salvaje no me señalaba!… Pensé que ya no iba a afectarme, pero por esos días me pasó algo más. En un recreo, un chico de primer año, de pelo largo, con una vincha como la que usaba Gabriela Sabatini, estaba vestido para Educación Física y se había puesto unas calzas ajustadas que le marcaba todo; visto de atrás, parecía una chica. ¡Puto! ¡Cómo te gusta!, me dijo el imbécil del grandote cuando se dio cuenta de que yo miraba a ese chico. A esa altura, tenía la suficiente experiencia como para saber que, si no hacía algo pronto, nada iba a detener la bola de nieve. Había logrado que mis amigos me cargaran por pajero, no por maricón; era algo con lo que podía lidiar, pero corría el riesgo de que todo se desmoronara. Por suerte, pasaron unas chicas de segundo año, una a la que le decíamos «la Pizpireta» y su amiga momia. Aproveché la situación, las señalé de lejos, le guiñé un ojo al Chiqui, que respondió chiflándoles: ¡Qué culo! Así logré —o eso creí entonces— que se olvidara de mí y de lo que había visto.

Volví a donde estaban mis amigos y les conté que me había cruzado con la Pizpireta. No le había hablado porque el grandote estaba cerca y se iba a querer meter en el medio. «Se iba a querer meter en el medio», se burló el Nene Herrera, y contó el método que les había enseñado el tío de Brenda Rolón en el cumpleaños: un

pañuelo mojado en cloroformo para desmayarla. ¿Para qué? ¡Cogértela!, dijo el Nene, pero primero tenía que encontrarme con la mina fuera del colegio.

El Panza Morcillo sacó del bolsillo una pelota de goma. ¿Quién juega?, la pateó contra Danny. «Fútbol bestia». Lo habíamos inventado nosotros. Teníamos que patear la pelota, pero también pegarnos patadas. Pasábamos los recreos jugando a meter goles y revolcarnos por el suelo, escondidos en un rincón del patio donde no nos viera la preceptora.

—Así no la van a poner nunca —dijo una voz cercana.

Nos dimos vuelta para mirar. Era Mariano Puente. Pero había algo distinto en su tono, el gesto canchero, la forma en que se paró satisfecho y con los brazos cruzados. Y no era solo porque ahora jugara bien al fútbol: su media sonrisa de *winner* quería decir algo más.

Había cumplido años, una reunión con la familia, un asado en la casa de unos parientes, brindaron con un traguito de sidra. Mariano sopló las velas, y como a la una de la mañana los padres se fueron y él se quedó con el primo. Cuando terminaron la sidra, el primo le preguntó si lo acompañaba a la casa de unos amigos. Eran como las dos de la mañana. Tomaron un colectivo que los dejó en Chacarita, en un edificio viejo y con las ventanas tapadas con cortinas negras. Subieron por unas escaleras, llegaron a una ventanilla. El primo pagó veinte pesos por cada uno: era su regalo de cumpleaños. Un salón oscuro, tubos de luz negra, las minas en bombacha y corpiño. Un sauna, dijo el Nene Herrera. Danny y yo nos miramos: ¿Un qué? Un puterío, canchereó Mariano Puente. Había sonado el timbre para volver a clase, así que nos metimos en el baño para preguntar si la puta tenía buen culo, si le había dado en cuatro, si se la había chupado con forro. ¿No te habrás agarrado sida? ¿Qué sida, gil? ¡Tu vieja tiene sida!, el Nene Herrera le pegó en el hombro. Se hacía tarde y teníamos que volver al aula, pero antes Mariano Puente quería saber quién iba a ser el próximo. El Nene dijo que él ni en pedo: con esa pinta que le había dado Dios, ni loco iba a pagar por sexo. Danny quería, pero estaba sin plata; por más que el Nene le

ofreció invitarlo, prefería vivir sin deudas. Entonces apareció el Panza Morcillo, recién salido de tirar la cadena del inodoro, mirándonos fijo mientras se volvía a bajar las mangas de la camisa: Ustedes son unos maricone —dijo sin pronunciar la última s—. Yo voy. ¿Quién me acompaña?

Viernes de la otra semana: ese fue el día elegido. Lo sugerí para ganar tiempo. Mariano Puente había dicho que a las putas no se las besaba; por supuesto que yo no pensaba hacerlo, pero entonces iba a tener mi primera vez sin haber besado antes. Quizás la situación cambiaba en esas dos semanas que faltaban, aunque parecía difícil. Pensé que era el único que tenía dudas, pero a media mañana el Panza Morcillo esperó que Danny se levantara para ir al baño, giró en su banco y me dijo que mejor cambiáramos de día, porque ese viernes justo era viernes santo. Ninguno de los dos había vuelto a pisar una iglesia desde que nos habíamos ido del colegio de los Hermanos. Encontré una excusa mejor: era feriado nacional y el sauna iba a estar cerrado. ¿Cómo va a estar cerrado un puterío? ¿Ustedes son boludos?, dijo el Nene Herrera, que por suerte solo había escuchado la última parte de nuestra conversación. ¿Y por qué no van este viernes?, nos punzó Mariano Puente desde su banco. ¡Este viernes!, lo secundó el Nene. El Panza Morcillo volvió a quedarse callado, me miró como buscando ayuda, pero Danny volvía del baño, y la banda anunció la novedad a coro. Fue cuando el profesor de Matemática nos dijo que si no trabajábamos en silencio nos mandaba a rendir cuentas con la rectora.

En casa dije que íbamos al shopping. El clima familiar no era el mejor. Mamá había averiguado por el alquiler de un local para poner su propio negocio. Ahora Junior había crecido, a ella le sobraba el tiempo y quería probar si… Pero papá gritó que nos iba a meter en problemas, que quién le iba a vender la mercadería si no tenía trayectoria, de dónde iba a sacar la garantía para el alquiler, él no podía arriesgar a toda la familia por culpa de un capricho… Dejaron de discutir cuando aparecí en la cocina para tomar con ellos el café del desayuno. Les avisé que después del colegio nos íbamos directo, un helado, jugar a los fichines, quizás ver alguna

película en la sala del cine. La mañana pasó demasiado rápido y con los pibes recordándonos que el día había llegado. Mariano Puente nos iba a acompañar. Fuimos en colectivo. Un mediodía de tránsito entre los negocios de Chacarita. Un edificio que se caía a pedazos, la puerta escondida entre una pizzería y un kiosco de revistas. Esperamos que el semáforo cortara para cruzar. Caminábamos lento. Supongo que los dos esperábamos que un milagro, si algo así era posible, nos salvara. Pero Mariano Puente se apoyó contra la ventana de la pizzería: dijo que no pensaba moverse de ahí hasta que no entráramos y saliéramos cogidos.

Fui el primero en avanzar hacia la puerta. El Panza Morcillo me siguió de cerca, casi escondido a mis espaldas. La escalera, el pasillo, la ventanilla oscura; la voz de un hombre que nos dijo el precio, dos billetes de veinte, los números de un talonario. Atravesamos una cortina, un bar con sillas de madera barnizada y tubos de luz negra. Un ventilador en cámara lenta. Las putas contra la barra en ropa interior flúor, mirando una porno en un televisor empotrado en la pared. Pero nosotros nos quedamos parados en el rincón opuesto, a la mayor distancia posible, hablándonos en susurros. ¿Qué hacemos? El Panza no sabía. ¿Nos vamos? No sé. Apreté fuerte el papel con el número setenta y ocho. Podemos esperar un rato, salimos y decimos que ya está, subí un poco el tono de voz para hacerme escuchar entre los gemidos de la película. Al Panza Morcillo le pareció bien. ¿Nos vamos?, volví a preguntar. Estábamos a punto cuando la vi: bombacha y corpiño rojos, el pelo como Kim Basinger en *Nueve Semanas y media;* jugaba con un flipper, apartada del resto. Algo en ella me generaba calma. ¿Quizás porque el color del pelo, también el peinado, eran iguales a los de mamá? Caminé los últimos diez pasos de mi infancia acompañado por los jadeos de una película porno. Llegué hasta la puta, le toqué el hombro, le entregué el papel con el número que mis dedos nerviosos habían borroneado. Me agarró la mano y me llevó por el medio del salón hasta que pasamos debajo de otra cortina, a un pasillo largo, una puerta al lado de otra. Primero, un baño donde me indicó que me higienizara, señaló un jabón amarillento, una

toalla sucia y mojada para secarme. Me miró mientras yo hacía lo que me había pedido. Después, una pieza minúscula donde cabían una mesa de luz, la silla para colgar la ropa y un catre recubierto con nylon. Me dijo que me sacara la camisa, el jean y las zapatillas; me dejé las medias puestas. Ella se ocupó de bajarme el calzoncillo otra vez. Me puso un forro con la boca, sentada sobre el catre, y chupó mientras se sostenía de mi cintura, mecánicamente, como si fuera un robot. Con la misma frialdad se bajó la bombacha, se acostó (se dejó el corpiño puesto) y abrió las piernas. Me dijo que me subiera encima y me ayudó para que embocara al medio, abajo, recto, entre unos pelos marrón oscuro. Estiré los brazos como cuando intentaba hacer flexiones: las palmas a los costados, sin tocar ese cuerpo debajo del mío.

—Esperá —dijo—. Tu pene tiene que hacer así. —Metió y sacó un dedo del círculo formado por el índice y el pulgar de la otra mano—. Y vos estás haciendo así. —Hizo un subibaja con el dedo.

Respiré profundo, flexioné un poco más los brazos, hice como ella me había explicado.

—¿Sabés cuando acabás? —preguntó.

—Sí.

Levantó la cara hacia el techo:

—¿Por allá cómo andamos? —gritó hacia algún lugar fuera de ese cuartucho donde yo empujaba con fuerza—. ¿Cómo te está yendo con el gordito?

—¡No se le para! —gritó una mujer del otro lado de la pared.

—¡Cogételo vos!

Me miró a los ojos:

—¿Así o preferís de otra forma?

—Así —contesté.

Pero enseguida me pidió permiso, me hizo salir, se acomodó un mechón de pelo sobre la oreja y giró sobre su espalda para ponerse en cuatro.

Volvimos también en colectivo, en el embotellamiento de la tarde, rodeados de hombres y mujeres que cumplían con la rutina de trabajar, hacer las compras, el regreso a casa. Contábamos por

primera vez una historia que repetiríamos a lo largo de los años, en cada salida a bailar, en cada reunión, mientras durara la amistad recién nacida en ese bautismo de bienvenida al mundo adulto que había significado nuestra excursión al sauna: que el Rulo había querido irse, que Junior se había animado primero, que la mina había dicho al gordo no se le para. Alguno de los dos quiso hablar sobre los olores, el terror de habernos contagiado algo, la toalla mojada del baño. Creo que yo me animé a hacer un chiste sobre cuando la puta me había pedido que me higienizara delante de ella. Pero de esas conversaciones nos escapábamos apenas alguno encontraba la forma de hacerlo. O sea que a vos se te paró más tarde, pero saliste al mismo tiempo que éste, dijo Mariano Puente esa vez, mientras bajábamos del colectivo, y la burla que quedaría para la historia de los pibes iba a ser que el Panza había acabado demasiado rápido.

Mamá recién se levantaba de la siesta cuando abrí la puerta y entré a casa. Sí, el shopping reventaba de gente. Sí, nos habíamos pasado las dos horas en la parte de los juegos. No, no había comido nada en toda la tarde, pero por mí *okey* si papá se tenía que quedar en el negocio preparando una encomienda y había avisado que iba a venir a cenar con retraso. Seguí mi camino al baño, prendí las luces, cerré con la traba. Levanté la tapa del inodoro y me desabroché el pantalón, me bajé el calzoncillo y dejé que colgara esa parte de mi cuerpo que se había metido dentro de una mujer. Me pareció que estaba hinchada, más grande, que era una fiera dormida. De algo estaba seguro: lo que tenía entre mis piernas ya no podía llamarse igual. Ahora tenía una pija y pensaba usarla.

El efecto duró poco. El miedo volvió un par de días más tarde. Me atormentaba que el forro se hubiera roto, que no me hubiera dado cuenta, que la puta tuviera sida. Le comenté al Panza Morcillo, pero se rio como si fuera un chiste, después se puso serio, y al final estaba pálido y transpiraba. Terminé tranquilizándolo yo, recordándole que habíamos usado preservativo todo el tiempo y que aunque se hubiera roto tampoco era tan fácil contagiarse por

meterla dos segundos. Danny giró en el banco para darnos la sentencia final: ¡Las putas son las que más se cuidan!

Pero incluso arrastrando esos temores había empezado cuarto año convencido de que la experiencia me iba a servir de algo, que ahora sí tenía una oportunidad. Lo creía cada vez que Karen se peleaba con el novio. Una mañana, hacíamos un trabajo práctico sobre *Edipo rey* (ella ni siquiera había comprado el libro) cuando me lo dijo: que Alex Chabón era un nabo, que se había portado mal, que la había tratado como a una estúpida. Le confirmé que sí, era un imbécil y además un maleducado, le dije que ella se merecía algo mejor, alguien que no se creyera tan importante, que no le mintiera, que la respetara, y la miré a los ojos y aspiré el perfume a pelo rubio, lacio y manzana, esos labios carnosos, con la lengua me mojé los míos para prepararme. Me iba a animar, ahora sí. Iba a invitarla a vernos fuera del colegio, a decirle que la amaba, a besarla en medio de la clase de Lengua y Literatura. Me podía imaginar a la profesora armando un escándalo por nuestra escena. Pero completamos el trabajo práctico, terminó la hora, yo salí al recreo con los pibes y, a la mañana siguiente, Karen se la pasó con Alex Chabón, porque él le había pedido disculpas y estaban juntos de vuelta. Vivía esa misma secuencia por lo menos una vez por semana. Nunca aprendía a quedarme callado, pero tampoco aprovechaba mi oportunidad. Ni siquiera era temor al rechazo. El problema venía desde mucho más profundo. El miedo a enfrentar la situación me paralizaba. A pesar del tiempo que llevaba lejos del catolicismo, seguía creyendo que las mujeres eran vírgenes.

Mis amigos habían encontrado una solución para el mismo problema. Ya ni hacía falta ir al sauna; buscaban en los clasificados del diario y llamaban a domicilio. Mariano Puente arreglaba el precio y las condiciones: una participación en una hora o libre de participación en dos horas; según el Panza Morcillo, era mejor la opción de dos horas con libre participación (tardé en entender de qué hablábamos); era más caro, pero por tan poca diferencia prefería estar más tiempo y acabar las veces que quisiera, más si le pasaba como al «Speedy Gonzales» Morcillo, que se puso colorado

como cada vez que nos burlábamos de su precocidad. Era el nuevo plan para los viernes a la noche, sin la mamá de Danny, porque estaba de novia con un taxista y volvía tarde. Yo por el momento no pasaba. Cada vez que me resfriaba, pensaba si era sida. Danny dijo que si me había curado el resfrío significaba que estaba sano, pero yo prefería quedarme en el living y ellos iban pasando a la habitación; charlaba con uno mientras el otro entraba con la puta y me iban contando si la mina tenía olor rico, si era muy sucia, si tenías las tetas con siliconas. Así fuimos construyendo la epopeya de nuestro grupo de perdedores.

Una noche, cuando volvíamos de la casa de Danny, el Panza me preguntó si yo también había cogido antes de haber dado un beso. Contesté que no, por supuesto, ¿vos sí?, lo señalé con el dedo como un revólver: el Panza agachó la cabeza, titubeó, dijo más vale que no, me dio la mano para despedirse y dobló en la cortada. Yo caminé a casa preguntándome por qué los dos nos habíamos mentido.

Quizás porque no podíamos demostrar que algo nos lastimaba. Solo éramos capaces de compartir lo que sentíamos con respecto a una sola cosa. En poco tiempo, íbamos a saber si nos tocaba o no el servicio militar. Cada tanto papá me lo recordaba: un sorteo, un número alto y los milicos te cagaban la vida. Aunque trataba de no pensar en eso, me daba cuenta de que había vivido con miedo a que llegara el momento de hacer el servicio militar. Dormir en un regimiento, cumpliendo órdenes, que te levantaran a las tres de la mañana para hacerte correr en la nieve… Por suerte papá tenía un plan: uno de los proveedores del negocio era primo de un militar y ya le había pedido una suma de dinero para hacerme zafar. De todas maneras, primero íbamos a esperar el sorteo. Pero era una amenaza a mi futuro, una mancha que ensombrecía las buenas perspectivas que tenía para mi juventud.

El miedo no era infundado. Ese año, cuando ya me preparaba para que el bolillero sentenciera mi suerte, asesinaron a un cadete en un cuartel del servicio militar. Por esa muerte, el presidente decidió que hacer la conscripción ya no fuera obligatorio, papá se

ahorró los dos mil dólares y yo llegué al último año de la secundaria sin esa preocupación. Era distinto con las mujeres. Karen finalmente había logrado cansarme. Ya ni me juntaba con ella para hacer los trabajos prácticos. Los pibes estaban contentos, porque ahora les hacía los trabajos a ellos.

Una de las primeras mañanas de ese quinto año, la Pizpireta se acercó para saludarme. Iba con su amiga momia de siempre. Preguntó qué se sentía ser los más grandes del colegio y dijo que ellas empezaban tercer año, el más difícil, ¿o no? Le respondí que más o menos, pero mientras pensaba qué más decirle para que no se fuera se disculpó porque tenía que pasar por el kiosco antes de que el recreo terminara. Pensé que se iba también, pero la momia se quedó conmigo. Flaca, de pelo corto, anteojos de marco grueso. Le decíamos así porque nunca cambiaba la expresión de la cara. Jamás le había escuchado la voz hasta ese momento. Yo toco la guitarra, dijo de repente, con una seguridad que me sorprendió. Y yo toco el piano, contesté. Ya sé, dijo, me encanta el piano. No supe qué más agregar. El recreo terminaba. Era ahora o nunca. Yo seguía sin encontrar las palabras necesarias. La momia debió haberse dado cuenta, porque suspiró, se puso en puntas de pie y, como si me revelara un secreto al oído, me preguntó si quería que el fin de semana saliéramos a pasear por algún lado.

The Secret Marriage

> El hombre sano de cuerpo y de espíritu, y que a mayor abundamiento ignora los placeres sexuales, fácilmente soporta la continencia, virtud terrible que ha de exasperar y enajenar al hombre sensual privado a la fuerza de los placeres eróticos.
>
> *Ciro Bayo*

Se llamaba Maia. Tenía padres psicólogos y una hermana menor. Familia judía, no religiosa. Vivía en Caballito. Fanática del rock. Datos que debía saber desde antes, pero nunca le había prestado atención a esa chica escondida detrás de su apatía, sus anteojos redondos y su amiga pizpireta. Maia solamente parecía interesarse por el resto del mundo cuando ella podía aportarle algo. El año de separación de Los Beatles, el disco de Queen que había salido pocos días antes de la muerte de Freddie Mercury, el origen de los ojos bicolores de Bowie. Yo apenas sabía quiénes eran; a mí me gustaba la música *new age:* Vangelis, Kitaro, Enya… (Maia hizo un gesto como que vomitaba: ya se había dado cuenta de que yo era bastante nerd).

Corrí a contarles a mis amigos lo que habíamos hablado. Danny escuchaba música en su discman; el Panza Morcillo tomaba Sprite de una lata; el Nene fue el único que me prestó atención, pero para cagarse de risa: ¿la amiga de la Pizpi? ¿La que parece un petardo? Mariano Puente me preguntó si me anotaba con las putas del sábado. Le contesté que ya tenía planes.

Pero el sábado me desperté con un grano en el medio de la nariz. Tenía la punta blanca y pensé que podía apretarlo. Error: salió pus, sangre, me lastimé y tuve que untarme de urgencia una crema secante. Tragué el pollo del almuerzo mientras mamá

contaba su charla con el peluquero que le había teñido de colorado pero no era el colorado que ella quería. A las dos de la tarde, empecé a vestirme. El jean nuevo que mamá me había comprado en el shopping, una camisa blanca, mucho desodorante fragancia musk. Los nervios y la ensalada de pollo me revolvían los intestinos. Fui tres veces al baño. La última, apreté la panza bien fuerte para vaciarme, pero apenas salí tuve que volver a entrar. Habíamos quedado a las tres, y ya eran las tres menos cinco. El grano seguía supurando. Lo tapé con una montaña de maquillaje que encontré en el botiquín. Salí del baño en puntas de pie, porque mamá y papá ya se habían acostado a dormir la siesta.

Llegué con la lengua afuera a la esquina del colegio. O ya se había ido o estaba por llegar en cualquier momento, pero Maia no estaba. Me apoyé contra los grafitis de la pared, me limpié la transpiración de la cara. ¡Me toqué el maquillaje del grano! Pensé en correr a casa, taparme el grano otra vez, arriesgarme a que mamá se despertara, inventarle una razón por la cual había vuelto a casa, correr de nuevo a la esquina, ida y vuelta antes de que Maia… ¡pero si ella llegaba antes y yo no estaba iba a pensar que la había plantado!

Fue cuando la vi bajar del colectivo. Nunca antes la había visto sin el uniforme. Tenía los puños enrollados de una camisa holgada y abierta, una remera con el dibujo de la Estatua de la Libertad, sus anteojos brillaban al sol. La saludé con un beso en la mejilla y le pregunté si quería ir a tomar algo; podía ser a un bar por Recoleta, que es lindo, ¿conocés? Le dije que a veces íbamos con mis *viejos* a comer por esa zona. Obvio que Maia conocía, pero había organizado un plan *mucho más copado.*

Viajamos cada uno en una punta de un taxi ruidoso y con olor a nafta, ella hablando todo lo que jamás había hablado en el colegio, contándome sus secretos: que no comía queso rallado, que quería un perro pero según sus papás debía asumirlo como su responsabilidad, que era fanática de Nueva York y que le gustaba su profesor de música. No me animé a preguntar por qué me contaba eso, pero fue una información que me dejó confundido y mirando

por un buen rato por la ventana.

Quise pagar el taxi, pero Maia dijo que pusiéramos plata a medias. Quedaba una diferencia que insistí en pagar yo. Bajamos frente a un edificio antiguo, pintado de rosa, cerca de los bosques de Palermo. ¿Conocés? Museo de Bellas Artes, dijo Maia, se cambió los anteojos de sol por los que tenían aumento y se apuró a subir las escalinatas.

Dimos vueltas por las salas, los pasillos, la exposición temporal de arte ruso. Maia me contó sobre su *bobe,* la única religiosa de la familia, su hermanita de nueve años que estudiaba saxofón, las boludas de sus compañeras del colegio, incluida la Pizpireta, que le caía simpática, pero era bastante hueca. Le conté que yo era hijo único y que nunca había tenido novia, le mentí que ninguna chica me había interesado lo suficiente. Mirábamos el cuadro de un mar enloquecido, bajo un foquito de luz que parecía mover la espuma del agua. Éramos los únicos en ese rincón de la sala. Pensé que era el momento. Me quedé callado y la miré fijo, me acerqué, le agarré la cara, fruncí las cejas como Brandon en *Beverly Hills;* le dije que no aguantaba más, que había esperado toda la vida, que me moría de ganas… pero cuando iba a darle el beso me esquivó, esperá, me sacó la mano, me dio la espalda, por favor, y se fue caminando sola.

Quería tomar un *milkshake* en una confitería frente a la basílica. Acepté, aunque hubiera preferido salir corriendo. Me tapaba la nariz para que no se me notara el grano, también por la vergüenza del desplante. Pero de pronto me descubrí contándole de mi familia, de lo poco que hablaba con papá, las discusiones en casa, que tenía que elegir una carrera universitaria y me sentía perdido. Maia dijo que ella ya tenía pensado estudiar música, obvio, ¿qué otra cosa iba a estudiar? Pero a mí también me interesaba el espacio. Cuando era chico quería viajar al espacio. Además, ¿quién puede vivir de la música? ¿Leías *El principito*?, se burló de mí. Teníamos muchas cosas en común, pero para ella ese libro era demasiado *corny*.

Volví a casa cuando anochecía. Mamá y papá me habían dejado una nota: iban al cine y a comer afuera. Llamé a Maia para preguntarle si había llegado bien; nos quedamos hablando tres

horas más. Me explicó por qué no me había querido dar un beso: buscaba otra cosa, no era como las huecas de sus compañeras. Necesitaba que fuéramos despacio. Pero ese lunes nos pasamos el recreo juntos y también los recreos que vinieron después. Y a la salida del colegio la acompañé a la parada del 92, el colectivo que la dejaba a una cuadra de su casa.

Un viernes, Maia se quedaba sola porque la familia salía con otra familia amiga. En el último tiempo, era el día que papá iba al club a jugar a las cartas y con mamá aprovechábamos para alquilar una película. Esta vez le tuve que mentir que me juntaba con los pibes. Me dio pena fallarle con nuestro plan, y creo que a ella también, aunque no permitió que se le notara: me dijo que me divirtiera, que no volviera tan tarde y que por favor me cuidara mucho.

Nunca había ido solo tan lejos. El colectivo atravesó barrios que desconocía. Subieron más personas, un vendedor ambulante de lapiceras, una mujer embarazada que pidió un asiento. Me ganó la ansiedad y me bajé dos paradas antes. Las piernas me temblaron mientras esperaba que Maia atendiera el portero. Había planeado volver a intentarlo. Ya habíamos ido lo suficientemente despacio. Era hora de avanzar. Pero Maia ni siquiera me dio tiempo a saludarla: la vi salir del ascensor, abrió la puerta, me agarró la cara y, sin que yo pudiera reaccionar, me estampó un beso en la boca y el corazón me retumbó dentro del cuerpo.

Desde esa noche, dejé —dejamos— de ser una sola persona. Caminábamos agarrados de la cintura, una mano en el bolsillo del otro, la piel de los brazos rozándose. Me daba vergüenza que nuestro amor inmaculado pisara las baldosas rotas, sucias, salpicadas con caca de perro; el olor a encierro del colegio, la mirada entrometida de nuestros compañeros cuando nos arrinconábamos en algún pasillo; todo me parecía indigno de nuestro idilio, el afuera era un escenario que nunca se presentaba a la altura de lo que sentíamos. Aun así, en pocos días me transformé en un hombre enamorado que pasaba los recreos, las tardes —desde que salíamos del colegio y hasta la hora de la cena— cada segundo junto con el amor de su vida. Nos juntábamos en su casa. Maia

sacaba la guitarra del estuche, abría las páginas de un cancionero y cantábamos sobre los acordes. «Love of my Life», «Blackbird», también un tema de Oasis que sonaba en la radio. Esa conexión con la música que yo había perdido hacía rato y que recuperaba por ella. A veces la hermana golpeaba la puerta y pedía un marcador prestado, la calculadora, ayuda para encontrar una vincha que se le había perdido. Mi novia la expulsaba de inmediato con dos gritos, y volvíamos a la guitarra, a tararear «Hey Jude», a contarnos la oscuridad del tiempo que habíamos sufrido sin saber de la existencia del otro: los planes para el futuro, un beso de lengua interminable, mis manos. La tocaba por debajo de la pollera, rozaba la bombacha, la escuchaba respirarme al oído, sentía los dedos húmedos, me los olía a escondidas, detrás de nuestro abrazo. ¡Era un perfume tan distinto! Volvía a casa con los testículos hinchados, pesados como dos bolsas de arena.

Hasta que me sorprendió contándome que la hermanita le había preguntado si íbamos a coger. ¿Qué le dijiste? Puede ser. ¿Cuándo? Maia hizo un gesto con la mano, más adelante, cuando esté segura de que encontré al hombre correcto. ¿No estaba segura ya? Muy. Volvió a besarme, esta vez en la cara, despacio, desde la mejilla hasta la oreja. La voz de Sting sobrevolaba el humo de un sahumerio. *«The secret marriage vow»,* le desabroché el primer botón del jean, *«is never spoken»,* ella misma se levantó la pollera. Yo tenía puesto mi bóxer nuevo (Maia me había dicho que el slip era de nene de mamá). Me apoyé en el lugar donde la tela de la bombacha se humedecía, *the secret marriage never…* Se levantó de un salto cuando escuchó que sus padres abrían la puerta del ascensor. Así fue como los conocí. Eran más jóvenes que los míos: un tipo de bigote grueso y negro que hacía chistes poniendo cara de serio; una señora de ojos saltones con la costumbre de restregarse las manos. A veces me quedaba a cenar. En la mesa de esa familia, se discutía de política, usaban palabras de psicología, criticaban el cuerpo demasiado flaco de una supermodelo. La madre de Maia se ponía roja de la vergüenza; el padre se reía a carcajadas; yo hacía de cuenta de que no había escuchado, me refugiaba en mi vaso de

Coca-Cola y hundía la cara en el plato de la comida que habían pedido a un restaurante de avenida Rivadavia, porque mi suegra jamás cocinaba: vivía a las corridas para atender las esquizofrenias de sus pacientes.

En casa fue imposible mantener el secreto. Mamá se sorprendió porque había vuelto a tocar el piano, ¡pero además ahora también cantaba! Le conté porque no paraba de insistirme, toda la cena, por más que yo mirara para otro lado: Te estás viendo mucho con los chicos, qué lindo lo que cantaste hoy, ¿quién te enseñó esa canción tan linda? Esquivé las preguntas hasta que confesé: salía tanto porque me veía con una chica del colegio, tres años menor que yo, tocaba la guitarra, escuchaba rock, su familia era judía, pero no les importaba la religión. Mamá achicó los ojos, apretó los labios, suspiró: ¡Mi hijito!, se levantó para darme un beso en la frente y sacar los platos. Papá prendió su cigarrillo de todas las cenas. ¿Es *rusita*? Inspiró una pitada brillante y profunda. Me miró satisfecho. Exhaló el humo. A ver cuándo la traés para que la conozcamos.

Mis amigos se rieron cuando les conté del dolor en los huevos, que apenas podía caminar, que hervían rojos de calentura. El Nene dijo que me hiciera una paja. Danny me aconsejó que los remojara en agua fría. ¡También te la podés coger!, se burló Mariano Puente, pero el Nene negó con la cabeza: De eso olvidate, es demasiado pendeja. ¿Y, viejo, falta mucho?, el Panza Morcillo esperaba que terminara de responder las preguntas del trabajo práctico grupal que teníamos que entregar para Filosofía. Ninguno me reprochó que hubiera dejado de juntarme con ellos en los recreos; se habían acostumbrado a no contar conmigo, a que yo siempre estuviera con Maia. Y claro que iba a preferir a mi novia. Ellos repetían lo mismo: las patadas del fútbol bestia, lo que habían tomado el fin de semana, las putas en la casa de Danny. Yo me sentía en otro nivel. Pasaba las noches junto a la mujer de mi vida, refugiados en su cuarto (ella le decía «cuarto» a lo que para mí siempre había sido una pieza), tocándonos mientras escuchábamos la música que iba a convertirse en la banda sonora de mi primer amor. Pero cuando quería dar el paso siguiente Maia me decía que todavía era muy

pronto. Y yo no pensaba masturbarme, como me había dicho el Nene Herrera. El amor que sentía por Maia merecía que me reservara para ella. Así que cuando volvía a casa me encerraba en el baño, llenaba el vaso de enjuague con agua fría, me bajaba el bóxer y hacía lo que Danny me había aconsejado.

Hasta que un viernes fue el cumpleaños del Nene. Obvio que seguía prefiriendo estar con mi novia, pero quizás por una vez podía salir un rato con mis amigos; era nuestro último año juntos, y había vivencias que solo compartía con ellos. Así se lo expliqué a Maia, que dijo que le parecía perfecto, pero que no le hiciera perder el tiempo. Le pregunté de qué hablaba, y contestó que yo sabía muy bien de qué hablaba. Le dije que ni idea, pero siguió: que mis amigos eran unos vagos que se aprovechaban de mí, que eran unos *losers* y unos pajeros… pero le parecía perfecto que fuera al cumpleaños, ¿eh?, había pensado invitarme al recital de su profe de música, aunque evidentemente iba a tener que ir sola. Con esas palabras me convenció de abandonar el cumpleaños del Nene. Esa noche conocí «Space Oddity» y «The Man Who Sold the World»; también un tema de ABBA que mamá cantaba en una versión en castellano. Muy *corny,* dijo Maia, y que además ya era hora de que me destetara, hijo único, el nene de mamá. ¿Hasta cuándo iba a ser el pichón del nido?, me preguntó después de saludarnos con el profesor de música, mucho más grande que yo, con bigotes y pelo largo, que tocaba con una guitarra dorada y la onda, según ella, de Ringo Starr en *Sgt. Pepper's.*

A la vuelta del recital nos encerramos en su cuarto. Se sacó el pantalón y se me subió encima. Nos frotamos, hicimos crujir el respaldo de la cama. Terminé acabándole en el pliegue de la bombacha. Maia me abrazó fuerte y me prometió que faltaba poco. Se rio cuando le conté que más de una vez había metido los huevos en agua fría. Me preguntó si yo pensaba que le iba a doler. Le dije que suponía que no, aunque había tenido sexo una sola vez y… La cara de Maia se desfiguró, se alejó hasta el extremo opuesto de la cama, me miró como si le hubiera confesado un crimen. ¿De qué sexo me estás hablando?, mientras se acomodaba el corpiño.

¿Cuándo tuviste sexo? Y yo me di cuenta de que nunca le había contado, o había preferido olvidarlo, o había elegido —con una cobardía que ni siquiera era capaz de reconocer— mantenerlo oculto. Pero Maia era la mujer con la que soñaba. Entre nosotros no podían existir secretos como ese. Le confesé todo: dos años atrás, los pibes, el sauna de Chacarita. Por supuesto que estaba arrepentido: nada lamentaba más que no poder viajar al pasado para modificarlo.

Era la medianoche de un viernes perfecto: su familia volvía tarde, teníamos *pop corn,* discos, los cancioneros y la guitarra. Pero Maia ya no quería escucharme. Me dio vuelta la cara, de hecho era mejor si me iba. Le volví a decir que si hubiera sabido que a ella le iba a molestar, si pudiera retroceder el tiempo, ¡de verdad hubiera sido demasiado hermoso que mi primera vez fuese con ella!, aunque para mí iba a ser mi primera vez también, porque era con amor, por favor, traté de besarla, por favor, me puse de rodillas. Pero nada borró la decepción en sus ojos. Bajamos en silencio por el ascensor y me expulsó a la calle. Me quedé llorando detrás del vidrio, preguntándome qué había hecho mal, si había sido mi culpa, por qué el amor tenía que doler tanto.

La llamé varias veces ese fin de semana. La última, atendió el padre, con una voz que me dejó perfectamente claro que se mantenía al tanto de la situación. ¿Se encuentra Maia?, pregunté tímido. Y mi suegro dudó, eligió las palabras, dijo que había salido con la hermana, que no tenía ni la más mínima idea de a qué hora iban a volver, yo ya sabía cómo eran las mujeres.

Ese domingo fuimos a almorzar a un restaurante armenio que habían abierto hacía poco. A mamá la cautivó ni bien entramos: le hacía acordar a mi abuelo, porque decoraban la mesa con jazmines. Pedimos las *lajmayin* y empezaron las preguntas: me veía tristón, y papá lo mismo. ¿Me había peleado con mi novia? ¿Estaba tristón o estaba chinchudo? No, no nos habíamos peleado, ella se sentía mal y por eso… Pero tampoco me escuchaban hablar por teléfono como otras veces… ¡Estamos bien!, solté los cubiertos sobre el plato. Quería que me dejaran en paz. Se me había ocurrido una idea:

escribir una canción sobre los errores del pasado, el perdón, las almas destinadas al amor eterno. Una melodía como la de «Nothing Compares to You», anotando los acordes con el sistema que Maia me había enseñado, pulsando suave las teclas del piano mientras mamá (papá había salido sin decir a dónde) dormían la siesta.

El lunes llegué a la parada a las siete y cuarto en punto, pero Maia bajó del colectivo fingiendo no verme. La agarré del brazo, giró, me miró furiosa. Con la voz entrecortada, le dije: Te quería dar esto, y le entregué el casete en un sobre con nuestras iniciales, que Maia agarró poniendo cara de asco.

Danny nos vio llegar separados y preguntó si habíamos tenido nuestra primera pelea. Mentí que solamente habíamos discutido por una pavada, viste cómo son todas las minas, y cambié de tema para saber si el finde la banda se había juntado. Pero ni siquiera escuché su respuesta. Quería que esa mañana pasara rápido. Imposible concentrarme en el análisis sintáctico, la biología de la célula, las características de una sociedad en comandita simple. En el recreo, salí a buscar a Maia. Necesitaba saber si ya había escuchado mi canción. Di vueltas por los tres pisos, el patio, el aula de tercer año, pero no la encontré por ningún lado. Terminé jugando al fútbol bestia con los pibes, que no me preguntaron por qué había vuelto.

Pensar en otro día sin hablar con ella me desesperaba, pero a la salida Maia me enfrentó codo a codo con la Pizpireta (que me dijo: Hola y chau, con un beso, una sonrisa forzada y nos dejó solos) y se acomodó los anteojos antes de hablarme: había escuchado la canción y me recomendaba que tomara clases de canto; también había pensado mucho, y yo no tenía la culpa: Te perdono, pero me tenés que prometer que nunca más te juntás con esos pajeros. ¿Con quiénes? Maia dijo que no me hiciera el boludo, que sabía muy bien que se refería a los pajeros de mis amigos: yo me dejaba influenciar, era normal en hijos varones sobreprotegidos. Me acordé de la oración que rezábamos en la misa: «Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme», exactamente lo mismo que sentía al escuchar que mi novia me perdonaba. Después le aclaré que yo no era *en absoluto* ni

influenciable ni sobreprotegido. Al final le prometí, llorando, que íbamos a estar juntos para siempre.

El cine de Santa Fe y Callao, la comida en un restaurante texano, los juegos en el Family Game. Escuchar los discos importados de Estados Unidos, mientras sus uñas rasgaban las cuerdas de una guitarra Fender. Y, sobre todo, sexo. Entre lo que hacíamos cuando nos encerrábamos en su cuarto y lo que nos faltaba hacer había milímetros de distancia. La concreción del amor más absoluto. La prueba de que habíamos nacido el uno para el otro. Se lo repetía al oído cuando Maia me decía que no, que hasta ahí, porque ya le empezaba a doler, y yo insistía un poco más, ella repetía lo mismo, yo me alejaba, me subía el bóxer, volvíamos a frotarnos contra la tela.

Recién después de acabar, de escabullirme al baño para lavarme, de secarme con la toalla que usaba la familia y admirarme en el espejo por mi arma recién disparada, volvía a recostarme junto a esa mujer que amaba, cerraba los ojos y me preguntaba en silencio (mientras cantaban Sting, Los Beatles, Pink Floyd): a dónde habrían ido los pibes, en qué lugar estarían metidos, qué aventuras me perdía por tener novia. Fue peor cuando supe que organizaban para ir al boliche de moda, el primer viernes de la primavera, entradas con acceso VIP. Me enteré porque con Danny todavía hablábamos por teléfono (me había cambiado de banco: ahora me sentaba con Ari Goldberg; a los pibes les dije que desde el fondo me costaba ver el pizarrón). Pensé en preguntarle a Maia si quería acompañarme, pero ella odiaba ir a bailar, así que fuimos a Blockbuster, compramos *pop corn* y nos quedamos mirando *El rey león* con la hermanita (el lunes, en la clase de Historia, escuché de lejos que los pibes no habían podido entrar al boliche: los habían discriminado por llevar zapatillas. Pero en la puerta se habían encontrado con Alex Chabón y con el grandote. Se habían ido todos juntos a la casa de Danny. Habían llamado una puta. ¡Monumental!, dijo el Nene Herrera, y la profesora golpeó el borrador contra la pared para que hicieran silencio).

Saber que me había perdido esa noche me enfureció. Se lo dije a

Ari Goldberg, pero a él no le importaban esas cosas. Para él eran distracciones. Para mí, experiencias de vida. Aventuras que los varones del curso tenían y que yo nunca iba a conocer. Por eso empecé a mentir. Al principio, para que Maia no se enojara por una pavada. Le decía que me acostaba a dormir la siesta, pero me iba a jugar al fútbol con los pibes; inventaba una cita con el dentista, y en realidad acompañaba a mamá al supermercado (también le molestaba que saliera con mamá, por eso de que yo era sobreprotegido); mentía para buscar la manera de hacer todo lo que a Maia le parecía mal y que solían ser los planes que la dejaban fuera.

El problema era que faltaba poco para el viaje de egresados. No iba a poder mentirle con eso. Pasé por alto contarle que papá había firmado el contrato con la agencia de turismo, que mis compañeras habían encargado los buzos con los nombres de la división, que ya sabía las fechas exactas de ida y de vuelta. Recién cuando todo quinto año apareció con los buzos, Maia me preguntó si yo también iba a viajar. Le respondí lo que tenía preparado: nuestro amor era para toda la vida, el futuro era nuestro, pero había experiencias que necesitaba atravesar. Se apoyó contra la pared: Hablaste idéntico a mis viejos, *okey,* andá si te parece tan importante. Sonó a que a ella le parecía mal, y por eso le pregunté de nuevo. Respondió lo mismo, le volví a preguntar y me quedé conforme.

La banda celebró cuando les confirmé que viajaba. Danny dijo que había que comprar botellas de vodka extra. El Nene preguntó si llevábamos plata para irnos de putas allá también. Mariano Puente quería un mazo de cartas para jugar en el micro. Hasta el Panza Morcillo parecía entusiasmado. Pero una semana antes del viaje, apenas bajó del colectivo, Maia se me tiró encima para decirme que tenía *great news.* ¿Qué pasa?, alcancé a preguntar en medio de los besos, y mi novia hizo ese gesto canchero que había copiado de las películas.

El micro a Bariloche salía del colegio un viernes por la mañana. Los familiares nos despedían en la vereda. Mamá me pidió por favor que me cuidara mucho, ojo con tomar alcohol, si a mí me pasaba

algo ella se moría. Papá me abrazó, me repitió que me cuidara y me metió la mano en el bolsillo de la campera. Disfruten, guiñó un ojo, y tuve que irme porque el coordinador me llamaba para ocupar mi asiento.

Arriba, bien al fondo, rodeados de abrigos y bolsos, me esperaban mis amigos. Danny sentado con el Panza Morcillo, el Nene Herrera despatarrado contra la ventana, el rincón junto a la puerta del baño para Mariano Puente, que escondía dos botellas de vodka debajo del asiento. Acomodé mi mochila en el portaequipaje y, antes de guardar la campera, saqué lo que papá me había metido en el bolsillo. Era una caja. Tenía preservativos. Doce. Tamaño familiar. Les mostré a los pibes: si alguno necesitaba, había para repartir. Tronaron los aplausos al viejo de Junior, que compró forros para la banda. Les avisé que yo iba a necesitar por lo menos tres. Todavía no les había contado, pero mi novia iba a viajar a Bariloche también; justo se había dado la casualidad de que mi suegro había conseguido unos pasajes económicos… El Nene me miró como si le estuviera haciendo un chiste: ¿Cómo que viene tu novia? Sí, me avisó hace una semana, fue sorpresa… y para que no me dijeran pollerudo les conté que Maia me había prometido que en Bariloche íbamos a hacerlo.

Recién salíamos a la ruta y la segunda botella de vodka casi se había vaciado. Yo todavía no me animaba a probar el alcohol; bastante me mareaba el bamboleo del micro. Pero la banda hablaba en pedo y a los gritos. Mariano Puente brindó porque encontráramos unas lindas putas. El Nene se conformaba con que estuvieran mejor que los batracios que teníamos como compañeras, que eran todas un cinco para abajo.

Llegamos a Bariloche veintitrés horas más tarde, afónicos y con los ojos pegados. Un hotel tres estrellas frente al lago Nahuel Huapi. Una habitación grande para los cinco. Me tocó la cama al lado del Nene y del Panza Morcillo, en diagonal a la cucheta que se habían repartido entre Danny y Mariano Puente. Apenas nos instalamos, nos pusimos a jugar a las cartas, pero a alguno se le ocurrió hacer una lista con los puntajes de nuestras compañeras. Por supuesto, no

nos daban bola; Alex Chabón y Karen iban pegoteados todo el tiempo, y el pelotudo del Chiqui ya se había levantado a una morocha de otro colegio. Además estaba el coordinador, un facherito de cama solar que andaba siempre rondando a las chicas. Es posible que fuera nuestra forma de vengarnos, pero el Panza Morcillo pidió que le pasáramos un papel y una birome.

En la cena de la primera noche, el Panza sacó la lista con los puntajes. Para Mariano, no era el momento; al Panza le debe haber parecido lo mismo y por eso me pasó la lista a mí, que no tuve mejor idea que leerla en voz baja:

—Karen: ocho de cara, siete de tetas, nueve cincuenta de culo, nueve de cuerpo en general. Promedio: ocho con cincuenta. ¡Se merece más! —Me quejé y seguí leyendo—: Juliana: cinco de cara, ocho de tetas, cuatro de culo, cinco cincuenta de cuerpo en general. Promedio: cinco con cincuenta.

Al cuarto nombre, todo el curso se enteró de lo que hacíamos. El coordinador se reía con nosotros; lo mismo el grandote y Alex Chabón, que por suerte no había llegado a escuchar el puntaje que le habíamos puesto a la novia. El griterío llegó hasta la mesa de las chicas.

—Brenda Rolón: cinco de cara, nueve de tetas, veinte de culo…

—¡Dos con cuarenta de cuerpo en general! —gritó el Nene—. Promedio total: ¡gorda!

El comedor entero festejó el chiste. Incluso Brenda Rolón, que se reía con los dientes apretados y la cara roja por la vergüenza.

Teníamos que ir a un boliche. Los pibes dijeron que aprovechara mi noche de soltero, pero yo quería dormir temprano, porque al otro día llegaba mi novia y estaba demasiado cansado por el viaje. Habíamos quedado en encontrarnos en el Centro Cívico, junto al mástil de la bandera. Llevábamos nada más que un par de días separados, pero nos dimos un abrazo interminable, mullido por la tela de las camperas impermeables, un beso con el sabor mentolado de los chicles de Maia, que me había extrañado tanto como yo a ella; mucho más todavía; mentira —la volví a apretar contra mi cuerpo—, yo te extrañé más; nos volvimos a besar, contuve los

mocos, ella también, congelada por el frío de la Patagonia, yo queriendo cubrirla con mi campera: Te amo, dijimos al mismo tiempo, y era más cierto que nunca, porque ninguno había hecho otra cosa que pensar en el otro. ¿Ella había cumplido con la promesa de comer un caramelo de frutilla a las siete de la tarde para que sintiéramos el mismo sabor al mismo tiempo? Sí, desde las siete menos dos minutos, porque tenía el reloj adelantado. Yo también había cumplido… ¡Es que la existencia me parecía tan poca cosa sin ella! Maia me soltó para acomodarse la gorra de lana. Tenía la nariz congelada. Los anteojos se le habían empañado. Le propuse que fuéramos al hotel a ponernos cómodos.

Los pibes ya habían salido para hacer la previa; les había dicho que dejaran medianamente ordenado, pero la habitación parecía un bombardeo de remeras usadas, talco, el desodorante para los pies del Panza Morcillo sobre la alfombra. Le pedí a Maia que me esperara afuera y levanté la ropa del suelo, acomodé las sábanas, abrí las ventanas para ventilar. Puse el CD que había llevado Danny, *Los mejores lentos,* en el discman que me había prestado. Conecté el cable de los parlantes. Me eché perfume bajo la ropa y corrí a abrir la puerta de la habitación. Bienvenida, señalé la alfombra, las luces apagadas, el reflejo de luz de la calle, el piano de Annie Lennox antes del coro de «Why». Maia abrió grandes los ojos: ¿de verdad había ordenado?, ese lugar era un desastre… Eso ahora no importa, susurré, vamos a vivir la mejor noche de nuestras vidas, y le agarré la mano y la llevé a la cama.

Fui el único de la banda que usó los forros que papá me había dado, porque los demás ni un beso. Ni siquiera para Mariano Puente, según Danny con un pedo tan grande que se les tiraba a todas en el boliche. Nada más que a él le conté lo que había pasado con Maia. Me felicitó, me tocó el brazo, se notaba contento. Ninguno de los dos fue capaz de mantener el secreto, y el resto de la banda se enteró un rato más tarde. Que le dije a Maia que no iba a pasar nada que ella no quisiera. Que me pidió que le metiera la punta, solamente. Que le dije: Te amo demasiado para esperar tanto. Que me contestó: Yo también, y me empujó hacia ella para

que entrara.

Pero mis amigos estaban demasiado ocupados con el culipatín, la aerosilla del cerro Catedral y la foto del curso con la bandera donde figuraban los nombres de los veinte alumnos de la promoción ‘95. El coordinador nos arengaba para cantar, repetía que era el final de la mejor etapa de nuestras vidas, «recuerdos que no voy a borrar, personas que no voy a olvidar», jugaba a darse trompadas con el grandote. A mí lo único que me importaba era volver al hotel para reencontrarme con mi novia. No volvimos a hacer el amor (así le decíamos, nos parecía mucho más adecuado que la palabra «coger»): por más que habíamos usado preservativo (no le conté que papá me los había regalado), antes ella quería asegurarse de que le viniera la próxima menstruación.

El último día que íbamos a estar juntos en Bariloche le compramos dos anillos de alerce a una hippie que los sahumó con palo santo para asegurarnos de que jamás nos separaríamos. Tiritando de frío, con el lago a nuestras espaldas, las montañas nevadas, las nubes rojizas del atardecer, cada uno le puso el anillo al otro. Nos dimos un beso largo y tibio y un último abrazo antes de despedirnos.

Quedaba una noche, y pensaba aprovecharla. Ni pollerudo ni nada que se le pareciera, ninguno de mis amigos me echó en cara la poca bola que les había dado. Me sumé como uno más a los preparativos. Danny se había puesto la camisa a cuadros, dos vueltas de desodorante y el pelo atado con una gomita. El Panza Morcillo, unos pantalones pinzados que le había regalado la madre. Mariano Puente no terminaba de vestirse y hacía fondo blanco, en cueros, con la décima botella de vodka del viaje. El Nene Herrera me pidió que les repartiera los forros que me quedaban.

Para mí, fue como entrar en otro mundo. Luces de colores, un par de rayos láser, humo de una máquina que me hacía toser. Los pibes me aconsejaron que tomara un Séptimo Regimiento, algo bien fuerte, con mucha bebida blanca, o un Satanás, que se hacía con fuego y me iba a calentar los pulmones. Mariano Puente era el único mayor de edad y el encargado de comprar el alcohol para los

pibes, que me aplaudieron cuando probé mi primer trago.

A mi alrededor, el infierno. Chicas en minifalda, chicos que las apretaban contra la pared, dos salvajes provocándose con trompadas al aire, porque uno había mirado mal al otro. Unos que seguro eran *rugbiers* les tiraban del pelo a las chicas que les pasaban por delante. Ellas se daban vuelta para insultarlos y ellos se reían. Con mis amigos nos refugiamos en la barra, embobados con una pelirroja que se meneaba sobre un parlante. Una belleza que nos generaba bronca. Mujeres así nunca se iban a fijar en nosotros. Preferían a los Alex Chabón, a los grandotes, a esos cancheros que las apretaban contra la pared. A nosotros nos quedaba mirar con una sonrisa estúpida, recrear una película de adolescentes desesperados. Amaba a mi novia, pero la pelirroja del parlante, la morocha que le bailaba cerca, la novia del grandote con ese culo de manzana verde… esas eran las mujeres que de verdad me calentaban. Pero no sabía cómo acercarme a una chica así. Yo era invisible para ellas. Billetera mata galán, dijo el Nene, el único capaz de hablar mientras nos babeábamos siguiendo el meneo de esas caderas. ¡Atención quinto año del Sol del Nuevo Siglo! —a voz chillona de Brenda Rolón en el silencio repentino de una cumbia—. A continuación, informaremos los puntajes finales del ranking de los más lindos y los más feos de nuestro curso.

Hablaba por un micrófono, desde la cabina del *disc jockey*. Las chicas en la discoteca gritaron excitadas. Nuestras compañeras giraron para mirarnos. El Panza Morcillo se puso blanco, agarró su lata de cerveza y corrió a encerrarse en el baño; lo siguieron Danny y el Nene Herrera. Un cinco para él (que llegó a escuchar su puntaje, pero siguió caminando sin detenerse a pedir explicaciones), un ocho para Alex Chabón, un cuatro para el Panza Morcillo, seis puntos para el Chiqui. A Mariano Puente le pusieron un cuatro. A Danny, un cinco con cincuenta (los cincuenta extra eran porque se le hacían los hoyitos en la cara cuando sonreía). Las chicas volvieron a gritar, unos pibes de otro colegio cantaron a coro: ¡Danny! ¡Danny! Pensé que se habían olvidado, pero Brenda Rolón se hizo visera con una mano y buscó a través del vidrio de la

cabina, el humo y las luces de colores: Junior Martínez. —Retumbó mi nombre—. Junior Martínez… Puntaje: ¡puto!

Tomé el último trago, dejé el vaso sobre la barra y traté de caminar lo más lejos posible. Me trastabillé, me pareció oír risas: ¡Puto! ¡Trolo!, pero el boliche ya bailaba los acordeones de una cumbia, las luces giraban en las paredes, la música nos tapaba. ¿Por qué te dijeron eso?, una voz en alguna parte. El aliento a alcohol en la puerta del baño de las mujeres. ¿Por qué dijeron eso de vos?, me volvió a preguntar Karen. Tardé en reaccionar: No sé, aunque tenga novia… Karen dijo que eran unos pendejos de mierda, me preguntó por Maia, si nos habíamos encontrado. Le conté que sí y que ya nos habíamos despedido hasta la vuelta a Buenos Aires. ¿La extrañás mucho? Odiamos separarnos. Nosotros también, dijo Karen, y sentí el alcohol de su aliento otra vez. Yo también estaba borracho y me derretía. Que me hablara, que se acomodara el pelo, que se mordiera el labio de abajo, que me tocara el brazo para sostenerse. Estuve a punto de confesarle lo enamorado que estaba de ella, no como el imbécil de Alex Chabón. ¿Sabía que su novio había estado en una fiesta con los demás varones del curso? Una fiesta con una puta que pagaron entre todos, hacían la fila para que los atendiera, uno atrás del otro, todos con la misma puta… Y Alex Chabón apareció de repente, me empujó. ¡Rajá de acá!, con un grito. Me reí, porque pensé que era un chiste, pero esos ojos disparaban furia. Apretó la mandíbula, y el golpe de una trompada me tiró de culo al piso.

Pasé el viaje de regreso con la cabeza apoyada en el vidrio, aliviándome la hinchazón en el pómulo contra el frío de la ventana. Masticaba el caramelo de frutilla que nos habíamos prometido: a las tres horas de mi salida de Bariloche, cuando el micro hubiera pasado las montañas nevadas y se internara en el desierto de la Patagonia. Danny y el Panza Morcillo escuchaban el CD de los Gun’s N’ Roses. Mariano Puente dormía con la boca abierta sentado junto al Nene Herrera, que jugaba con el reloj traído de su último viaje a Miami. Mis compañeras viajaban en silencio. Adelante iban el coordinador con el Chiqui, Karen y el imbécil de Alex Chabón,

que me había pedido disculpas antes de subir al micro. Me miré en el reflejo del vidrio: tenía que pensar muy bien qué le iba a explicar a Maia.

Mamá me creyó cuando le mentí que era la marca de las antiparras que había usado para esquiar. Papá se acercó para mirar de cerca: ¿Te duele?, me tocó la cara. Hice como que no me había preguntado nada y seguí contándoles sobre lo mala que era la comida en el hotel.

Esa noche hablamos más de dos horas por teléfono. La había extrañado, el mundo era un lugar horrible, y quería refugiarme en nuestro amor. Le mentí que me habían pegado porque había dos peleándose en el boliche, uno se había corrido justo, yo miraba desde atrás y me había dado la trompada a mí. A Maia eso no la sorprendía: por eso odiaba los boliches, pero bueno, yo había elegido ir y me tenía que bancar las consecuencias. Aunque no me lo pidió, le prometí que nunca más iba a volver a un lugar así.

Con el viaje de egresados terminaba una etapa. Ahora tenía que pensar en mi futuro. Me entusiasmaba ser músico, pero me iba a morir de hambre. Quizás podía ser escribano, que se pagaba bien y nada más había que firmar documentos. Maia insistió con que volviera a tomar clases de piano. Era muy *loser* que solo supiera tocar tres partituras. Ella quería un marido músico, porque también pensaba dedicarse a lo mismo; de hecho, hasta podíamos formar un dúo y recorrer el mundo con nuestro arte. Había hablado con la abuela: ningún problema con que nos casáramos; de una manera u otra, nuestros hijos iban a ser judíos, porque el judaísmo se transmite por la madre. Pero para eso faltaba. Ella todavía tenía que terminar el secundario.

Me acosté temprano esa primera noche después del viaje, pero lo que había experimentado, el recuerdo de la trompada, la justificación de Alex Chabón diciendo que estaba borracho, lo que acabábamos de hablar con el amor de mi vida… eran pensamientos que se amontonaban en mi cabeza y me mantenían despierto. Hasta que escuché a papá cerrar la canilla, apagar la radio, el vapor saliendo por la puerta recién abierta del baño. Esperaba seguirle el

recorrido hasta su cuarto, pero entró al mío sin pedir permiso y con su perfume a crema de afeitar. Me tapé hasta la cabeza, pero igual se sentó en mi cama. En voz baja, me dijo que hacía rato que quería hablarme. Había pensado mucho mientras yo estaba de viaje, y era una cagada. Él no era de hablar mucho, pero cuando hablaba era en serio, y me tenía que decir que le daba mucha pena en lo que se había convertido su hijo: Un pollerudo que no se sabe defender, que le permite a una pendeja de quince años tenerlo agarrado de las pelotas, mentirle para ver a tus amigos, para estar con tu familia, dejás que te arruine el viaje… Estaba bien que ya varios le habían dicho que se preparara para lo peor. Hasta mamá le había anticipado que no se sorprendiera si yo tenía *inclinación* por otros hombres. Quizás él estaba equivocado. Nunca había podido estudiar, había hecho hasta quinto grado, y por eso era medio bruto, pero bueno, yo ahora tenía novia, ¿y eso qué? Papá hablaba cada vez más fuerte; aunque no podía verlo, sabía muy bien que el cuello se le había hinchado, que tenía la cara roja, que escupía mientras sacaba de adentro lo que tenía guardado: ¿Sos un hombre o no sos un hombre? Le tenés miedo a una nena de quince años, al sorete malparido que te pegó una trompada, ni siquiera sos capaz de contarles la verdad a tus padres… Golpeó una palma contra la otra, se exasperó, pareció querer decir algo más; pero se quedó callado, se levantó y se despidió con un buenas noches, como si se hubiera cansado de esperar una respuesta que no supe darle.

Terminé el secundario con un diploma al mejor compañero: me había votado la banda de los pibes, pero también Karen, que así había agradecido mis cinco años de resolverle sus trabajos prácticos. Maia me acompañó a la fiesta de egresados. Los varones, vestidos de saco y corbata; las chicas, con peinados de peluquería. El grupo de los populares, por un lado, y Brenda Rolón con sus amigas, por el otro. Hasta los pibes estuvimos cada uno en la suya. El Nene arrinconaba contra la pared a la prima de alguna de nuestras compañeras. Danny y el Panza, con el codo pegado en la barra (aunque el Panza, cada tanto, estiraba una mano para tocarles el pelo a las chicas). De Mariano Puente supimos que había llegado

borracho, había vomitado en el baño y el primo se lo había llevado.

Con Maia nos fuimos sin saludar, directo a su casa, aunque sin la seguridad de saber qué sería lo próximo. El sexo todavía era algo que llegaba tras escabullirnos varias veces, como si necesitáramos disimular. Para mí seguía siendo un misterio que mi novia me revelaba de a poco, como cuando se apareció depilada y por primera vez vi de cerca y sin obstáculos eso que el amor de mi vida abría con sus dedos para que yo lo besara, para que pasara la lengua, para que probara el sabor a metal dulce.

El problema era que también seguía poniéndome mala cara si nombraba a mis amigos, si le decía que había acompañado a mamá a comprarse ropa. Cualquier plan que no la incluyera le parecía de perdedor, de pajero o de bebito. Eran mis últimas vacaciones antes de empezar a trabajar. Porque iba a estudiar, no sabía qué, pero papá ya me había asegurado que él me iba a pagar la carrera que yo eligiera; la única condición era que trabajara. Aclaró específicamente que no era un regalo, sino «un intercambio». Así que en un par de meses iba a tener que levantarme todos los días temprano otra vez, encarcelado el doble del tiempo que pasaba en el colegio, seguramente trabajando de algo que odiara. Por eso quería aprovechar ese verano. Una noche, mis amigos dijeron de juntarnos. A Maia le dije que me dolía la boca del estómago y que me quedaba en casa. Papá jugaba a las cartas en el club, así que a él ni me hizo falta decirle. Solo le pedí a mamá que si por casualidad mi novia me llamaba le dijera que me había quedado dormido.

Fue la primera vez que intenté afeitarme. No había demasiado, pero me pareció más prolijo. Un plumón en el bigote, algún que otro pelo asomando en la barba. Abajo era mejor: los pelos crecían duros y enrulados. Me enjaboné dos veces. Tenía un buen presentimiento.

La juntada era en un bar que después se hacía boliche. Además de nosotros, iban unas amigas de la prima del Nene Herrera. Una era fanática de Los Beatles, morocha, con una sonrisa brillante, bastante linda de cara. Nos pusimos a hablar: repetí lo que Maia decía sobre que Lennon era espiritual y Paul era práctico. La

morocha me miraba asombrada: yo era el primer pibe de su edad que escuchaba Los Beatles. También se sorprendió cuando bailé «¡Sólo se vive una vez!» con los brazos apuntando a un parlante en el techo, mientras Danny y el Panza tomaban clericó de una jarra con la prima del Nene. «¡Sólo se vive una vez!» La sostuve de las caderas, un poco más cerca del perfume del cuello. Acababa de terminar mi vaso de vodka con jugo de naranja, a partir de esa noche mi trago favorito. «¡Sólo se vive una vez!» Sentía como si un ángel me aleteara en la cabeza, como si tuviera alas y fuera capaz de hacer cualquier cosa; cualquier decisión era posible excepto la de perder el tiempo. «*¡One, two, three!*» Agarré la cara de la morocha y se la comí de un beso.

Pasé el resto de la noche felicitándome. Ya era bastante grandulón y había tenido algunas experiencias, pero lo seguía sintiendo como una primera vez. A las cuatro de la mañana, Mariano Puente vomitaba el clericó abrazado al inodoro, la prima se había ido con sus amigas, Danny y el Panza Morcillo se iban a hacer *una pasadita* por un sauna en el centro. Con el Nene acomodamos a Mariano en un taxi y lo llevamos hasta su casa (lo dejamos sentado en la vereda, porque no encontramos las llaves y era mejor que no le tocáramos el timbre al padre a esa hora); también acercamos a la morocha, que me anotó su número de teléfono en el cartón de sus Marlboro. Apenas se bajó del taxi, lo tiré por la ventana. Babeaba demasiado y tenía un gusto asqueroso a cigarrillo. Además esa risa de ganso me provocaba vergüenza ajena. Quería correr a los brazos de Maia, pedirle perdón de rodillas, decirle que nos casáramos ya mismo, pero el taxi frenó en la esquina y me despedí del Nene Herrera, que apenas pudo alzar las cejas para saludarme. Bajé, tropecé con una baldosa y estuve un rato largo dándole vueltas a la llave —no la embocaba—, hasta que logré abrir, corriendo pero demasiado tarde: vomité el vodka con jugo de naranja contra la puerta del ascensor.

El sábado siguiente, volví a salir con la banda. También el otro viernes y otro sábado más. Un dolor de panza, un cumpleaños de un tío que no veía nunca, quedarme en casa porque me sentía

realmente exhausto. Las mentiras se acumulaban sin que me diera culpa. Me convencía pensando que lo hacía para proteger nuestra relación. En el mismo bar bailable de San Telmo, me enamoré de una tucumana que no me quiso besar porque ella era recontra fiel a su novio. También de una estudiante de abogacía que sí me quiso besar y esta vez me gustó mucho. Ya no estaba tan seguro de querer volver a los brazos de Maia. Todas me parecían más lindas que mi novia.

Una madrugada, sonó el teléfono. Yo recién llegaba de juntarme con los pibes y entraba al baño, borracho como las últimas veces. Corrí a atender antes de que papá y mamá se despertaran. ¿Hola?, intenté fingir voz de dormido. Un silencio. Una respiración entrecortada. De fondo se escuchaba una radio. ¿Amor?, pregunté con el corazón acelerado por el miedo a que me descubriera. ¿Hola? Colgaron.

Había tenido suerte esta vez, pero era hora de hablar seriamente con Maia. Iba a explicarle que a la noche el teléfono quedaba desconectado, o que había despertado a papá o que mamá había dicho… Me animé a planteárselo cuando salimos a recorrer las galerías de avenida Rivadavia porque quería comprarse una remera de Nirvana. Le pedí que por favor no llamara más a la madrugada; ya estaba cansado de sus celos; una relación solo podía construirse sobre la base de la confianza. Maia sacó la vista de la vidriera de un negocio que vendía guitarras, se bajó los anteojos y me miró fijo: *No way*. Ella no había sido. ¿Sería otra, quizás, la que me llamaba a cualquier hora?

Por suerte, no volvimos a hablar del tema. Nos ocupábamos de otra cosa. Maia me había convencido de que lo mejor era que estudiara música. Ella conocía un terciario… aunque si quería aprovechar el verano podía hacerme un curso intensivo en New York. Había entrado al sitio de un instituto en Brooklyn: valía quinientos dólares, más el gasto del pasaje y la estadía, pero eso lo dividíamos entre los dos.

Tardé un rato en entender lo que me proponía: un curso de música, diez días viviendo juntos en la ciudad de sus sueños, que

ahora eran los míos. Ella se iba a anotar en un taller de composición, y yo podía retomar piano con un curso introductorio, aunque también ofrecían clases de bajo, que era mucho más rockero. Iba a ser un ensayo para nuestro futuro, y de paso aprovechábamos para practicar inglés, porque según Maia yo lo hablaba como un indio apache: *Jelou* —me dio un codazo—, *ai am Junior Martainez,* y se revolcó de risa. Nos reflejábamos en el espejo del techo de la habitación de un telo. Habíamos ido después de devorar dos hamburguesas (una sin queso) mientras nos refugiábamos del calor en el aire acondicionado de un local de Wendy's. Lo había propuesto ella, después de reírse por el concepto de «albergue transitorio». Según Maia, en el telo podíamos estar tranquilos, sin la paranoia de que su familia apareciera de golpe; decía que ese era el motivo por el cual yo acababa rápido. Lo que a mí me preocupaba más era que todo pasara tan acelerado. Porque era así: dos segundos y listo. En el libro que me había regalado el hermano Pedro ni mencionaban el tema. Con mis amigos tampoco lo podía hablar: llevábamos tres años atormentando al Panza Morcillo porque la primera vez había acabado rápido, y Mariano Puente era «bombero loco» porque en segundo año se había mojado el pantalón por mirarle el borde de la bombacha a la profesora de Inglés. Lo único que podía hacer era confiar en Maia, pero tampoco a ella le decía lo que me pasaba. Quizás ni sabía muy bien qué decirle.

Esperé para comentar en casa sobre el plan de viajar juntos. Papá otra vez había llegado tarde del trabajo, cansado, sin ganas de nada, pero me escuchó cuando le expliqué las cuentas: Quinientos dólares por el curso, quinientos por el pasaje y otros quinientos entre comida y alojamiento; un poco más de una semana, diez días en total, sumando las veinticuatro horas de vuelo. Mamá se agarró las manos: me iba a extrañar demasiado, pero la ponía contenta que cumpliera su sueño, porque de joven quería ser pianista y después había conocido a *tu padre*… Pero ¿los padres de Maia le iban a permitir viajar siendo tan chica? Después de pensarlo bien, papá tomó la palabra: dijo que mil quinientos dólares era mucha plata,

pero que lo tomaba como una inversión para el futuro y que solamente me pedía que guardara los recibos.

Maia también les contó a sus padres. Les pareció una idea maravillosa que de ninguna manera iban a permitir para su hija de dieciséis años. Una cosa era que fueran padres modernos y otra, que su hija los tomara por boludos. Maia protestaba: al final, eran dos viejos retrógrados, y no pensaba volver a hablar con ninguno de los dos. Yo le dije que me parecía bastante lógico que no la dejaran viajar. Nuestro ensayo en Nueva York quedaría para cuando ella cumpliera dieciocho años. Pero vos tenés que viajar igual —soltó de un tirón, desnuda en el espejo del techo de un telo cerca de casa. Levanté la cabeza de la almohada: ¿Estás segura? Se puso los anteojos —se paró—, la bombacha y la remera de Disney. Volvió a sentarse al lado mío, me abrazó, me miró a los ojos: me dijo que de ninguna manera podía perderme la oportunidad de estudiar en New York. Por supuesto que me iba a extrañar mucho, pero era una chance que yo tenía que aprovechar.

Hasta ese momento, pensaba que Maia era dueña de una mente superior que sus celos empequeñecían. Eso cambió cuando entendí que me estaba incentivando a viajar sin ella. Mi futuro —nuestro futuro— resultaba ser más importante que sus celos. Se lo agradecí. Me contestó que me iba a extrañar tanto que cuando volviera nos íbamos a casar. El profesor de música ya le había explicado: aunque fuera menor de edad, podía tramitar la emancipación de sus padres. Ya no quería vivir más con sus viejos. Los odiaba. Yo, en cambio, era el nene de mamá y mis padres me consentían. Un viajecito a New York, ¿qué tal? A cambio me encargaba que le trajera discos, ropa de los Knicks y otros regalos que ya me iba a decir cuando llegara el momento.

La madrugada siguiente volvió a sonar el teléfono. Esta vez, había llegado de bailar hacía un buen rato y dormía. Me desperté un segundo tarde; mamá ya había atendido desde su cama. Pero la otra voz era muy distinta a la de mi novia: una mujer ronca, como si fumara mucho, que suspiraba sobre promesas rotas, traiciones, las vueltas de la vida, decía. ¡Basura! Pedía que papá se hiciera cargo

del desastre que había hecho. Mamá colgó y la mujer se quedó insultando sola. Yo también colgué y me dormí pensando que todo era un error.

Pero me despertaron los gritos: ¡Mentiroso!, los golpes de abrir y cerrar cajones. La voz ahogada de papá tratando de justificarse. Ella solo tenía tiempo para su hijo, nunca más se había fijado en él; las veces que él había intentado hacerle una caricia, ella lo había sacado a patadas. ¡Se estaba quedando pelado mientras esperaba que su mujer le prestara un poco de atención! Un portazo. Mamá gritó: ¡Porquería! Algo reventó contra la pared. ¡Mentiroso! Papá quiso decir algo, pero mamá chilló: ¡Andate! Otro portazo, la vibración del golpe en la ventana de mi cuarto.

Tardé en tomar coraje y animarme a caminar en puntas de pie hasta la cocina. Mamá sostenía una taza sentada frente a la mesa, los ojos hundidos, la cara hinchada por el llanto. Recién se dio cuenta de mi presencia cuando abrí la heladera. Se levantó, me dijo que me sentara y me preparó el café con leche. Apoyó la taza sobre el individual de plástico, me preguntó si había escuchado la discusión, si quería saber lo que había hecho mi padre. Ella sospechaba hacía rato, y esos llamados… Lo había obligado a confesar. ¡Qué aventura pasajera ni qué ocho cuartos! Un año y medio llevaba. Le había aceptado la historia entera: cómo había estado mintiendo esos viernes que supuestamente se iba a jugar a las cartas, que cenaba con los amigos… ¡Había que ver si existían esos amigos, si tu padre jamás tuvo amigos!

Ni esa mañana ni los días que siguieron supe qué decirle. La escuchaba hablar por teléfono con una prima que yo desconocía, bajando la voz para decir que esperaba alguna noticia, que papá no había vuelto a llamar, ni siquiera para saber cómo estaba su hijo. No le pude contar a Maia, porque mamá me había pedido que guardara el secreto. Así que cuando no me veía con mi novia me encerraba a escuchar música: «You Take My Breath Away», «One More Try», «Time Is on My Side», el casete de lentos que mi novia me había grabado. «BEST songs for the best MAN». Lo había decorado con fotos de George Michael, de Queen, de los Rolling

Stones… Esas canciones eran un testimonio de amor, el verdadero amor era real. Aunque también comprendía a papá y que necesitara despejarse un poco. Había consagrado su vida a trabajar de lunes a viernes, a veces también los sábados, doce horas por día; llegaba a casa cansado y seguía haciendo cuentas, cenaba, miraba un rato de televisión, se bañaba para al otro día repetir lo mismo. Yo sabía que me correspondía odiarlo por lo que había hecho, pero por lo menos me había enseñado que la vida de un padre era algo más que trabajar para mantener a su familia.

Mientras tanto, Maia seguía anotándome recomendaciones: el pub donde Woody Allen tocaba el clarinete, visitar el edificio de *Friends,* comer la pizza de Sbarro. Me entregó otra hoja también, una carta que me había escrito y que yo tenía que leer mientras escuchábamos «Sentimentale», de Claude Bolling. Hablaba de una relación adulta, madura, en la que los dos nos acompañáramos para alcanzar nuestros objetivos, esos *goals* que cada uno guarda íntimamente en su corazón. Por eso ella había aceptado que viajara solo, porque mis logros era un logro para los dos, porque necesitaba que proyectáramos un futuro, nuestros hijos (iban a ser dos: ya había elegido los nombres, pero era sorpresa), pasear los cuatro por el Central Park… También decía que quería hacerme el amor apenas leyera el punto final de esa carta, bien despacio, sin nervios (los telos no servían si a mí me ponían nervioso). Me pedía que le sacara la ropa muy lento, que nos besáramos «degustándonos las lenguas»: su familia no volvía hasta el día siguiente, las luces bajas, la frazada de peluche, Maia mirándome a los ojos, abriendo las piernas, pidiéndome que probara respirando por la nariz, contá hasta tres, exhalá por la boca, y así hasta que acabé rápido de nuevo.

El sábado, mamá me despertó con la noticia de que papá había llamado. Venía a almorzar a casa. La ayudé a picar las verduras y prender el horno, le alcancé una servilleta de papel para que se secara la transpiración de la frente. Esperé sentado en el piano, un la bemol, un si, un fa sostenido, dando vueltas con el taburete, mi, si, mi bemol, contando los minutos que no pasaban nunca. A las

doce y cuarenta y siete, escuchamos la puerta del ascensor y el ruido de la llave contra la cerradura. Papá entró como si nunca se hubiera ido: le dio un beso rápido en la boca a mamá, a mí me revolvió los pelos de la cabeza, me frotó la espalda, siguió de largo al baño. Pero traía una bolsa donde asomaba una camisa que, según mamá, papá se había tenido que comprar, porque ella no le había permitido llevarse ni un calzoncillo para que disfrutara la otra.

Los ravioles a la boloñesa humeando en la fuente. La botella de vino sobre el mantel recién estrenado. El cenicero junto a la copa. Unos minutos de los cubiertos pinchando, la cabeza hundida en el plato, muy rico, mojando un pedazo de pan en la salsa, hasta que mamá levantó la cabeza y le preguntó si tenía algo para decirle a su hijo.

Con el cigarrillo temblándole en los dedos, papá imploró perdón por haber traicionado a la familia. Mamá le pidió que lo repitiera, pero esta vez mirando a los ojos de su hijo. Era una de las condiciones que le imponía para permitirle volver a casa. La otra condición apareció unos días más tarde: una señora que ayudaba con la limpieza, lavar la ropa, planchar… las tareas del hogar completas excepto la cocina, porque eso mamá no lo dejaba en manos de nadie.

El regreso de papá no detuvo los llamados a la medianoche. Al contrario, empeoraron hasta que mamá resolvió dejar el teléfono descolgado antes de irnos a dormir. Y si sonaba de tarde había que cortar apenas reconocíamos la voz de la «tipa esa» que reclamaba por las promesas que papá había incumplido.

Salvo por ese detalle, todo volvió a ser como había sido. Recibí los quinientos dólares para comprar el pasaje (en realidad, terminó saliendo bastante más caro) y otros quinientos para el alojamiento. Tenía un cuaderno garabateado con las recomendaciones y los pedidos de Maia, me compré una valija que traía rueditas y una campera para cubrirme del frío y la nieve del hemisferio norte. Maia me dijo que si llegaba a encontrar la casa donde habían filmado *Mi pobre angelito* tenía que jurarle que le iba a sacar una foto. Le prometí que recorrería la ciudad de una punta a otra para

encontrarla. Saber que íbamos a separarnos por tanto tiempo nos había unido más que nunca. Dejé de salir con los pibes, ni siquiera miraba a otras chicas. Hasta me arrepentí del viaje. Me imaginaba solo y en un país desconocido, hablando un idioma que entendía poco, en una ciudad que solo me interesaba porque le interesaba a Maia. Que no quiso venir al aeropuerto para despedirme. Que la noche anterior lloró conmigo entre sus brazos. Que me juró —nos juramos— amor eterno cuando nos dimos el último beso antes de separarnos y quedarme solo.

Libertad

> En los blancos prados la vaca con su bramido llama al toro, la yegua siempre llama al caballo con su relincho; en nosotros es más fuerte la lujuria, aunque no tan furiosa, y el encendimiento de lujuria tiene fin y término en el varón, *pero no en la mujer*.
>
> *Ciro Bayo*

Estaba tan nervioso que cuando anunciaron el embarque mamá me recomendó que me tomara medio Valium. También me repitió que me abrigara bien cuando llegara y usara la bufanda que me había guardado doblada en el costado de la mochila. Papá me deseó mucha suerte. Tenía los ojos llenos de lágrimas cuando me recordó que era el primero de la familia en viajar a otro país, el primero con título secundario, el primero que tenía todo el futuro por delante… También me dijo que guardara los recibos con cada uno de mis gastos. Dormí las quince horas de vuelo, incluso el rato que esperamos en la sala de tránsito del aeropuerto de Lima. Volvieron los nervios mientras hacía la fila para que me revisaran el pasaporte; el tiempo que tardé en cruzar un pasillo largo, brillante y con carteles en inglés; hasta que un portorriqueño que sostenía un papel con mi nombre me saludó diciéndome: Hermano, ¿qué tal el viaje?, y me llevó en una camioneta blanca que en cuarenta y cinco minutos me dejó en la casa de un diseñador gráfico y una maestra para sordos. Tenían una hija de rulos apretados, la piel bien oscura, que se escondió entre las piernas de la madre cuando entré con mi valija rodando sobre la alfombra, con el pantalón sucio del *bacon* que me habían servido en el avión como desayuno. La señora me ayudó a subir las escaleras hasta *your room.* Era bastante amplio, tenía un escritorio, un colchón doble, un ventanal al patio trasero.

Limpié el vidrio empañado y vi los árboles como esqueletos y sin hojas, el pasto cubierto con la pelusa del aguanieve. *Welcome to New York,* dijo mi *host mother,* cerró la puerta y me quedé solo.

Tomaba el *subway* para llegar al instituto, un edificio de ladrillos a la vista y ventanas alargadas, mucho más modesto de lo que parecía en el folleto, a cinco cuadras de la estación central. Tenía compañeros de distintas partes del mundo. El primer módulo era de audioperceptiva: una señora de unos cincuenta años, con un aire a la profesora de baile de *Fama,* nos sentó ante una hilera de auriculares. Teníamos que escuchar distintos sonidos y anotar en una planilla si habían sido más agudo o más graves que el anterior, si la escala era ascendente o descendente, si el mismo patrón se repetía y cuántas veces. Eso lo entendí porque un compañero mexicano, cuando me vio perdido con el inglés, me lo tradujo en voz baja. Las otras materias eran composición, ejecución y arreglos. Apenas terminó la segunda clase, corrí a escribirle a Maia un fax que le mandé desde la computadora de la sala del café. Le conté del viaje; que cursaba con gente de Uzbekistán, de Francia, de Singapur; que a mi *host mother* no le entendía nada y al marido no lo había cruzado porque viajaba mucho por trabajo. Ese mediodía, cuando terminara la última clase, pensaba pasar por Sbarro. La extrañaba mucho. Nueva York no era lo mismo sin ella.

Lo que no le dije fue que a Sbarro pensaba ir acompañado. *Entonces qué, parcero.* El mexicano estiró la mano para estrechármela, le tocó el hombro a una chica en el banco de adelante y con un ademán entusiasta me presentó a Katy, de Cali, los ojos un poco achinados, una sonrisa de labios carnosos. Cómo has estado, la vocecita suave. Él no era mexicano como yo creía; los dos venían de Colombia. Éramos los únicos tres latinos del curso, así que para cuando terminó la mañana ya nos habíamos hecho amigos.

Almorzamos una pizza gigante de *pepperoni,* caminamos hasta el Central Park, entramos al museo de arte moderno, hicimos una fila interminable en un pub del Little Brazil para ordenar unas cervezas negras que ninguno de los dos pensó que yo me iba a aguantar. A la

noche, queríamos escuchar jazz (Katy tocaba el saxo) en un sótano cerca de Greenwich Village, pero hacía demasiado frío; según Alfonso, era probable que nevara, así que nos refugiamos en una mesa contra la ventana de un bar del Soho. Una Budweiser para mí, una cerveza negra para él, otra para ella. En una rocola sonaban los éxitos de Aerosmith. A Katy le hacía gracia la forma en que *sho* pronunciaba: ¿Qué hashés, boludo?, me hacía burla con los dedos amontonados.

Al día siguiente, ni bien terminó la clase, Katy nos dijo de almorzar en Denny's. Dudamos, no nos decidíamos. Alfredo prefirió quedarse estudiando, y al final fuimos a comer ella y yo solos. Tomamos el mismo *subway* que el día anterior. La mayor parte del viaje nos preguntamos qué habría pasado, quién le iba a creer esa mentira del estudio. ¿No tenía plata para la comida? Venía de una familia con dinero. Además, nosotros lo invitábamos y listo. ¿«Y listo»?, repitió Katy, risueña. ¿Podían ser celos? Ella sospechaba que sí, aunque entre tú y *sho* nunca va a pasar nada, eso me lo quería dejar bien claro desde el principio.

Señalé una ardilla muerta, supuse que de frío, en Union Square. Compramos unos burritos que comimos sentados en la plaza, sin los guantes de lana para no ensuciarlos, con los dedos congelados y el viento polar pegándonos en la cara. Katy tiró el envoltorio de su burrito en un cesto y se sentó más cerca. Aunque seamos amigos, podemos darnos un poco de calor, ¿no?, y le froté la espalda. Oscurecía demasiado temprano. Esa noche sí pensábamos ir al club de jazz, pero faltaba mucho para que se hiciera la hora. Me animé a decirle que podíamos esperar en un lugar más cómodo: ir a mi hospedaje, por ejemplo, si ella quería. Me preguntó dónde era. Le quise indicar, pero no supe. Vamos al mío. Katy se soltó el abrazo y me llevó de nuevo al *subway*.

Tardamos cuarenta minutos en llegar desde Manhattan al segundo piso de un edificio en Brooklyn. Su *host mother* era una cubana que escuchaba la radio en la cocina. Me saludó con dos besos cuando Katy nos presentó. En inglés, me ofreció algo para beber. Le dije que hablaba español, que yo era argentino como el

Che Guevara. La señora me miró igual que si le hubiera nombrado al demonio.

Hablábamos en voz baja mientras nos pasábamos una botella de ron que Katy escondía bajo la cama. Le conté sobre mi familia, que era hijo único, que solo había conocido a una abuela, que Buenos Aires era una ciudad de solitarios y que mis amigos eran *losers*. De Maia no le dije ni una palabra, aunque dos veces estuve a punto de nombrarla sin darme cuenta. Katy me contó que en Cali tenía un novio, pero ella sola aclaró que si era en otro país no se consideraba infidelidad. Tomó un trago, se quedó mirándome fijo, se pasó la lengua por los labios brillantes de ron. Yo lo único que sabía era que las mujeres eran mucho más fieles que los hombres; siempre hablábamos de eso con Danny; de hecho, nunca había conocido a una mujer infiel, pero los hombres… Katy me seguía mirando fijo: de los ojos a la boca, de la boca a los ojos. Yo no quería arriesgarme a que me rechazara, pero me dijo que tenía la boca húmeda, que ella me la podía limpiar. ¿Qué me vas a limpiar?, pregunté, y a Katy le hizo gracia que yo hiciera otra vez ese gesto (le expliqué que la mitad de los argentinos descendíamos de los italianos) de amontonar los dedos. Me sacó una gotita de ron de la comisura, se chupó el dedo, dijo que el ron sabía muy rico. Me pareció que era el momento: me acerqué, le agarré la cara y le di un beso, primero muy suave y mordiéndole apenas los labios, después metiéndole la lengua hasta el fondo. ¡Oye! —movió el cuerpo para alejarse—, ¡espera! ¿Quería escuchar algo de música? Tenía un CD de vallenatos. ¿Conocía el vallenato? (¡se escribe con v pequeña!): la música que tocaba Carlos Vives. ¿Había escuchado «La gota fría»? Puso el CD en un equipo portátil que había llevado desde Colombia y me convidó otro trago de ron. Ni bien sentí otra vez el sabor amargo, quise volver a besarla. Ella me siguió el beso, hasta que le metí la mano por abajo del corpiño y le agarré la mano para que sintiera lo dura que la tenía. Le pregunté si le gustaba; se mordió los labios y me contestó que le gustaba mucho. Pero cuando quise bajarme el bóxer me dijo: Perdona, y me hizo salir de encima, volviéndose a sentar con la espalda apoyada en la pared,

acomodándose el peinado, adelantando el tema de Carlos Vives por otro de un artista del que seguro yo jamás había escuchado nada.

Mientras sonaban los timbales, me contó que con el novio llevaban dos años juntos, comprometidos. Él también era músico, y los fines de semana casi nunca se veían, porque trabajaba fuera de la ciudad. Sus amigas le decían que su novio se acostaba con otras, pero ella sabía que no. Habían sufrido demasiado para estar juntos. La familia de Katy se oponía porque él era venezolano. Y no se fuera a creer: conocía bien a los hombres. El padre los había abandonado por una pelada que casi tenía la edad de ella. Su abuelo se había acostado con todas las mujeres de su pueblo; de hecho, alguna vez se había acostado con una sin saber que era su hija. Imagina si no conozco a los hombres, dijo Katy, que tenía la misma edad que yo, pero había vivido el doble.

Un trago más al ron y me pareció que era el momento de intentarlo otra vez. Le acaricié la nuca, me volví a acercar, le metí la lengua. En dos minutos, ya luchaba para destrabarle el corpiño. Tuve que ayudarme con la otra mano, perdí tiempo, y Katy volvió a frenarme: No puedo, me encantaría pero no puedo. Me pidió perdón, se paró para cambiar la música por un tema de DLG que iba a usar para enseñarme a bailar salsa. Me daba mucha pena por ella, y se lo hice saber: pena porque seguro el novio hacía lo que quería y ella ahí privándose. Se notaba que quería, tan hermosa cuando hacía esas morisquetas, la manera que tenía de hablar, cómo me miraba, cómo pronunciaba las palabras, me explicaba suavecito que a ella también le encantaba yo… De verdad sentía lo mismo, pero tenía que respetar al hombre que había elegido, por más que él le pusiera los cuernos. Eso no tenía nada que ver: ella no iba a hacer lo mismo. Pero es que te amo demasiado, le dije casi suplicándole. La habitación girando por el alcohol. La biblioteca deshaciéndose sobre su propio eje. Sentía que el ángel del ron se había convertido en un lobo viscoso. Sangre caliente entre las piernas. Una furia contenida, porque esa mujer se me negaba. Le besé el cuello, me tiré encima de ella, esta vez sí pude sacarle el corpiño. Mi novio me matará si se entera, no seas así, se quejó Katy. Pero ya la tenía

atrapada, ya le chupaba las tetas, le sacaba la bombacha mientras ella suspiraba que no y yo le mostraba lo dura que la tenía, me ponía un preservativo y le apuntaba al agujero donde iba a entrar para descargarme.

Pasé el resto de esa noche pensando por qué el amor que sentía por Katy se había esfumado tan rápido, con una eyaculación que apenas había resultado unas gotas de alivio. Maia seguía siendo la única mujer que amaba. Lo único que quería era estar con ella. Por lo pronto, necesitaba salir de ese cuarto lo más rápido posible. Me disculpé con Katy, que parecía molesta, y supuse que era porque me iba tan pronto. Otro día iríamos a escuchar jazz. Había tomado demasiado ron y prefería volver a casa.

Evité a Katy el resto del viaje. Le inventé que tenía compromisos, que veía amigos, que había hecho otros planes. Estuve solo la mayor parte del tiempo. Di vueltas por la ciudad, me junté con un japonés y con una pareja de brasileños que cursaban en el aula del segundo piso. Me crucé con Alfonso en un almuerzo: me explicó que quería aprovechar el viaje para mejorar su inglés y por eso había desaparecido, porque entre los latinos nos la pasábamos hablando en español… Pero ¿qué había con Katy? ¿Me la había tirado? Se sorprendió cuando le conté que sí.

Ese día recibí un fax de Maia. Mucho calor en Buenos Aires. Había aprendido a tocar el solo de «The Man Who Sold the World». Ya faltaba poco. Me extrañaba demasiado como para escuchar nuestras canciones. Le contesté lo mucho que hubiéramos disfrutado de Nueva York juntos, lo que habría aprendido con ella, cuánto la necesitaba. Había visto el edificio de *Friends.* Sin querer, me lo había cruzado un día mientras caminaba por Greenwich Village. También la NBC y el estadio de los Knicks. La casa de *Mi pobre Angelito* no la había encontrado por ninguna parte. Obvio que le había comprado regalos. Fuese como fuere, Nueva York sin ella no era una gran manzana: más bien una pasa de uva chiquita y arrugada. El viaje había servido para confirmarme algo que ya sabía: éramos jóvenes, teníamos mucho tiempo por delante, había

experiencias por atravesar, pero eran experiencias que quería atravesar con ella.

Todo era cierto, pero la última noche coincidimos con Katy en un bar. Quedaba cerca de la escuela, y tocaba un trompetista que había recomendado el profesor de composición. Conversaba con unos yanquis. Uno se le acercaba demasiado. Bajé de mi silla en la barra, llevé la botella de cerveza conmigo (la cabeza me dio vueltas apenas pisé el suelo) y me acerqué para interrumpirlos. El yanqui se echó para atrás, me miró extrañado y estiró la mano para presentarse. Yo me había sentado casi encima de Katy, que me tocó la pierna, me dijo qué bueno que viniste y *bye, bye sweetie* para despedir al yanqui cuando se excusó para ir al baño. Me agradeció que se lo hubiera quitado de encima. Y tú ¿dónde has estado?, dijo con su vocecita. Anduve por ahí, le contesté. *Anduve por ahí, boludo,* se burló Katy, y de pronto me volvió a parecer hermosa. Se lo dije. También que no quería hacerla sufrir, pero me tenía que prometer que no iba a ilusionarse. Oye, qué mal te sienta el alcohol a ti, respondió y se alejó del aliento que yo le había tirado encima: muy lejos de ilusionarse, ¿no me había dicho que tenía novio? Le agarré la mano, la miré a los ojos: Katy, le dije al oído, intentando hacerme escuchar entre el solo de trompeta y el parloteo de los estudiantes. Katy —repetí—, está bien si te enamoraste, no hace falta que lo reprimas. Es que el amor nacía de nuevo. Era tan claro como la erección que amenazaba con reventarme el jean. Katy echó la cabeza hacia atrás. ¡Por favor! ¡De verdad tienes el ego de los argentinos!: no te enfades, pero nunca podría enamorarme de ti. Tomé un trago más de mi cerveza, alcancé a decir algo (¿«claro»?, ¿«está bien»?, ¿«entiendo»?), hice un comentario sobre la música, la gente, la marca de la cerveza que había tomado. Pedí disculpas: yo también necesitaba ir al baño.

Más tarde, pensé en preguntarle por qué no había querido darme otra chance, pero ella sola lo dijo, o eso creí escuchar, mientras se reía borracha con una de las suecas que le contaba del tamaño que tenía el *big dick* de su novio. Alfonso interrumpió el chisme y me dio un apretón de manos que me agarró desprevenido. Me pidió que

fuera a visitarlo si alguna vez iba a Cali a visitar a mi nueva amiga (me guiñó un ojo). Me juró que con los gringos había hablado mucho inglés, pero se había aburrido como una mula. La noche terminó con el japonés cantando un tango por fonética para despedirme.

Un taxi me pasó a buscar a las cuatro de la mañana del sábado. Mi *host mother* se despertó para que le devolviera las llaves y me regaló un dibujo que la hija había hecho para mí: un sol, las nubes y un avión volando.

El viento helado me castigó la cara cuando salí a la calle. El conductor cargó mi valija, cerró el baúl y arrancó rumbo al aeropuerto. Era paquistaní y me preguntó si mi campera había sido hecha de cuero real y si abrigaba tanto como lucía. Le contesté que probablemente. Me felicitó por ganar mucho dinero como para comprarme tan buena chaqueta.

El reencuentro fue como lo había imaginado en las catorce horas que duró el vuelo de regreso, un poco despierto y otro poco dormido por el Valium, siguiendo de a ratos en la pantalla el amor entre Leonardo DiCaprio y Kate Winslet sobre la cubierta del *Titanic*. Papá y mamá me esperaban con Maia. Apenas la vi, solté la valija y corrí a abrazarla. También a mamá, para que no se pusiera celosa. A papá enseguida le entregué el sobre con los comprobantes de los gastos.

Volvimos por la autopista, papá manejando con una mano, mamá en un silencio que en ese momento no me pareció extraño, nosotros dos en el asiento de atrás con las manos entrelazadas en nuestros anillos de alerce.

Les conté de los ejercicios de audioperceptiva, de los ritmos que había descubierto, de las ideas para mi carrera como músico, porque me había dado cuenta de que era eso lo que quería para mi futuro. Papá me miró por el espejo retrovisor: quería saber si su hijo iba a poder vivir de la música… ¿Eso tenía salida laboral? ¿Cuánto cobraba un profesor? No piense en un hippie tocando la guitarra —lo cruzó Maia con esa seguridad que yo le admiraba tanto—: de la

música se puede vivir de muchas maneras. Papá dijo que se imaginaba que sí o que por lo menos esperaba eso, en caso contrario yo disponía del negocio familiar para tener un lugar donde caerme muerto.

Cuando terminamos la cena, nos encerramos en mi cuarto. Saqué de la valija los suvenires que le había traído: un folleto del show de *stand up* donde actuaba Seinfeld, la revista *Billboard* con cuatro páginas de una entrevista a Sting, el peluche de una de las ardillas de Disney. También las cosas que me había encargado. Y mientras mi novia abrazaba a Dale le solté de una vez lo que había pensado: yo tenía dieciocho años, ella iba a cumplir dieciséis dentro de poco; sabíamos que iba a ser difícil, pero el amor era más fuerte que cualquier dificultad. Por eso quería hacerle un pedido: con su permiso, *Princess Maia,* me arrodillé ante ella: *Would you marry me?*

Pero Maia me miraba triste. Apretó los labios, dejó el muñeco a un costado, suspiró, me agarró la mano. Lo que siguió lo escuché como si las palabras llegaran desde detrás de un vidrio empañado, un poco porque ella hablaba con una distancia que jamás había existido entre nosotros y otro poco porque mis lágrimas lo fueron nublando todo. Había estado pensando mucho durante mi viaje. Se había dado cuenta de que me extrañaba un montón, pero también tenía necesidad de un poco de aire. Éramos demasiado apegados. Muy. Y justo pasó algo que la hizo confundir. Había instalado el Windows 95. Ella no, un técnico recomendado por un amigo de su papá. Veintidós años, fanático de The Police. Tocaba la guitarra re bien y le había hecho conocer un montón de bandas nuevas. La verdad era que se sentía rara. Por más que se burlaba de tener padres psicólogos, lo lógico era escucharlos, y tenía que ser sincera conmigo, pero más que nunca con ella misma: no podía quedarse con el primer hombre que aparecía en su vida.

Un técnico, bandas nuevas, ser sincera con ella misma… Procesaba sus palabras, pero me costaba entenderlas. Reaccioné preguntándole cómo había sido capaz, cuántas veces me había traicionado, por qué me había prometido que nos íbamos a amar hasta ser viejitos si iba a irse atrás del primer imbécil con el que se

cruzara. ¡No es un imbécil! ¡Entonces vos sos una imbécil!, grité, y Maia me tapó la boca con un dedo y me dijo que de ninguna manera iba a permitirme que la insultara. Además, ¿qué novio viaja tantos días sin su novia? Y peor: ¿alguna vez me había importado que ella no sintiera cuando teníamos relaciones? ¿Cómo que «no sintiera»? Que nunca había tenido un orgasmo conmigo. ¿Y con el técnico de computadoras sí, pedazo de puta?, volví a gritar, y Maia me pegó una cachetada, se levantó y abrió la puerta para irse.

Papá miraba una película de guerra. Mamá barría el piso de la cocina, porque a papá al final la había convencido de que era una pavada pagar para que limpiara una señora. Pero no podía detenerme en los problemas de mamá: Maia me decía en inglés que le bajara a abrir o me iba a hacer un escándalo delante de mis padres.

Los días siguientes los pasé tirado en la cama, escuchando el casete de lentos que el amor de mi vida me había grabado. Ya no era su *best man,* pero esas canciones… Con el único que hablé fue con Danny: lo llamé para avisarle que ya había vuelto y que me tuvieran en cuenta si la banda organizaba alguna salida. Le conté que me había cogido a una colombiana, pero yo no le había dado más bola porque las relaciones a distancia no funcionan, y además con Maia nos habíamos dado un tiempo, de común acuerdo. La verdad era que hacía rato que tenía ganas de estar soltero. A Danny le pareció bien: ya andaba demasiado pollerudo. ¿Y la colombiana era muy puta? Le dije que tenía novio y que parecía que el tipo la tenía del tamaño de la de Ron Jeremy, pero en serio. ¡Por supuesto que lo de él también era en serio! Me contó de un aparato que había visto en los clasificados. Él ya la tenía demasiado grande, pero quizás a mí me servía.

Esa noche, papá llegó del negocio y se sirvió un plato de galletitas con queso. Mamá le dijo que no comiera tanto, porque tenía la cena lista, el arroz se le había pasado de tanto esperarlo. Papá le contestó que había salido tarde por un pedido de último momento. Mamá apoyó la olla en la mesada: Dejá de mentirle a tu familia, por algo esa tipa no volvió a llamar. ¿Qué estás diciendo?,

gritó papá, y mamá dijo algo en voz baja. Papá repitió: Qué estás diciendo, y salió de la cocina hecho una furia.

Yo miraba el piano sin saber cómo seguir. Había intentado llamarla, y nunca me había atendido. Pensé que si le contaba que las cosas en mi familia estaban mal iba a compadecerse de mí. Pero dolía demasiado. Me desesperaba imaginar a Maia en los brazos de un salvaje. Uno que arreglaba computadoras, que tocaba re bien la guitarra, que la hacía acabar. Nunca más una mujer me iba a amar. Nunca más amaría a una mujer como la amaba a ella. Esa noche soñé que me pedía perdón por haberme traicionado, que Katy me decía que había sido una broma, que la colombiana era Maia y yo tenía que decidir si quedarme con ellas o cantar tangos en una fábrica de ardillas en Nueva York. Primero fue parte del sueño, un sonido lejano, como venido desde otra parte; terminó de cobrar sentido cuando entendí que era una voz desesperada. Abrí los ojos, me desperté del todo, me saqué las sábanas de encima y corrí hasta el cuarto de mis padres: papá sacudía lo que me pareció un muñeco de mamá acostado sobre la cama.

Fantasías

La rapidez del acto es esencial: cuanto menos tiempo se está en contacto con el peligro, menos será el riesgo que se corre.

Ciro Bayo

Tecnicatura Superior en Compositor Musical. De a poco iba entendiendo de qué se trataba esa carrera que Maia había elegido para mí. Dudé al anotarme, pero la música me había acompañado desde antes de tener novia. Era algo mío, por más que si no hubiera sido por Maia nunca me habría animado. La carrera era una de las muchas y profundas huellas que mi primera novia había dejado en mí.

Pero empezar las clases me obligó a mirar hacia el futuro. Ya no era la misma persona; gran parte de mi transformación tenía que ver con esa mujer que me había abandonado. Era hora de hacerme una pregunta que ella muchas veces me había hecho y yo nunca había sabido contestar: qué vida quería para mí. Y la respuesta también estaba inspirada en Maia. Cuando el profesor bizco y con raya al medio dibujaba en la pizarra corcheas, semicorcheas y silencios, me imaginaba enfundado en un pantalón brillante, una campera de tachas y cuero, el micrófono en lo alto. David Bowie, Prince, Freddie Mercury: ese tipo de artista quería ser, pero mezclado con la onda *new age;* un Principito volando canciones entre las estrellas. Síncopa, tresillo, contratiempo, el profesor chasqueaba los dedos para marcar el ritmo, y yo escuchaba a una multitud coreando mi nombre. Era mejor imaginar mi futuro que pensar en lo que iba a pasar después, porque era algo que no me podía sacar de la cabeza: en medio de un monólogo sobre la polifonía, la fuga, el contrapunto, la vida y obra de Bach, cobraba

dimensión real la idea de que mi propia vida iba a terminar, que yo iba a desaparecer, que ni siquiera iban a quedar los recuerdos, y añoraba los años del colegio de los Hermanos, cuando esos pensamientos parecían parte de una ficción lejana.

Lo único bueno era que había perdido un poco de mi timidez. En las primeras clases hablé con varios compañeros y hasta compañeras… incluso fui a tomar unos tragos con un grupo a la salida de clase, pero volvía rápido porque tenía que levantarme temprano para ir a trabajar. Papá seguía firme con su idea: me pagaba los estudios siempre y cuando yo trabajara, pero era una época difícil para conseguir trabajo, y además en cualquier lado me exigían más horas. Él tenía razón: lo más sencillo era que lo ayudara con el negocio, que bien nos había mantenido tantos años… Era una buena alternativa si fracasaba con la música.

De manera que cursaba a la noche y trabajaba a la mañana acumulando cajas en un depósito: las que habían entrado el día anterior, las que acababan de hacer el ingreso, contarlas y clasificarlas, doscientos veintidós corpiños, cuarenta camisones, diez docenas de bombachas en los diferentes talles, anotar el *stock* en una ficha, subir las escaleras para entregar el remito chequeado. Papá no decía nada de que yo llegaba tarde; tampoco de que en lugar de ponerme a trabajar me pedía un sándwich con un café del bar de la esquina; recién cuando terminaba de desayunar bajaba al depósito, a sentarme sobre un cajón despintado para contar, como primer acercamiento a un futuro posible para mí, las mismas prendas que él había vendido durante los últimos treinta años de su vida. Pero yo era malo para hacer cuentas. Eso sí él me lo reprochaba: el número final nunca coincidía con el que figuraba en el remito, ni siquiera con el que yo mismo había contado un rato antes. Tenía que contar otra vez; el número volvía a darme mal; una empleada resolvía el problema antes de que a papá se le terminara la paciencia.

Es que otra vez me sentía atrapado, ahora en ese trabajo monótono y reiterativo. También bastante confuso. El cuerpo femenino seguía siendo una incógnita a pesar de que ya tenía

bastante experiencia con las mujeres. Me pasaba las mañanas en el depósito analizando la forma de las tetas de los maniquíes, el monte de Venus, sacaba un corpiño de una caja y se lo ponía al maniquí. La bombacha ajustada. Lo volvía a desnudar. De arriba llegaban el rumor de la máquina registradora, el parloteo de las clientas, los colectivos que saltaban en el bache de la esquina, y aunque tenía terror de que me descubrieran no podía evitarlo: me bajaba los pantalones, el calzoncillo caía hasta las medias, me tocaba apoyado contra la pared.

Papá nunca me hablaba del trabajo cuando volvíamos a casa. Solo se preocupaba por mamá: le habían cambiado las pastillas con las que se había querido matar por otra medicación que la dejaba horas mirando por la ventana. Supongo que porque papá pensaba que así le levantaba el ánimo, le hacía el chiste de que esperaba a la señora que ahora sí venía, tres veces por semana, a ayudarla con las tareas de la casa.

Yo también esperaba, pero a que ellos se quedaran dormidos. La madrugada era mi momento. Lejos de los problemas de casa, del trabajo, de las clases interminables. La puerta de mi cuarto cerrada, horas frente a la mesa donde habían instalado la computadora, ahora con internet, gracias a que mamá había convencido a papá de que era una inversión para el futuro. Danny me había llenado la cabeza contándome de la cantidad de videos porno que había, pero a mí esas películas me frustraban. No quería mirar cómo tenían sexo los otros, quería coger yo, pero sin enamorarme; lo último que me hacía falta era volver a sufrir por amor. Sin embargo esas madrugadas tenían su romanticismo: el chirrido de la conexión del módem, el paso a la otra dimensión, un BBS, *Bulletin Board System:* la pantalla negra, el dibujo de un gato en un tejado, «A Hard Day's Night», hecho con asteriscos, los foros donde otros internautas compartían información sobre música. A veces había alguien más conectado; si era hombre, nos ignorábamos, pero si era mujer me animaba a abrirle mis sentimientos: le contaba lo que me había pasado, sobre mi exnovia, la colombiana, que una me había dejado por otro, que la otra me había hecho confundir. Una noche nos

quedamos mandándonos mensajes con una hasta las seis de la mañana, nos pasamos el número y la seguimos por teléfono. A ella también le cabía la música disco. Había ido a un colegio de monjas, y el novio la había dejado por otra. Quedamos en encontrarnos a tomar algo en un bar del centro, cerca de donde trabajaba como asistente de un peluquero.

Era distinta a lo que me imaginaba por el nombre que tenía en el BBS: morocha y de rulos, con los labios pintados de bordó y la piel demasiado blanca. Me dio un beso en la mejilla: Dan… bueno, no, Nubeluz75 —se rio y me pareció que tenía los dientes afilados como los vampiros—, qué bueno que al final nos vemos las caras.

Me intimidaba que fuera más grande que yo; también que fuera tan distinta a lo que me había imaginado. Nos pusimos a hablar: de música disco y también de rock gótico, pero cuando entramos en confianza me preguntó con cuántas chicas había estado. Le mentí que con cuatro. Ella me contestó que con esos cachetes tan sexis debería tener locas a todas. Le dije que de chico tenía los cachetes mucho más inflados. Me respondió que eran lo más lindo que tenía. Le agradecí por el piropo y volví a mirarle los dientes de vampiro. Esa chica me provocaba rechazo, pero ya nos habíamos encontrado, la conversación fluía, no quería desperdiciar la oportunidad de que otra mujer se fijara en mí.

Un hotel en Flores, a cinco cuadras de donde vivía Maia. La selección de las luces, la música en la radio de los clásicos, el perfume a pino del desodorante de ambiente. Nubeluz se sentó en la cama y me bajó los pantalones. Fue tan rápido que pensé que iba a tener que pagarle, pero Nubeluz me miró desde abajo y se la sacó de la boca para decirme algo: Está muy rica, bebé, y se la metió de nuevo hasta el fondo de la garganta, tosió con los ojos llorosos, arcadas, escupió sobre la alfombra. Se acostó y abrió las piernas, pero la baba, la tos, la espuma del escupitajo brillando en la alfombra, esa piel que sentí tan distinta a la de Maia, su voz ronca cuando me dijo: Dámela fuerte… Demasiado para mí, el deseo femenino era algo que recién aprendía a asimilar, y era evidente que me asustaba. Es que la erección desaparecía cada vez que

estaba cerca de metérsela. Me di por vencido al tercer intento. Nubeluz no hizo ningún comentario, aunque se encargó de demostrarme que le había molestado: habíamos acordado pagar el telo a medias, pero cuando pasamos por la caja siguió de largo.

Esperé meses antes de animarme a encarar a otra chica. Me aterraba pensar que el fiasco podía repetirse. Mientras tanto, me aburría escuchando al profesor dictar su solfeo, su modo jónico, su sinfónica de Madrid. Miraba a una compañera que se había presentado como corista. Se sentaba en la primera fila; la veía perfecto desde mi banco. Cabello oscuro y largo, una hebilla rosada, la musculosa suelta. Le espiaba el costado del corpiño cuando levantaba la mano para hacer una pregunta. El fuego me recorría las venas. Me animé a la salida de una clase, en la puerta del auditorio. Le dije que me disculpara, pero quería hacerle una consulta. Le inventé que tenía un proyecto y necesitaba una corista, quizás le gustaría hacer una prueba. Me respondió: Cero tiempo, con una sonrisa de sus dientes muy blancos y sus labios gruesos. Me aclaró que se iba a una reunión. Quise retenerla, pero no supe cómo.

La verdad era que no se trataba solo de qué decirle. Mujeres así nunca se iban a fijar en un mediocre como yo. Mariano Puente tenía razón: había que tener plata. Y para tener plata necesitaba un plan.

Un lunes, para ir al trabajo, me puse el jean, la camisa, y me até a la cintura un buzo blanco con corazones que Maia me había regalado para nuestro segundo cumplemés. Ensayé frente al espejo del baño cómo iba a caminar a partir de ahora, cómo iba a mover las manos, la expresión sexi pero desafiante con la que pensaba enfrentar el mundo. Sentí que me faltaba algo: lo compré en un local de *bijouterie* en la galería del barrio.

Había una vendedora del negocio de papá con la que más hablaba y fue la primera en darse cuenta ni bien me vio entrar: ¡Un arito!, agarrándose las manos como si rezara. Le aclaré que era de los que se colocaban presionando en la oreja, y el buzo me lo había regalado mi exnovia. Ah, ¿tenías novia?, preguntó. Contesté que sí y entré a la oficina a saludar a papá: me pidió que me apurara,

porque en cualquier momento entraba un envío de medibachas que había que clasificar por talle y color, y se fue a la caja a cobrarle a una clienta que había comprado cuatro *colaless.* ¿Es de hombre eso, che?, preguntó el corredor que entró a la oficina, el maletín rígido en una mano, la camisa celeste abotonada, echando humo por el cigarrillo que le colgaba del bigote: ¿Es de hombre eso, che? —repitió a pesar de que ya lo había escuchado—. ¡Y el bucito blanco! ¡Parecés un caniche!

Fue como un terremoto: cada una de las clientas que entraban, el cadete que bajó de una camioneta para descargar un envío, el mozo del bar que se acercaba con el café y el sándwich, todos me miraban raro. ¡Un arito!, parecían gritar a coro. Otro corredor me preguntó si eso no lo usaban los *pulastros,* si el aro en la oreja derecha no significaba que tenías quebrada la muñeca.

Hasta ese momento, papá se había mantenido al margen, pero cuando vio que había pasado una hora y media y que yo en lugar de trabajar estaba desayunando, me hizo un gesto con la mano para que saliera de la oficina, con sándwich incluido, y me pidió de nuevo que bajara de una vez por todas al depósito a contar las cajas que habían llegado.

A media mañana, me pidió que ayudara a la vendedora a vestir a los maniquíes para el verano. Tenía que colgar las prendas que ella me iba pasando, clavarlas en un hilo, presentar el maniquí en la vidriera. Estaba por terminar cuando papá asomó la cabeza para indicarme que colgara la bata con las mangas para atrás, así ganaba espacio; yo le contesté que quedaba mejor abierta porque se veía más importante; papá me repitió que iban para atrás. Para mí, si se veía más se iba a vender mejor, pero papá dijo que él sabía muy bien cómo funcionaba su negocio, y entonces yo le pregunté dónde había estudiado para vestir maniquíes.

Cuando terminó mi horario y entré en la oficina a llevarme el buzo que había dejado colgado, papá me hizo sentar, me dijo que lo de hoy había sobrepasado un límite y que para salvaguardar la relación familiar iba a ser mejor que me buscara otro trabajo, aunque con esa actitud iba a ser difícil…

Las palabras de papá me dieron el impulso definitivo. No quería tener la misma vida que él. Me aterraba que mi adultez fuera como la suya. Yo era un espíritu libre, tenía un arito (me lo había cambiado a la oreja izquierda), había nacido para algo más que vivir encerrado en un depósito. Solo necesitaba que alguien creyera en mi arte. Grabé los temas que le había compuesto a Maia, con el piano y un radiograbador que me prestó Danny. Llevé las copias a las discográficas que encontré en una guía en la biblioteca de la universidad. Con ninguna pasó nada, salvo en Producciones Asteroide, donde me recibieron el sobre, pero además me dijeron que había llegado justo, porque buscaban un productor *junior*. Tres meses a prueba, un pago mínimo, la mitad en tickets de almuerzo. Maia, como siempre, tenía razón: el tipo terminó de convencerse cuando le conté que había hecho un curso en Nueva York. El trabajo era simple: había que hacer lo que pedía el editor, un treinteañero de rastas que fumaba porro a escondidas en el baño. Él me enseñó a usar la nueva tecnología de *software* para edición de sonido.

Apenas tomé confianza, le llevé mi demo. Lo miró como si fuera una joya: Uhhhhh —se rascó la cabeza—, ¡esa es la actitud! Y no me había visto con la ropa que pensaba usar. El jean ajustado, el buzo de corazones atado a la cintura, una remera y el arito colgando de la oreja izquierda. Uhhhh, repitió el rasta, dio vuelta el casete para un lado, para el otro, y al fin lo dejó apoyado sobre el CPU de la computadora.

Esa semana estuve atento a que lo escuchara, pero el casete seguía en el mismo lugar. Si algo me habían enseñado en el secundario, era que un emprendedor del siglo XXI debía ser perseverante. Visión. Esfuerzo. Perseverancia. Tenía que esperar o encontrar otra productora. Mientras tanto, usaba mi nuevo look para que el rasta se acordara de mi demo. Papá, al final, sí preguntó qué era ese arito. Cenábamos. Me decidí y les conté de mi proyecto. Mamá habló de cuando era joven, que había querido estudiar piano y no había podido; lo dijo con la calma con la que decía todo desde que la medicación le hacía mejor efecto. Papá repitió «un look»,

sacó el encendedor y prendió un cigarrillo.

Pero qué importaba lo que opinaran mis padres. Yo ya no era el mismo Junior. Tenía derecho a hacer lo que quisiera. No iba a detenerme a pensar en lo que opinaran los demás. La actitud era lo primero. Mantuve mi *look,* mi mirada sexi y desafiante, mi andar sinuoso. Hasta una tarde en el baño de la universidad, mientras apuntaba al centro del mingitorio: Tenés una pija hermosa, me dijo un morocho desde el mingitorio de al lado, y yo corté el chorro de pis y me subí el bóxer, me escuché decir gracias y salí caminando lo más rápido que pude.

El casete con mi canción acumuló polvo sobre el CPU durante meses que demasiado pronto se hicieron un par de años. En todo ese tiempo, no hubo nada en mi vida que valiera la pena recordar. Quedarían, sí, algunas marcas: cuando un patrullero frenó una noche mientras volvía a casa; cuando dos policías me pidieron los documentos; cuando me hicieron arrodillar para preguntarme si era puto, si vendía droga o por qué andaba en la calle a esas hora de la madrugada, y se terminaron llevando los tres billetes que guardaba en el pantalón (nada demasiado grave, conocía historias peores que la mía: a Mariano Puente, que además de borracho era bastante negro, lo habían encerrado dos noches en un calabozo). Esa noche ni siquiera estaba vestido con «mi *look*». Lo había abandonado después del episodio del baño. Pero era evidente que, aunque creciera, a los ojos de los demás seguía siendo el mismo chico raro de siempre.

Mientras tanto, trabajaba en la productora, estudiaba una carrera que no me convencía, había vuelto a pasar solo la mayor parte del tiempo. Todavía me juntaba con la banda, aunque cada vez menos y para hacer lo mismo. Había mejorado con el fútbol (que ahora jugábamos en unas canchas nuevas en el barrio); ya no parecía un muñeco del MicroProse. Había aprendido dos cosas: a frenar la pelota y a agarrar del brazo a los contrarios cuando se me escapaban. A veces jugaba tan bien que me preocupaba que ser buen futbolista me convirtiera en salvaje. Apenas pensaba en eso volvía a pifiar, me tropezaba, la pelota me pasaba por debajo de la

suela. Quizás lo único distinto de transitar los veinte años era eso: que estaba definitivamente convencido sobre lo que quería ser.

Un día, cuando ya me había acostumbrado a verlo como un objeto de decoración, el casete desapareció. Dos semanas sin que el rasta me dijera nada. Otro día, que le había parecido lindo, *ondero,* se nota qué curtís buena música. Después, que el dueño de la productora pensaba ampliar un poco el negocio; en una de esas quería producirme. Lo único que necesitábamos era juntar un poco de plata.

Había dejado atrás las dudas de la adolescencia. Era el momento ideal. La edad perfecta para que mi sueño despegara. Pero dos días más tarde una crisis económica estalló de nuevo en el país. El gobierno restringió el retiro del dinero de las cuentas bancarias, la productora tenía que achicar los gastos y yo no podía acceder a mis ahorros, que no eran muchos, pero alcanzaban para empezar. De estar a punto de grabar mi disco, pasé a correr el riesgo de quedarme sin trabajo. Lo conté en casa, porque necesitaba ayuda, quizás un préstamo para pagar el estudio de grabación, quizás otro para las copias de los discos, aunque si me echaban porque no podían pagarme… Me quedé esperando una respuesta de papá, pero por la forma en que dejó los cubiertos a un costado del plato, por la manera en que tomó aire y suspiró profundo, por la expresión de derrota en su cara, supe que la crisis también nos había golpeado a nosotros.

El negocio había hecho compras grandes de mercadería en el último tiempo, había pagado al precio anterior, se había endeudado en dólares. Si no achicábamos los gastos, íbamos a tener que vender el fondo de comercio, prácticamente regalarlo. Esta vez, papá terminó de cenar y el cigarrillo de la sobremesa se lo llevó prendido para encerrarse a seguir haciendo cuentas. Mamá se quedó en la cocina lavando los platos. Tenía los ojos desesperados cuando me confesó que corríamos el riesgo de terminar en la calle.

Postergar mi proyecto era lo de menos. Daba vueltas en la cama pensando qué iba a ser de nosotros: dormir en un baldío, juntar huesos de pollo de la basura. Papá había estado tres horas haciendo

cuentas, se había bañado, la casa se había inundado de vapor con perfume a champú anticaspa. Los ronquidos de mamá durmiendo en el limbo de la medicación. Yo perdiéndome en las salas de chat de internet. Ese equilibrio que habíamos sostenido como familia y que ahora amenazaba con desmoronarse. La construcción de un orden que dependía del dinero que papá fuera capaz de traer a casa.

Hasta que el corredor llamó para avisarnos. Al principio no lo reconocí. Después me di cuenta de quién era: el tipo que se burlaba de mí esas semanas que yo había trabajado en el negocio. Hablaba rápido. Me pedía que me apurara. Apenas entendí lo que me estaba diciendo, pero saqué plata del cajón de papá, le dije a mamá que había pasado algo grave y bajamos a tomar el primer taxi que encontramos libre.

A tu papá esto lo mató, repetía el corredor, los dos sentados afuera del quirófano, esperando el resultado de la intervención quirúrgica. Un infarto agudo de miocardio. Complicado, porque además era fumador de larga data. En el televisor de la sala mostraban imágenes en vivo: gente que tiraba piedras contra los ventanales de un banco, la policía resguardando la entrada con los escudos, dos oficiales a caballo le pegaban palos a una señora que lloraba porque había perdido los ahorros de su vida. El corredor me palmeó el brazo, dijo que papá era fuerte, la había peleado desde chico. ¿Papá nunca me había contado? Habían tenido infancias parecidas, en el campo, en unas casas de adobe, techo de paja, unos ranchitos… Apenas aprendías a caminar, te metían de pupilo, y no te vas a creer que podías pasar de sexto grado, ¿eh? Tenías que ponerte a laburar de lo que fuera… Tu viejo hasta fue sepulturero. ¿Nunca te contó? Dije que no con la cabeza. Tampoco sabía que soportaba unos tirones de espalda agobiantes de tanto levantar bolsas cuando tenía nueve años y era peón de un verdulero (aunque lo había visto fruncir la cara de dolor cuando se levantaba del sillón). Sumale los milicos, siguió el corredor, con la mirada fija en la pantalla, el bigote teñido por el tabaco, los gritos de un chino al que le saqueaban el supermercado: Que te cagaban a palos, te pateaban las costillas a cualquier hora de la noche para despertarte y hacerte

correr en calzones, y si podía ser bajo la lluvia, mejor. Lo único bueno era que tenían techo y comida, porque ninguna de las dos cosas estaba asegurada. Tu papá —dijo el corredor, ahora mirándome a mí— lo único que hizo en su vida fue laburar. Por eso yo tenía que empezar a hacerme cargo de mi futuro, todos fuimos jóvenes alguna vez, pero papá necesitaba un hijo donde apoyarse, que pudiera sostener lo que él ya empezaba a cansarse de sostener. Papá nunca había tenido fantasías. Lo único que había hecho era sacrificarse para que a su hijo nunca le faltara nada… Ya lo iba a entender cuando yo también fuera padre.

La puerta del quirófano se abrió de golpe. Mamá, el corredor y yo nos levantamos para escuchar el informe del médico. La cirugía había sido exitosa; el paciente quedaba en terapia intensiva; ahora había que esperar la evolución de las siguientes cuarenta y ocho horas.

La recuperación de papá fue más rápida de lo que pensábamos. Además sirvió para que mamá también recobrara parte de su ímpetu. Volvió a cocinar como lo hacía antes, se ocupaba de administrarle la medicación, lo bañaba, lo ayudaba a leer el diario. También fue la encargada de hacer desaparecer cada uno de los cigarrillos que papá había diseminado por la casa. Y, aunque cada tanto seguía pasándose el rato mirando por la ventana, las cosas lentamente volvían a ser como alguna vez habían sido.

El corredor era un *rusito* desconfiado que les escapaba a los bancos, así que ofreció pagar las deudas y se quedaba con un porcentaje de las ventas del negocio hasta cubrir el préstamo. Según los cálculos que hacía papá —flaco, avejentado, débil, con un hilo de voz, pero de vuelta en el trabajo—, si nos ajustábamos un poco con los gastos, en cuatro o cinco años iba a recuperar lo que había perdido, siempre y cuando no viniera otra devaluación importante.

Una noche entró a mi cuarto. Yo estudiaba unas partituras para un examen de composición. Se sentó en la cama (llevaba el pijama desabrochado en el pecho; la cicatriz de la operación brillaba ante la luz del velador; era raro no sentirle el olor del cigarrillo), puso una mano sobre la rodilla de su hijo y me confesó que ese tiempo

internado había pensado mucho: él había tenido la duda siempre, se quedó tranquilo cuando vio que tenía novia, pero… Ya se había hecho a la idea, digamos. Le dije que no entendía de qué me estaba hablando. Me contestó que los compañeros de póker, los corredores que me conocían del negocio, todos le decían: ¿Cómo? ¿Tu hijo toca el piano? ¿No juega al fútbol? ¿Nunca se trompea? Y bueno, yo era afeminado, eso ya lo sabía. Si además me gustaban los hombres estaba en mi derecho. Solo lamentaba lo que iba a sufrir. Eso era lo que le costaba aceptar más que nada.

Debe haber sido la primera vez que miré a papá de esa manera, a los ojos, pero con un dejo de… ¿desprecio?, ¿decepción?, sin poder creer lo que me decía. ¿Esa era su conclusión después de haber estado al borde de la muerte? ¿No se daba cuenta de que yo sentía exactamente lo contrario? Para mí, los hombres eran salvajes. No me entraba en la cabeza cómo era posible que a las mujeres les gustaran. Yo mismo me avergonzaba de ser como era: cuando sentía esa furia que me explotaba entre las piernas, cuando mentía porque no era capaz de conformarme, cuando le había sido infiel a la única mujer que me había amado, cada vez que me descubría haciendo las mismas cosas que papá había hecho. Pero me guardé todo eso para mí. Mi desafío apenas llegó a una mirada que escabullí enseguida, para aclararle que no, que se quedara tranquilo, que me gustaban las mujeres más que nunca. Me alegro mucho, dijo papá y se acercó para sacudirme los pelos de la cabeza. No te duermas muy tarde, y arrastró sus pantuflas fuera del cuarto.

Quizás papá había vuelto con el tema por mis nuevas amistades. Con Charly, el chico del baño que me había dicho que tenía una pija hermosa, nos hicimos amigos. De entrada, le había aclarado que yo no era gay, pero quería tener un amigo como él para ver si entendía algunas cosas; además cantaba en un grupo de pop electrónico con bastante onda. Hablábamos siempre, de Queen, de Los Beatles; por él conocí a Klaus Nomi. Cursábamos juntos todas las materias y a la salida nos íbamos a un bar cerca de la facu. Me ofreció ser el productor del primer disco de su grupo: Manada Suelta. El nombre me encantaba. La idea también. Pero además

teníamos conversaciones mucho más sinceras que las que teníamos con mis amigos. Si era gay de nacimiento o si se había hecho, cómo había sido; si alguna vez había estado con una mujer; cómo eran los levantes, en el baño, por ejemplo, el que había intentado conmigo; ¿así se levantaban entre ellos? Yo le conté lo que la gente pensaba de mí, que una sola vez había tenido una duda con un hombre, un chico del colegio, pero había sido porque usaba las calzas muy ajustadas, tenía el pelo largo, la cola parada… Charly movió la mano como si espantara una mosca. Fue mi único amigo en la carrera. También me llevé bien con la corista; a veces la ayudaba con los ejercicios que no llegaba a entregar a tiempo. Esa chica trabajaba, vivía sola, estudiaba música y también administración de empresas. Mis otras compañeras me parecían poco al lado de ella, que por supuesto nunca me miraba como yo quería.

Charly me llevó a un depósito lleno de luces y caños y chicos como yo. Hasta entrar a esa maricoteca, había pensado que mi nuevo amigo era una excepción, que los gays eran cuarentones de bigote y musculosa blanca como Freddie Mercury. Me sorprendí de ver a tantos pibes de mi edad; algunos ni siquiera parecían gays. Nadie se abalanzaba sobre mí, como imaginábamos con la banda cuando alguno proponía ir a uno de esos boliches porque supuestamente había pocas minas pero eran fáciles.

Me copaba ese lugar. La música era una electrónica que combinaba bien con el porro del tecladista de Manada Suelta. Las primeras veces dije que no (me daba asco que me lo diera todo baboseado), pero terminé probando: una pitada profunda que casi me arranca los pulmones. Pero pasada la tos me sentía bien, mejor que en cualquier otra parte. Ni siquiera me había dado cuenta y ya me contorneaba en el medio de la pista, movía los hombros, caderas, daba vueltas como Leroy en *Fama,* cuando el boliche estalló en un alarido y trescientos, cuatrocientos, quinientos maricones corearon «A quién le importa lo que yo haga» bajo una lluvia de papel metalizado.

En noches como esa recuperé el tiempo que había perdido. No solo bailaba como quería, también me besé con varias «pajareras»,

como les decía Charly a las amigas de los gays. Con ellas terminé de entender que las mujeres también sentían deseo, aunque todavía pensaba que era menos intenso que el deseo de los hombres. Quizás por eso seguía creyendo que había que convencerlas para que se entregaran. Era una idea que con mis amigos nunca abandonábamos. Así como otras que repetíamos como mantras: por ejemplo, que había que tener cuidado porque las mujeres se enamoraban enseguida, sobre todo si te las cogías bien, decía Danny con los ojos chinos, porque yo había llevado un porro para que probaran; las botellas de cerveza en el suelo, el Panza Morcillo cambiando el disco por un compilado de cumbias y cuartetos. Éramos nosotros tres, porque el Nene Herrera se había puesto de novio con una mina del gimnasio, y Mariano Puente había conseguido trabajo como sereno en un garaje.

Lo mejor de fumar porro era cuando volvía a encerrarme en mi cuarto. Seguía pareciéndome infantil, típico de *losers* como el Panza Morcillo, pero a veces se me ponía tan dura que tenía que hacer algo. Como estaba solo, me tomaba mi tiempo. Reconocía las sensaciones, el momento exacto, me controlaba. En internet, había encontrado técnicas: ejercicios de Kegel, contraer el músculo entre el escroto y el ano para interrumpir la orina, relajar el músculo nuevamente, repetir la operación varias veces al día. Hasta que por fin todo vibraba en cada centímetro del cuerpo, con esa electricidad que me recorría desde el latigazo de semen hasta el cerebro. Con mujeres, no: siempre había sido eyacular y punto; un alivio pasajero, y a veces ni siquiera eso. Disfrutaba más estar conmigo solo.

En el medio, había dejado la carrera. Lo lamenté porque papá estaba ilusionado con que yo llevara a casa el primer título universitario de nuestra familia. Ya retomaría más adelante. Era una promesa. Por el momento, entre el trabajo y la producción del grupo de Charly aprendía más y apenas me quedaba tiempo para divertirme un poco. Yo quería vivir, para eso había dejado las jaulas atrás, y si me había resignado a trabajar en una productora donde no tenía futuro por lo menos iba a pasarla bien los fines de semana.

Las pajareras resultaron un buen entrenamiento, pero había llegado la hora de dar el salto. Merecía una modelo como las de las tapas de las revistas. El objetivo era alguna de esas mujeres de tetas con siliconas que se pavoneaban arriba de los parlantes. Ningún «billetera mata galán». Ya tenía la experiencia suficiente como para intentarlo. Lo único que necesitaba era actitud. El arito lo había abandonado hacía rato, pero del fondo del placar rescaté el buzo de los corazones. Ah, bueno —me recibió Charly—, ¡qué bucito!, y me dijo que me quedaba hermoso. Lo mismo el resto del grupo, ya borrachos, mezclados con la música que nos aturdía cerca del parlante. Se rieron cuando me até el buzo a la cintura, porque llevaba dos horas bailando y me caía la transpiración por las crenchas, un porro entero yo solo, el último trago de Fernet del vaso del bajista de Manada Suelta. Una mano me rodeó por la cintura, giré para ver quién era: un chico peludo y enorme como un oso. Se me abalanzó contra la remera transpirada, nariz con nariz, y me agarró las orejas: ¿Qué hacés, papi? Me sacudió con una sonrisa interminable. ¿No te acordás de mí? Se señaló, y yo me reí tan feliz que la risa fue parte de la fiesta.

Era Rodri, que había hecho el secundario completo en el colegio de los Hermanos y, por supuesto, era puto. ¿Cómo no serlo con todos esos chongazos que nos habían educado? ¡Mirá dónde nos encontramos! Según él, nuestro encuentro comprobaba su teoría: los que fuimos a colegios religiosos salimos putos, fiesteros o las dos juntas, y me llevó al piso de arriba a conocer a sus amigos.

Dos chicos gays y una rubia, casi más alta que yo, sacada de un póster de revista porno. Rodri nos presentó, y volvimos a lo nuestro. ¿Mamá cómo estaba? ¿Y la tuya? ¿Tu viejo? Pero ahora sigamos la fiesta, ya nos íbamos a encontrar en otro momento para ponernos al día. Me agarró la mano y la juntó con la de su amiga Brisa, que hacía la mímica de la canción que cantaba Madonna, al rato me miraba a los ojos *like a virgin,* yo le miraba la boca, *feels so good inside,* se ponía de espaldas para que la sostuviera por la cintura. ¿Esto también es mucho postre?, quería decirle a Mariano Puente. Esa pajarera era la mujer más despampanante que había visto en mi

vida, mucho más hermosa que Karen, al nivel de las mejores modelos. ¿Me acompañás a buscar un trago?, me dijo al rato de darme vueltas, morderse los labios, responder a las preguntas que yo le hacía como antesala para darle un beso: de dónde conocía a Rodri, cuántos años tenía, si estudiaba o trabajaba. Vamos, dijo Brisa con un gesto de desdén cuando el barman, haciéndole una reverencia, le entregó su whisky con coca y hielo. ¿A dónde?, pregunté. ¿Ya conocés el túnel?, y me agarró la mano otra vez.

Una cortina, un pasadizo largo y oscuro, un montón de chicos tocándose alrededor de otros dos —uno detrás de otro que se había puesto en cuatro patas— sobre un sillón. Vení, Brisa me tironeó del dedo, apoyó la espalda contra la pared, me agarró la cara, me metió la lengua en la boca. Todo era tan fácil que pensé que era una puta, pero no podía serlo, porque con los pibes sabíamos muy bien que las putas nunca besaban. La apreté contra mi cuerpo; me pidió que me desanudara el buzo de la cintura, porque le molestaba en la panza. Era un ridículo, sí. Es que tenía miedo de que algún puto me aprovechara distraído y me tocara el culo. Callate, dijo Brisa y me tapó los labios con un dedo y me agarró el bulto con la otra mano. ¿Tenés forros?, me dijo al oído. En el baño hay una máquina, alcancé a balbucear. No importa. Estoy aburrida de estar acá. ¿Vamos a otro lado? Terminamos a medias el último trago de whiscola, retrocedimos en el túnel hacia la pista, rumbo al cartel de salida, sin saludar a Rodri ni a sus amigos ni a Charly ni a los músicos de Manada Suelta, de frente al rayo oblicuo del sol de la mañana, un colectivo sacudiéndose contra el pavimento, el portero de un edificio mirándonos de reojo, barriendo la vereda.

Recién bajo toda esa luz, me di cuenta de que caminaba al lado de un hombre.

La octava maravilla

No menos recomendable son, tras el coito, sendas inyecciones y lavatorios de las partes genitales respectivas con soluciones antisépticas muy diluidas, para que su causticidad no dañe las paredes de aquellos órganos.

Ciro Bayo

Pasé una semana sufriendo de culpa. Besarle las tetas, dejar que me bajara el pantalón, sentir cómo esa boca me la chupaba, la tenés muy dura, papi. Me animé a preguntarle por el tamaño, y me dijo que no, una pija normal, y quiero que me la pongas. Se sacó la minifalda, se puso en cuatro patas sobre la cama de un telo del Abasto, la bombacha roja corrida para que se la metiera y empujara una, dos, tres veces, el pelo rubio como una seda desparramada sobre la espalda, el culo firme y redondo, la curva suave de la cintura. La magia sucedía: era la mujer más hermosa con la que me había acostado, pero en medio del mareo del porro y de la efervescencia de la calentura hundí una mano en su entrepierna para estimular el clítoris, como había aprendido en internet, pero Brisa me atajó el brazo, y con ese gesto me acordé de lo que hasta ese momento había conseguido olvidar.

Se lo conté a Rodri, que me mandó un mail para invitarme a tomar una cerveza en uno de los bares nuevos que había abierto en Palermo. Nos acordamos de los discursos del hermano director, del corazón de Jesús en llamas, de los salvajes. No era nada al lado de lo que había vivido él en el secundario: el puto del curso, mejor ni me contaba, ¿para qué?; igual que tampoco me creyera que había sido una tortura, ¿eh?, a todos sus compañeros les gustaba… Hasta con el hermano *Serio* había tenido una historia; nada del otro mundo, pero a él siempre le había gustado y en la secundaria se

había sacado las ganas. Pero yo de puto no tenía nada, aunque por algo mis relaciones con las mujeres eran todas relaciones enfermizas. No pensaba que yo fuera gay; más bien era un tema de no saber cómo tratarlas. Y ahora había sucumbido a la belleza de su amiga más potra, así de simple, *una* travesti, no *un* travesti, como le había dicho yo. ¿Cómo la había pasado? Le confesé que me había olvidado de que era un hombre, que me acordé cuando la quise tocar y me sacó la mano, que entre parar en ese momento y apurarme porque se me bajaba había elegido lo segundo y que después de acabar había salido casi corriendo del telo. Por lo menos se había demostrado que los hombres me provocaban rechazo. Rodri me miró como me miraba cuando éramos chicos y yo decía alguna pavada: ¿«Los hombres»? ¡Mi amiga te mata si te escucha! Pero terminó diciendo: Bueh…, tomó el último sorbo de cerveza y sacó de la mochila un libro de astrología para mostrarme cómo mi signo afectaba mis relaciones.

La charla con Rodri me dejó pensando. En la productora estaba ganando bien otra vez, había ahorrado un poco, y aunque todavía soñaba con mi lanzamiento como músico, quizás era el momento de dar un paso más concreto. La oportunidad llegó una tarde que volvía del trabajo, con la cabeza estallada por haberme pasado el día con la pista de una propaganda de alfajores: edificio a estrenar, monoambiente, Se Alquila, a dos cuadras de casa.

Mamá reaccionó mejor de lo que esperaba: hacía rato se veía venir que en cualquier momento su hijito la abandonaría; mejor que me mudaba cerca así la visitaba seguido. Papá le dijo que me dejara en paz: «su hijito» ya era un boludón de veinticuatro años. Hizo los cálculos y me preguntó cuánto cobraba en la productora, a cuánto el alquiler, cuánto las expensas… Chequeó que los números estuvieran bien y se ofreció a conseguirme la garantía y también a comprarme lo básico: la cama y una heladera; del equipo de música me tenía que hacer cargo yo, porque eso era «para la joda», pero me podía llevar la computadora, total era el único que la usaba. A la ayuda de papá, le agregué la venta del piano, que usé para comprar un teclado más barato y que cabía justo en una repisa frente a la

cama. Los primeros días dormía de lunes a jueves en casa y los fines de semana me iba a mi departamento, así mamá se iba acostumbrando de a poco a que ya no iba a vivir con ellos.

Fue la época de las amantes y de los fideos con manteca. Con mucho queso rallado, lo único en lo que me permitía gastar. Cenaba solo, mirando el noticiero de las nueve, entre esas cuatro paredes blancas, la cama de una plaza y media, el piso salpicado de ropa, acordes, platos del día anterior. Entonces, ¿así se sentía ser libre? Todo indicaba que sí, aunque también me convertía en adulto y, entre las responsabilidades de vivir solo y el trabajo, nunca encontraba el tiempo para avanzar con mi proyecto. Me quedaba la noche, pero era cuando quería relajarme. Chateaba con desconocidas, salíamos a tomar algo, al segundo trago yo daba el paso siguiente. Quizás porque ahora vivía solo y había acumulado tantos fracasos amorosos que había aprendido algo, pero de repente tenía éxito con las mujeres. Una vendedora de shopping, una estudiante de odontología, la punk que conocí en el cumpleaños del guitarrista de Manada Suelta. Había empezado a anotar en un archivo de Excel el nombre de la chica y un puntaje. Maia, seis puntos; la punk, ocho; Nubeluz era la peor: dos puntos, aunque el puntaje valía más para mí que para ella. Por alguna razón, no incluí a la amiga de Rodri en la lista. No fue porque la hubiera olvidado. Quizás tuvo que ver con la culpa.

Pero no sentía culpa con las demás. La vendedora del shopping era la que más me calentaba. Tenía una hija de cinco años, había quedado embarazada a los diecinueve; con ella se cumplía la máxima del Nene Herrera de que las minas más lindas quedaban embarazadas más rápido. Pensé que con tanta experiencia iba a ser la mejor, pero parecía una estaca: no me tocaba, apenas entramos al departamento se acostó a esperar que yo hiciera todo. A ella le quedó un cinco, dos puntos menos que la estudiante de odontología, que me la chupaba con toquecitos de la lengua; se me subió encima; cambiamos yo encima de ella; cuando se puso en cuatro, no me animé a decirle que así yo acababa rápido. Si no hubiera sido por eso, le habría quedado una nota más alta. También una tetona que

conocí en la fila del supermercado y me contó de los problemas que tenía con su padre alcohólico; esa me reprochó porque ella no había acabado. Yo sí, pero apenas había sido un alivio pasajero.

Danny me dijo que al final para mí las minas eran lo mismo que para él las putas. Le dije que a mí me salía gratis y me contestó que eso dependía: si yo invitaba a la mina con un par de tragos, me costaba lo mismo que una puta. Habíamos mudado la sede oficial de la banda de los pibes. Ahora era mi departamento. Ya no teníamos que esperar que la madre de Danny saliera con el novio. En mi departamento podíamos hacer las jodas que quisiéramos: el Nene Herrera explicaba cómo le metía los dedos a su novia; Danny hacía los ejercicios para mostrarnos los abdominales marcados por el gimnasio; el Panza Morcillo en la computadora jugando al *Tomb Raider.* Cinco botellas vacías de cerveza, tres más en la heladera, una piedra de porro prensado entre las bolas de la mula que lo había traído por la frontera. El Nene festejó que había conseguido entrar a laburar en la Legislatura, obvio que acomodado por un tío concejal. Danny confirmó lo que me había contado por teléfono: estaba saliendo con una estudiante de psicología que tenía un culo espectacular. Mariano dijo que había probado la falopa, que te recargaba las pilas para trabajar a *full,* sobre todo para ordenar las cagadas de sus compañeros del Mc Donald's (el trabajo de sereno le había durado hasta la segunda vez que se quedó dormido). Ninguno de la banda seguía estudiando. No éramos ciudadanos del mundo ni jóvenes emprendedores; nada de lo que el Instituto del Sol del Nuevo Siglo había esperado de nosotros. Trabajábamos y nos divertíamos. Eso era todo. No parecía una vida tan mala.

Si Danny presumía de que la tenía grande como la de Ron Jeremy, yo podía presumir de algo mejor: no solo había sido el primero en tener novia, también era el que tenía más levante. Papá escuchaba orgulloso cuando volvíamos del almuerzo de los domingos, me apoyaba una mano en el hombro, caminábamos adelantados, porque mamá paraba a mirar vidrieras, y me preguntaba cómo me llevaba con la independencia, si me había juntado con los muchachos, si estaba aprovechando el *bulo*… Y yo, sin dar muchos

detalles, le daba a entender que otro nombre se había agregado a mi lista. Así encontramos un tema de conversación más allá del fútbol, que nos había acercado al principio. El fútbol y las mujeres. Así fue cómo la distancia entre nosotros empezó a acortarse. Y también cuando papá me dio las llaves del auto para que manejara yo en el camino de regreso a casa.

Una experiencia más, un agujero donde descargarme. Ninguna de esas mujeres significaba otra cosa para mí. Nunca había podido ser lo suficientemente hombre como para jugar bien al fútbol o pelearme a las trompadas, pero era bueno con las mujeres. Hasta que una noche escuché la vocecita: ¡Oh, oh!, mi compañera de la carrera de música, la corista que me gustaba tanto, me había agregado al ICQ. Temblaba mientras le respondía. Resultó que se había hecho fanática del grupo de Charly y por eso me había buscado, sabía que yo colaboraba con la producción del disco y estaba interesada en cantar en el grupo. Le contesté que por supuesto. Le pregunté qué tal tu vida, y me dijo: Largo de contar, toda una vida, je, ¿cuántos años habían pasado? Ella también había dejado la carrera, un día nos tomábamos un vino y me relataba la historia completa. Así de fácil. Fue tan rápido que dudé si de verdad era la corista o si no sería alguno de los pibes haciéndose pasar por ella.

Cuando nos vimos se despejaron mis dudas: Siempre tuviste onda. Me miró de arriba abajo, y eso que ni siquiera me había *lookeado* más que con una camisa blanca abierta y una cadenita con el rayo de David Bowie. De esos detalles se había dado cuenta Romina, que seguía usando sus remeras de rock, sus jeans ajustados, sus zapatillas Converse. Trabajaba como cantante en distintos proyectos, en uno de los discos de Buddha Sounds, en una banda de *covers* que giraba por los bares de la provincia, algunos kiosquitos más, pero con eso no hacía nada, así que también sumaba algunos eventos como promotora. Vivía sola porque era del sur; la familia manejaba varios campos y le enviaban algo de plata todos los meses, con eso se pagaba las salidas. Hablaba rápido, olía a perfume fresco, pidió cerveza, y yo pedí lo mismo. Conversábamos en la

mesa del bar que había conocido con Rodri. Las paredes cubiertas de afiches de películas, la plaza Cortázar, el olor a rabas de la cantina de al lado. Había algo en la sonrisa de Romina que me hacía creer en Dios otra vez. Era delicada, nada parecía fuera de lugar, ni siquiera cuando mencionó su menstruación, le había venido, *¿viste?,* y aunque le venía poco y sin dolores le daba más hambre y por eso pensaba pedirse algo rico, unas papas fritas, ¿querés que las compartamos?, se mordió los labios, se pasó la lengua por la boca, yo me la quería comer a ella.

Salimos borrachos del bar. Fuimos a su departamento. Cantamos en la guitarra los temas de Manada Suelta; le mostré los acordes de una canción que pensaba grabar algún día. Cuando dejamos la guitarra, me pareció que era mi oportunidad: le pregunté si me daba un beso. Terminamos sobre el sillón: ella arriba de mí con un movimiento suave, como si me sacara y pusiera un guante; yo enloquecido con sus tetas, ella me dijo dale, sentí que la electricidad nos recorría y acabamos los dos al mismo tiempo: Romina riéndose de placer y yo maravillado por lo que había sentido.

Lo que pasó después completó el descubrimiento. El vacío, el deseo de salir corriendo, nada de eso apareció esta vez. Quería quedarme con Romina, acurrucarme en sus brazos, despertarla con el desayuno, un pan recién sacado del horno. ¡Tenía tantos planes para nosotros! Pero ella ya buscaba el corpiño debajo de la cama, se quejaba porque se había hecho tarde, al otro día tenía que levantarse temprano… Eran indirectas para que me fuera. Por eso me apuré en decirle lo que me estaba pasando con ella: le expliqué que hasta el día anterior solo buscaba sexo, pero que ahora había encontrado el amor. ¿Sos muy mujeriego?, preguntó mientras se abrochaba el corpiño. Era, contesté convencido.

Y de verdad así lo sentía. Esa chica encarnaba todo lo que alguna vez había querido para mí: era hermosa, pero además era fiel, había tenido un solo novio, quería estar segura de haberlo olvidado antes de empezar una relación nueva; yo le repetía mi historia de lo mal que me había portado, lo mucho que necesitaba

cambiar, lo feliz que me haría que ella me diera la oportunidad de redimirme. Estaba arrepentido de haberme dejado llevar tantas veces por mis instintos más precarios. Quería sanar. Encontrar el amor. Hacerme parte de su pureza. Me besó antes de agarrar las llaves para bajar a abrirme. Dijo que iba demasiado rápido, pero que quizás, quién sabe, puso cara de misterio, en una de esas, como te portaste bien, podría darme el gusto.

Romina me enseñó a comer sushi y tener sexo al amanecer —después de cantar la noche del sábado, yo siguiéndola por los bares del conurbano, ella tan elegante y rebelde y dueña del show— desnudos junto a la ventana del aire luz de mi departamento. El nuestro era un amor absoluto, y por eso ella tomaba la píldora y me permitía sentir lo que jamás había sentido; a cambio, le conté mis secretos, incluso lo que había querido olvidar.

Con el tiempo me di cuenta de mi error. Cuando tenía una cena familiar, un encuentro con mis amigos, una noche de edición del nuevo tema de Manada Suelta, en cualquier actividad que hiciéramos separados, Romina me mandaba un mensaje detrás de otro, me llamaba al celular. Si no la atendía, empezaban los qué estás haciendo, con quién, por qué no me atendés. Nos veíamos casi todos los días, pero si visitaba a mis *papis* o hacía cualquier otra actividad, se pasaba la noche mandándome mensajes para que le diera pruebas de que estaba en el lugar donde le había dicho, con la gente que le había nombrado, y tenía que volver a la hora que le había prometido, porque si no… Pero nada iba a cambiar mi decisión de ser sincero con ella. Apenas unas pocas cosas prefería pasarlas por alto. Si en el cumpleaños de uno de los pibes había alguna prima que demostrara interés, si había bailado con otra en el boliche, si Charly me había presentado una pajarera nueva. Ninguna me interesaba, y por eso ni siquiera valía la pena que Romina supiera de ellas. Pero aun así, pese a las cervezas frente al río, a los paseos por el parque de Agronomía, la noche de sexo a la salida de un recital donde me animé a hacer los coros de «Stayin’

Alive» con su banda de *covers,* Romina tiraba la piedra que rompía el encanto: de repente, creía ver una marca en mi cuello, estaba segura de que era un chupón; yo le explicaba que me había picado un bicho, pero no: ¡Es un chupón, hijo de puta!, la servilleta al piso, golpeaba la silla contra la pared, salía pateando el aire. Yo dejaba sobre la mesa el pago por una cena que quedaba trunca y me iba corriendo detrás de ella.

Le juraba y recontra juraba dónde había estado la noche anterior, con quién, a qué hora había vuelto, pero Romina gritaba: ¡Mentiroso! Ella lo sabía bien, un reverendo hijo de puta. ¿Con quién me había chuponeado así? Y yo no podía creer que me estuviera acusando de esa manera. Intentaba explicarme, pero su respuesta era peor, entonces algo dentro de mí, una furia: ¡Fue un bicho!, y me tocaba la picadura, una calle mal iluminada, los cartoneros estacionando sus carros. ¿¡De qué chupón me hablás!?, con las venas del cuello hinchadas, caminando al auto que papá me había prestado para que saliera con mi novia, soportando que Romina cerrara la puerta con un golpe, llevarla a su casa para volver al departamento con el ceviche atragantado. Era manejar con las manos temblando, dándole vueltas a lo mismo: en qué momento nuestro idilio había estallado de esa forma, de la nada, por rascarme el cuello, por contarle la verdad, por querer hacer las cosas bien con esa mujer demasiado pura que más tarde, cuando ya la había dejado en su casa, cuando ya me había acostado con el estómago duro por los nervios y pensaba y buscaba respuestas, me escribía un mensaje: Perdón, mi amor, no sé qué me pasó, perdón por ser tan celosa, te amo; y yo podía dormir tranquilo y apenas me despertaba corría a buscarla, nos besábamos en el ascensor, desesperados por llegar a la cama, el orgasmo como una catarata de agua tibia en la cabeza.

En una de esas peleas se hizo de madrugada y el mensaje de Romina pidiéndome perdón no llegaba nunca. La llamé, no atendía. Me tomé un taxi para tocarle el timbre, pero tampoco. La esperé en la puerta a las tres de la mañana; era otoño, había refrescado, el cielo cubierto de nubes; me llegó un mensaje cuando por fin me

había decidido a irme: decía que estaba cansada, que no valía la pena seguir viviendo, que me pedía disculpas por el mal que me había causado. Volví a tocarle el timbre, llamarla, el teléfono apagado; pensé en buscarla con la policía, decirles que habíamos peleado, que mi novia se iba a suicidar si no la encontraban pronto. Estaba tan convencido de eso que me tomé un taxi y le pedí que recorriera la costanera de un extremo al otro, me bajé para seguir a pie, desesperado, bajo el viento de una lluvia cada vez más fuerte, seguro de que por mi culpa, por haberle dicho la verdad sobre mi pasado, por haberla puesto celosa, por no saberla cuidar, Romina se había tirado al río.

De noches como esa salía tomando una pastilla de clonazepam que sacaba del botiquín de mamá cuando volvía de visita a casa.

Muchas veces traté de explicarle que lo que hacía era nocivo para los dos, para el amor que nos teníamos, para una relación madura como la nuestra. Los celos eran un síntoma de falta de confianza, y ninguna relación se sostenía sin confianza. Además, ella, justo, que me alentaba a que siguiera con la música, que me pedía que activara mi proyecto, que no me estancara, que persiguiera mi sueño… Porque Romina también era eso: la única persona que creía en mi talento, aunque ella fuera la misma que desconfiara de mí.

Y me decía que tenía razón, que era una estúpida; le agarraban esos ataques de celos, qué boba; me daba besos en la nariz, me tocaba, yo la tocaba a ella; nos reconciliábamos en la cama, ella arriba de mí, los dos hechos un ovillo después de acabar juntos. Unos días de paz y otra pelea. Sin motivo, por obra y gracia de sus fantasmas. Era mejor que no le dijera que había salido con mis amigos, que le inventara que me iba a dormir temprano, que me sentía mal. Mentir, otra vez. Habían pasado más de diez años y seguía exactamente en el mismo punto donde me había estancado con mi primera novia.

Como cuando los chicos de Manada Suelta me invitaron al cumpleaños del bajista. Sabía que Romina no podía acompañarme porque cantaba en un bar de la provincia. Igual preferí no decirle

nada; era una chica de familia mucho más conservadora y le chocaban un poco ese tipo de fiestas. Apenas entré en el cumpleaños, Charly le pidió al guitarrista que me pusiera una pastilla en la boca. La tragué porque hacía rato que sentía curiosidad. Al principio, no fue nada distinto, bailé un *dance pop* comercial sacudiendo los brazos, con la punta de los dedos tocaba el aire, los hacía flotar en círculos, enseguida liberado por una fuerza que me venía desde más adentro, un tubo de colores, una catarata hacia el fondo, la voz preguntándome si me había subido la pasti. Abrí los ojos cuando sentí en la cara el aliento a mentol de Charly. Le contesté que sí. Sentir, sentir, mi amigo me masajeó los hombros y se quedó bailando al lado mío. Cerré los ojos otra vez. Volví a entregarle mis membranas al ritmo. Una cola en mi cola, la forma exacta, la piel, la temperatura. Siguiendo el *beat* de un bajo apelotonado. El rebote de una masa dulce contra las paredes de mi piel crispada. Me di vuelta para ver con quién rebotaba así: una de las compañeras de trabajo del guitarrista de Manada Suelta me guiñó el ojo, me dijo: Estamos bailando cola con cola, le sonreí, le agarré las caderas, nos dimos un beso que pareció de pañolenci.

Podría decir que lo hice porque el éxtasis me llevó a hacerlo, porque levantó las barreras, me hizo sentir que todo era natural, esperable, incluso necesario. Quizás la droga haya contribuido, pero llevaba meses conteniéndome, reprimiendo mi instinto, «portándome bien», como le juraba a Romina, y todo para que ella siguiera pensando que yo era un mentiroso. De nada servía esforzarse, nunca iba a creer en mí. Por eso fui hasta el baño con la compañera del guitarrista; chispeaban semillas verdes en las paredes; el sonido de la fiesta llegaba de afuera como debajo del agua. Esperé a que le mandara un mensaje de texto al novio, apenas entendí lo que escribía: Estoy durmiendo, mi amor, mañana hablamos, y guardó el celular en el bolsillo, se bajó el pantalón, se apoyó de espaldas a mí, se corrió la bombacha, dámela, contra la mochila del inodoro, la música abombada, el goteo de una canilla rota, uno, dos, tres: me agarré fuerte de esa mujer que tenía las manos abiertas como pulpos contra la pared; cuatro, cinco, seis: los

dos jadeando en la oscuridad, la puerta del baño enmarcada de luces; siete, ocho, nueve: hasta perder la noción del tiempo, hasta que el aire se volvió difuso y aterciopelado, hasta acabar con un destello electrizante que gimió en cascada hacia el otro cuerpo.

Tenía la sensación de que había pasado apenas un rato, pero cuando salimos la música había cambiado a un *progressive* mucho más sombrío. En la pista bailaba Charly con el bajista, arrinconados con un fan de Manada Suelta. La chica salió del baño después que yo, levantó sus cosas del sillón y se acercó para saludarme. Renata, se presentó y me dio la mano.

Le pregunté si todo estaba bien. Me dijo que se iba porque se había hecho tarde, me dio un pico en la boca y le tocó el hombro a Charly para saludarlo. Cuando estaba por irse, se dio vuelta otra vez hacia mí: ¿Me acabaste adentro? Sí, contesté. ¿Sin forro? Como no me dijiste nada…, dije y no mentía: la había visto tan segura que pensé que tomaba pastillas. Negó con la cabeza, suspiró, pastillas de drogadicta, la puta madre, me saludó con un beso en la mejilla, una cachetada suave y un *bye*.

La noche había terminado también para mí. Volví de día al departamento. Estuve dando vueltas en la cama, tratando de dormir, la mandíbula apretada por la anfetamina del éxtasis. Fumé un porro, tomé medio clonazepam. Puse el disco de arias de Paul Schwartz para terminar el viaje. Tenía que levantarme en tres horas porque íbamos a almorzar con papá y mamá. Romina iba a conocer a sus suegros. Yo todavía no lograba dejar la mandíbula quieta.

Levantarse fue lo menos difícil, porque apenas dormí un sueño ligero, pero masticaba con la boca rota los pedazos de pollo al oreganato. Mamá le contó a Romina lo raro que era yo cuando era chico. A papá le resultó gracioso que tomara vino al mismo ritmo que él. Yo hablé lo menos posible; nada más me entusiasmé cuando Romi elogió mi trabajo como productor musical y le dijo a papá que su hijo iba a llegar alto. Cuando por fin terminamos de comer, la dejamos en su casa, porque tenía un ensayo, y yo corrí a llamar a Charly para pedirle el contacto de la chica de la fiesta y poder mandarle un mensaje: El amigo de Charly de Manada Suelta. Le

pregunté si había podido tomar la pastilla del «día después de mañana». La respuesta llegó enseguida: Jaja, ¿«de mañana»? ¡Mañana la tomo, tranquilo!, y un emoticón de sonrisa. Debió haber sido por ese dibujo, pero me sentí tranquilo: juré que la próxima vez, por más drogado que estuviera, no iba a esperar a que nadie me dijera lo que tenía que hacer para cuidarme.

Para colmo, esta vez Romina no había sospechado nada, ni siquiera después de verme tan callado durante el almuerzo; me sentí culpable por haber tirado a la basura nuestro amor perfecto, porque no solo era el engaño, también era la forma. Cuando volvimos a vernos, no tuve el valor de decirle que nos cuidáramos. ¿Cómo explicarle? ¿Con qué excusa? Me sentía una basura por ponerla en riesgo, pero mucho más por mi cobardía. Sin embargo, a la tarde Romina se levantó de la butaca del cine, acusándome a los gritos de que le había sonreído a la mosquita muerta que vendía maní con chocolate. Le expliqué que había sonreído por el chocolate, pero siguió gritándome; la gente nos miraba; me dejó solo en el cine, y así logró que la culpa ya no me molestara tanto.

Al sexo con Renata lo califiqué con un siete, aunque había sido a las apuradas. Las sensaciones en la piel, el perfume, la humedad en su cuerpo, lo que me había hecho sentir el éxtasis había abierto un portal a otro universo. Además, Renata tenía novio, le había mentido en mi cara, no me había pedido que usara preservativo. Eran cosas que jamás había pensado que una mujer aceptaría. Después de eso, definitivamente dejé de creer en las vírgenes.

Le conté a Danny la experiencia: que había tardado bastante, no la tenía tan dura pero había cogido bien. Me dijo que la próxima vez me tomara un Viagra. Eso me pareció una gran idea, pero me aclaró que estaba jodiendo: ¿Cómo vas a mezclar dos pastillas distintas? ¿Estás loco? Pero ya no lo escuchaba: me quedé pensando dónde conseguir el Viagra. Danny era el único de los pibes con el que seguía en contacto. De los demás hacía rato que no teníamos noticias. Al Panza Morcillo lo veíamos cada tanto: se había mudado a provincia, porque a la familia no le alcanzaba para pagar el alquiler en Capital; el Nene Herrera siempre tenía otro plan, y lo

último que supimos de Mariano Puente fue que el padre se había muerto (la madre de Danny se había enterado por una compañera de trabajo muy cercana a la familia, y dijimos que teníamos que llamarlo para darle el pésame). Con Danny me abría un poco. El escudo que me ponía cada vez que hablaba con otro hombre, por más que fuera de mi edad, quedaba a un costado. Y me daba cuenta de que a él le pasaba lo mismo conmigo. Le conté que me hartaban los ataques de celos de Romina, las peleas; nunca podíamos estar bien más de una semana seguida, discutíamos por cualquier pavada; cualquier mínimo gesto desencadenaba una catástrofe. Lo impresionante era el sexo, cuando acabábamos juntos, lo que sentía en el cuerpo, un puñal en el cerebro; era lo que iba a extrañar de Romina si cortábamos, y Danny me contestó: Mirá si el amor al final es eso, una acabada que te explota en el cerebro. Dejé sin contarle que Romina era pura ternura, que creía en mí, que cuando estábamos bien éramos perfectos y éramos felices, aunque a veces tomaba una copa de vino y después otra más, y con la tercera copa empezaban las peleas. No importaba si tenía razón o si imaginaba algo que no existía, gritaba: ¡Hijo de puta! ¡Mentiroso! Rompía lo que tuviera cerca. Ataba cabos; las sábanas limpias: ¿por qué había cambiado las sábanas? ¿Por qué olían a recién puestas? ¿Desde cuándo cambiaba las sábanas tantas veces? Una vez apareció con un pelo rubio. ¿Y esto? Lo sostenía con el pulgar y el índice. Lo había sacado de la rejilla del lavatorio. ¡Asqueroso! Largó el pelo, revoleó una botella de vino contra la pared del living. Yo le echaba en cara que no confiaba en mí, le repetía que así nunca íbamos a construir una relación madura, le gritaba que estaba loca. Las peleas duraban una noche, varios días, una semana entera. Odiaba sus celos, que los ojos le echaran fuego, su portazo al abandonarme, vestirme a las apuradas para perseguirla. Era cuestión de insistir, de machacar con lo mismo, encontrar una respuesta: por ejemplo, que el pelo rubio lo había traído yo, sin querer, seguramente pegado en las zapatillas… Y le explicaba que si hubiera tenido una amante rubia habría encontrado más pruebas, no solo un pelo en la rejilla, un pelo que podía haber entrado volando por la ventana. A veces yo

los veía, pelos de la vecina que también eran rubios, que viajaban por el aire, que cualquiera podía tener en su casa, y lo de las sábanas había sido una casualidad que… Y de repente la mirada de Romina era otra. Después de correrla tres cuadras, de pedirle por favor que me escuchara, de arrodillarme para jurarle una vez más que la amaba demasiado. Era como si decidiera creerme, me pedía perdón por haber sido tan tonta. Yo la abrazaba, le aceptaba sus disculpas y le hacía prometerme que ahora sí iba a confiar en mí. Y no me daba culpa mentirle. Me parecía un acto de justicia. El antídoto contra su obsesión por controlarme. Le mentía para que nuestro amor creciera más que sus celos.

Me convertí en un experto en limpiar escenas de sexo. Cuando tenía alguna invitada en mi departamento ponía sábanas nuevas, pero cuando se iba cambiaba otra vez por las que usaba con Romi. Pasaba cinta adhesiva —de esas anchas para embalar los envíos que usaba papá— por el sillón donde la mina y yo nos habíamos sentado a tomar una cerveza, por el suelo en las zonas donde se hubiera metido, por la frazada y por el piso alrededor del inodoro. Con una pinza de depilar, sacaba los pelos del desagüe del lavatorio. Los preservativos usados los tiraba en un tacho de la calle y los reponía, porque Romina una vez me había revisado el cajón y se había dado cuenta de que faltaba uno en la única caja que ella sabía muy bien que tenía guardada.

Para ese momento, la lista llegaba a quince. Con la mayoría habíamos cogido una sola vez; yo no las había vuelto a llamar, y ellas tampoco. Salvo por una estudiante de veterinaria. Con ella nos vimos tres veces, estuvo bien, pero un día me escribió para arreglar otro encuentro y no le contesté porque me pareció que ya nos estábamos viendo demasiado. Además no quería hacerla sufrir, porque yo ya tenía novia. Era toda la humanidad que ofrecía en el intercambio con esas mujeres. No me vanagloriaba por esa pequeña virtud. Tenía otros defectos que me obligaban a mantenerme humilde. Por ejemplo, cuando eyaculaba y perdía inmediatamente el interés en la otra persona. A veces ni siquiera era necesario llegar tan lejos. Era suficiente con saber que habían sucumbido a mis

encantos, a mi conversación fluida y mi oído atento, a la botella de absenta que Danny me había regalado para el cumpleaños; el encanto terminaba al momento de bajarles la bombacha y saber que otra vez lo había logrado.

Una noche, mientras buscaba con quién chatear, llegó un SMS de número desconocido. Decía: ¿Ponemos fecha? Pensé que era una trampa de Romina, pero esos días éramos felices, llevábamos dos semanas sin pelear, parecía que esta vez lo conseguíamos, ¿por qué iba a querer arruinarlo? Ella no tenía motivos para hacer algo así; yo tampoco, pero era un nombre más en la lista. Quizás una fan oculta. O alguna de mis chicas desde un teléfono nuevo, como la veterinaria; casi estaba seguro de que era ella intentando verme una vez más. Le contesté que bueno, podíamos encontrarnos, de hecho ya estaba listo, jaja, y corrí a darme una ducha.

Cuando bajé a abrirle y vi quién esperaba del otro lado de la puerta, pensé en correr de nuevo al ascensor, encerrarme en el placar y quedarme a vivir entre los pantalones. No era la veterinaria la que me miraba con las cejas en V, encorsetada por una campera negra y con las medias hasta las rodillas. El mechón de pelo celeste, una cartera con tachas, la boca un poco torcida. Me costó reconocerla. Creí que me equivocaba, pero no: era Nubeluz diez años más vieja.

Después me lo dijo: me había encontrado en un registro de productores musicales *online*. Demasiado tarde. Tampoco podía echarla. Hice lo único que fui capaz de hacer: la invité a pasar, le pregunté por su vida, tantos años, la verdad era que su mensaje me había sorprendido. Me contestó que ni idea, venía demasiado borracha, pastillas locas, qué sé yo cuántas porquerías más. Había estado escuchando el último disco de Manada Suelta y le había *flasheado* tanto que le dieron ganas de fumarse uno con el productor de ese discazo. Le dije que en realidad yo solamente había colaborado con la masterización de un tema. Pensé en inventar un llamado de urgencia, un dolor de panza, decirle que justo salía a buscar a mi novia… Pero me sentía en la obligación de resolver el entuerto que yo mismo había creado. No podía echarme para atrás.

Abrí una botella de vino y serví dos copas, prendí un porro, volví a la cama donde se había recostado sin las zapatillas, haciendo girar un mechón de pelo entre los dedos, y se levantó de un salto para prenderlo: Uh, muy ricoo, una sonrisa que se mordió los labios, el humo contra mi cara, entre la bruma la lengua de Nubeluz con gusto a papel y pasto quemado. No quería volver a acostarme con esa mujer, pero por mi estupidez la había hecho venir. Ahora tenía que cumplir con ella, con lo que esperaba de mí, con lo que yo mismo me exigía. Nubeluz desabrochándome el jean, chupándomela hasta que logró que se me parara, se echó de espaldas sobre el colchón, abrió las piernas, se lubricó con los dedos ensalivados. Yo apoyé el porro en el cenicero, exhalé el humo de una pitada profunda y, subiéndome a la cama, entré como un soldado en la batalla.

Soportar al aliento de bocas que no decían nada que me pareciera interesante, tragar los fluidos de un cuerpo que me daba asco, aguantar la saliva fría de los besos después de acabar, la baba sobre una piel que solo quería salir corriendo, y otro beso y un beso más y yo miraba para otro lado, trataba de zafarme, al final apretaba fuerte los párpados, fruncía la cara y me dejaba hacer, y el cuerpo terminaba llevándome y me sentía un lobo con las garras sobre las caderas de esa hembra que se me ofrecía. Ese instinto animal que jamás había aparecido para pelear con los salvajes y que asomaba cuando tenía sexo. Era mejor no pensar, lo había aprendido a la fuerza, frente al cuerpo caliente de Nubeluz y a tantos otros cuerpos de los que me arrepentía. Eso era ser un hombre: acostarme con cualquier mujer que se me cruzara, cumplir con mi rol de macho, incluso en contra de mi voluntad como persona.

Era una adicción: la pasaba mal, pero lo seguía haciendo. Me justificaba pensando que ganaba experiencia. Sabía cómo presentarme, qué comentarios hacer, en qué momento intentar el paso siguiente; era un galán, decía mamá: seguro tenía locas a varias (Romina nunca terminaba de conformarla, y aprovechaba cada oportunidad para hablarme de la hija de la peluquera, la nieta de la vecina del quinto, la vendedora del shopping donde se había

comprado la valija con rueditas). Papá por fin había disipado sus dudas y parecía orgulloso de su hijo. La familia pasaba por un buen momento: hasta tenían planeado viajar a Italia, una segunda luna de miel, según mamá, por lo menos veinte días para conocer los pueblitos de la Costa Amalfitana.

En cambio con Romina seguíamos teniendo los mismos problemas, esta vez porque el número de lote de los preservativos no coincidían. Para colmo, se dio cuenta de que faltaba un vino. ¿Quién se lo había tomado? ¿Desde cuándo yo tomaba vino? Me enojé porque me había revisado el cajón. ¿De verdad se había fijado en el número de lote de los preservativos? No podía ser que nunca creyera en mí. ¿En serio pensaba que todos los preservativos tenían el mismo número? ¡Enferma! ¡Loca de mierda!, grité, y Romina gritó también; le juré que nunca había estado con otra, me contestó que era un mentiroso; la agarré del brazo, me pegó una cachetada; le apreté más fuerte y, cuando todo parecía reventar de la peor manera, ella empezó a reírse. *Cara de demonio*, le hizo gracia la cara que puse. ¡Bobo!, esta vez me había creído rápido, justo cuando yo sentía que perdía el control, y por algún motivo a Romina la situación la había excitado y terminamos en la cama, ella boca arriba, pero con las piernas cerradas, yo sentado encima, abierto, como si fuera la mujer que la cabalgaba. Romina acabó primero; la seguí con uno de esos orgasmos que solo sentía con ella.

Aquellos años se acumulaban demasiado rápido, como lo hacían desde que había dejado atrás las ilusiones de la infancia para convertirme en un engranaje más del mundo de los adultos. Pero yo me seguía sintiendo un chico. Y con Romina seguíamos atrapados en esa lógica de amor puro y odio profundo, esa espiral que nunca terminaba de caer en ningún lado. Intentábamos soluciones: darnos un tiempo, un fin de semana, la semana entera, a ver si descansábamos un poco del otro, si nos extrañábamos, si nos volvíamos a elegir. Y claro que nos volvíamos a elegir. Romina me alentaba con mis canciones, me daba ideas, me ofrecía componer juntos. Yo la ayudaba a ella con el repertorio de sus shows. Ese cuidado mutuo completaba el buen sexo y nos mantenía unidos

pese a sus celos y a mis infidelidades. El problema era que una cosa parecía no poder existir sin la otra.

Pero en algún momento había que dar el paso siguiente. Sus padres avisaron que viajaban para pasar la Navidad en Buenos Aires. Era su primera visita desde que salíamos. Hasta ahora ella siempre había ido a su pueblo, y a mí nunca se me había ocurrido acompañarla (ella tampoco me lo había pedido). No hacía falta que reuniéramos a las dos familias, tampoco era para tanto, pero sí quería que los padres me conocieran de una vez por todas. Organizó una cena en una parrilla libre de Puerto Madero, me aclaró que iba a pagar el padre; le dije que yo no era tan amarrete como ella pensaba. Era un chiste, porque volvíamos a llevarnos bien. Desde la noche con Nubeluz que había decidido no acostarme con nadie más; estaba harto de exponerme a situaciones que me provocaban rechazo; la próxima vez me iba a tocar antes que meterme en la cama con cualquiera. Además, Romina en los últimos días no se había puesto celosa, parecía que ahora sí confiaba en mí. Mi tarea era no darle razones para que esos fantasmas volvieran.

Esa noche me miré en el espejo antes de salir: vestido de saco y camisa a cuadros, listo para conocer a los padres de la mujer que me había enseñado a vivir el amor más profundo. Era un hombre, definitivamente. Había aprendido a fuerza de golpes, pero también de experiencia. De hecho, me acerqué mejor al espejo, porque descubrí una arruga que antes no tenía, y me estaban saliendo canas por todas partes.

Quise apagar la computadora antes de salir, pero tenía un mail de un remitente desconocido. El asunto era: ¡¡IMPORTANTE!! Un correo con copia, once nombres, todos varones; Junior Martínez era uno de ellos.

Decía:

> ¡Muchachos!
> La puta de Renata tiene sida.

Me pasé las tres horas que duró la cena carcomiéndome la cabeza. Qué posibilidades tenía de haberme contagiado. De dónde había

sacado ese tal «Metallero» del remitente mi dirección de mail. Quiénes eran los tipos que aparecían en la lista. Cuál le había contagiado el virus a Renata, esa puta que me lo había contagiado a mí, víctima inocente de su lujuria. Enfrentar a Romina o escapar. Tomarme una caja de tranquilizantes. Pegarme un tiro. ¿Y si ya me estaba muriendo? Apenas respondía las preguntas de mi suegro, un señor rollizo y de piel oscura, de barba negra y gruesa, que masticaba las mollejas con la boca abierta y se había retirado del Ejército, pero fruncía el ceño *muy interesado* en la producción musical, los dólares que movía el negocio, si el MP3 resultaba una amenaza o si en realidad era una oportunidad de multiplicar el mercado. La madre de Romina sonreía con sus rulos sobre los ojos (que su hija le hablaba mucho de mí, que al final era más serio de lo que *Romi* le había contado, también más flaquito, ¿comés bien, nene?, ¡ay!, tan flacucho), mientras el mozo llenaba las copas con un vino blanco y demasiado dulce que yo tomaba despacio para darme tiempo a pensar, volver atrás, repasar lo que había hecho con esa mina que ni siquiera conocía, por cuánto tiempo, qué tan peligroso había sido, una vez sola, apenas un par de minutos; era verdad que le había acabado adentro, pero porque ella no me había dicho nada; tragar y contestar que sí, quizás, depende; en realidad, el MP3 es un formato deficiente en cuanto al sonido; otro sorbo de vino, las mismas vueltas a las imágenes de esa noche en un baño al que nunca debí haber ido, el cálculo de las probabilidades, esperar a que la cena terminara para entregarme de lleno a la desesperación.

Iban a elegir los postres, pero Romina dijo que mejor no, porque engordaba. La madre le hizo uno de los comentarios que ella odiaba tanto; le respondió que de alguien había aprendido. El padre les pidió que no empezaran a pelear, ya era tarde. Mirá qué bracitos estás sacando. ¿Y vos te viste la papada? El padre cerró el menú y llamó al mozo para pedir la cuenta. Volvimos los cuatro en el auto con el que habían viajado desde Olavarría, el parabrisas salpicado con bichos muertos; nadie hablaba; la radio prendida en una FM de hits; yo con la cabeza apoyada contra la ventana, pensando que la

pesadilla se había hecho real, que el virus corría por mis venas, que había arruinado el amor más puro conocido sobre la Tierra. Disimuladamente, me toqué la ingle para sentir si se me habían inflamado los ganglios. Romina me hizo un gesto para que dejara de tocarme y me preguntó si me quedaba a dormir con ella. Le dije que mejor esa noche no, porque tenía que editar un audio para la productora.

Danny pensaba lo mismo que yo: lo mejor era saber cuanto antes. Pero era viernes a la noche, y hasta el lunes iba a ser imposible hacerme el análisis. Tenía que quedarme tranquilo, porque las probabilidades eran mínimas. En eso también acordábamos. ¿Cuánto tiempo se la había metido sin forro? Era difícil saber, porque estaba drogado, pero supuse que un par de minutos, quizás menos. Además, no tenía ninguna lastimadura ni nada. Sea como sea, te podés contagiar, habría que ver qué tan puta es la mina, dijo Danny, y yo le contesté que sí, que ya sabía, por algo había una lista de los tipos con los que había estado… ¿Y el mail lo había mandado el novio? Así parece. Y alguno de los tipos de la lista quizás era el que se lo había contagiado a ella, siguió Danny. Le contesté que quizás era yo el que se lo había contagiado a ella. Me dijo que por eso él recomendaba la fidelidad; esas cosas no le iban a pasar nunca, porque era hombre de una sola mujer. ¿Y ella?, pregunté. ¿Cómo sabés que…? Nah, ella hace lo que yo le digo, y me contó que la había filmado colándose los dedos, un video corto, ni en pedo me lo mostraba, lo tenía bien guardado por si algún día la novia se portaba mal.

Después de Danny, llamé a Charly para pedirle el teléfono de su amiga. Quería contarle también a él, pero me dio poca bola porque estaba *a full con mil cosas.* Me pasó el número de teléfono, pensó que me había enamorado. Tiene novio, pero es más puta que las gallinas, se rio entrecortado, me mandó un beso grande, me deseó suerte.

Pero era demasiado tarde para llamar; entré al correo para leer el mail una vez más, cada palabra, las siglas de la enfermedad, la lista de destinatarios, esos nombres entre los que figuraba el mío.

¿Por qué no había sido capaz de ser fiel? Tuve que tomar una pastilla de clonazepam. Me costó al principio, pero al final logré dormirme, profundo, como en un pozo, cubierto de una oscuridad que me refugió un par de horas, un sueño raro y con colores, una autopista llena, un atascamiento, alguien que abría una canasta como las que llevaban mamá y papá cuando era chico y salíamos de picnic.

Desperté con las sábanas revueltas, el sol de las ocho de la mañana en el borde de la cortina. Manoteé el teléfono y marqué el número. Sonó varias veces. Corté. Volví a llamar. Al tercer intento, la voz que apenas conocía de Renata preguntó quién es.

Respondí como pude: Junior, el amigo de Charly, pasaron un par de años, el de aquella vez en el cumpleaños del bajista de Manada Suelta… Le dije que había recibido un mail. Ella me contestó que ya sabía, el novio le había entrado en la computadora (yo no me acordaba que nos habíamos pasado las direcciones) y había visto con quiénes había estado. Pero ¿tenía una lista? Sí —contestó Renata—, una lista de los tipos con los que estuve. ¿Y lo del HIV?, pregunté. Renata suspiró, se quedó callada: No sé, puede ser. ¿Estás segura? Sí. ¿Te hiciste el test? Volvió a respirar profundo: no se había hecho nada todavía. Arrastraba las frases, parecía confundida, quizás por la hora, quizás también había tomado clonazepam. Pareció querer agregar algo más: Bueno —dijo—, perdón. A mí el corazón me golpeaba la cabeza. ¿Entonces no se había hecho los análisis? ¿Era nada más una suposición? Y Renata me dijo: No sé, yo que vos me fijo, perdón, repitió y balbuceó algo más que no pude entender antes de que colgara.

Por lo menos ese fin de semana iba a estar solo. Romina se lo quería dedicar a su familia, y a mamá y papá les dije que no me esperaran para el almuerzo del domingo porque unos amigos me habían invitado a pasar el día en una quinta. Atravesé esos días tirado en la cama, durmiéndome con pastillas, volviéndome a anestesiar con porro, latas de cerveza, mientras trataba de pensar en otra cosa, distraerme, componer una canción que hablara del arrepentimiento, de haber enfermado mi amor, afrontar el momento

en que tuviera que confesarme: un sol menor, un mi bemol, el re que volvía a empezarlo todo.

Recién el domingo, cuando caía el sol, salí a la calle para caminar hasta la capilla del Corazón Sagrado; pero la misa había terminado a la mañana y habían cerrado la puerta. Me asomé al *vitraux* para intentar descifrar la figura del pecho de Jesús prendido fuego, el perfume del incensario, verme con nueve años arrodillado en esos mismos bancos. Hacia el lugar donde creí que algo de aquello seguía existiendo, dirigí el Padrenuestro, en puntas de pie y con las manos en rezo contra la ventana. Era lo único que podía hacer mientras esperaba.

Nunca me había sacado sangre sin mamá. Era algo que me provocaba terror: la aguja, el pinchazo, el bajón de presión inmediato. Pero el lunes me desperté temprano para levantarme la manga de la camiseta y que me humedecieran el brazo con un algodón embebido en alcohol. Apreté fuerte los ojos, no me desmayé como otras veces, ni siquiera cuando la enfermera levantó la jeringa después de la extracción y vi que mi sangre tenía un color demasiado oscuro, y me imaginé que en ese tubo de ensayo habitaba una porción del virus que pronto me invadiría el cuerpo.

Tuve que esperar una semana. Recé cada día, a cada hora, como no rezaba desde el primario. Fui a trabajar drogado, anestesiado, casi sin comer, falto de sueño. Hablé con Charly, y me dijo: Así es esta puta enfermedad; él tenía un montón de amigos *positivos* y ahora existían muchos tratamientos nuevos que *te alargan* —dijo Charly— la vida. Diez años, ese era el promedio, no como antes, que te morías al toque. Y que no me olvidara de los casos como el de Magic Johnson. Era lo mismo para mí. De cualquier manera, iba a tener que enfrentar a Romina. Bastante me había costado evadirla esa semana, volver a pasar por la experiencia de salir con mis suegros, cada vez más flacucho vos, que Romina me dijera que me notaba raro, que me preguntara si tenía algo para decirle. Me temblaban las manos cuando recibí el sobre marrón con el logotipo de un laboratorio, donde habían escrito mi nombre, la fecha y mi número de estudio.

Lo abrí temblando, apoyado contra la pared de una casa con la pintura descascarada. Tuve que leer tres veces el resultado para asegurarme. Aun así, hice las cuentas para estar seguro de que había pasado el tiempo suficiente y que la amenaza del período ventana tampoco era una preocupación. El camino de regreso a casa fue liviano: un sol de primavera en la cara, gorriones saltando desde las ramas de los plátanos hasta la vereda. ¿Cómo iba a vivir a partir de ahora? Lo primero era cumplir con las promesas que había hecho asomado al *vitraux* de la capilla: volver a la fidelidad absoluta, al amor más puro, a disfrutar de ese hilo indestructible que me unía a Romina. La invité a cenar y le dije que pidiera el vino más caro. Brindamos por una nueva etapa en la pareja, plena de confianza y entendimiento, ¡ahora que había conocido a mis suegros! Y picoteamos los mariscos de la jalea mixta, feliz porque esa noche era la primera del resto de mi nueva vida. Hasta que, según Romina, la camarera la había mirado mal cuando ella le había pedido la cuenta. Le dije que no, que ella le había pedido la cuenta de una forma muy brusca por borracha; no se lo decía con mala intención, es más: se lo dije riéndome. A Romina no le pareció gracioso. Yo también había tomado vino, ¿o no?, pelotudo. ¿Qué me decís borracha? ¿Te ponés del lado de la moza? ¿A esa te la querés coger también? ¿Tan poca cosa soy yo que me querés cambiar por la camarera de un restaurante roñoso? Y tiró la servilleta al piso, los cubiertos contra la mesa, corrió la silla, se levantó; yo salí corriendo otra vez, gritándole loca, borracha de mierda, hinchado de odio. ¿¡Te das cuenta de que así no se puede!? Para meterme en el auto y seguirla, para putearnos en el semáforo, para obligarla a que se subiera y llevarla a los gritos, golpeando el volante, de vuelta a su casa.

El mensaje con sus disculpas llegó ni bien volví a mi departamento. Yo también le pedí perdón, aunque esta vez era inocente. Supongo que así dejaba mi conciencia tranquila. De todas maneras, fuera fiel o no, nunca íbamos a llevarnos bien. Tampoco jamás íbamos a amar a otra persona como nos amábamos. Una frase parecida le escribí en el último de los miles de mensajes que nos

mandamos esa madrugada.

Intenté que las cosas funcionaran mejor. Saqué un turno con un psicólogo. Ojalá hubiera sido el licenciado Levy, que resolvía mis problemas con espadas y muñecos. Este era un cincuentón de gestos pretenciosos que citaba de memoria los ensayos de Freud. Le dije que había soñado con *El principito,* y me preguntó si eso tenía alguna connotación sexual. Le conté que mi problema era que no podía conformarme con una sola mujer, y me quiso hacer pensar que quizás no me conformaba ninguna, porque en realidad quería encontrar a un hombre. Fui a otras dos sesiones: en la segunda, reflexionó sobre si yo buscaba una novia o una madre; abandoné tras la tercera, cuando me preguntó si yo no tendría tantos amigos homosexuales porque pedía ayuda para salir del clóset.

También fui a un psiquiatra que me diagnosticó trastorno de ansiedad. Según él (un hombre bastante grande, campechano, que insistía con llamarme «corazón»), en lugar de fumar, comer en exceso o cualquier otra actividad compulsiva, yo elegía tener relaciones sexuales *a diestra y siniestra.*

El Rivotril lo compré por si lo necesitaba de urgencia, pero ni loco pensaba tomar uno por día, a la mañana, ni bien me despertaba, como él me había indicado en la receta. En cambio, empecé a tocarme más seguido: así bajaba la ansiedad y me mantenía lejos de las tentaciones de la carne. Pero llegaba un momento en que tenía que hacerlo otra vez, incluso aunque me masturbara. Era algo más que calentura, eso lo tenía claro, pero tampoco era capaz de entender del todo los motivos. Bastó que una cantante apareciera en la productora, que me sonriera un par de veces, que dijera que se había peleado con el novio, para que yo enseguida le preguntara si quería ir a tomar algo. De cara parecía un sapo, con los ojos saltones y la boca demasiado grande, pero tenía un cuerpo escultural. El culo de tu vida, me dijo el productor cuando la cantante se despidió después de decirme que habláramos en la semana para coordinar una salida.

Pensé que nada más importante iba a pasarme por esos días, pero un domingo, en la parrilla, papá masticaba callado y con los

ojos idos; mamá tampoco hablaba, ni siquiera con el mozo cuando se acercó a preguntar si había encontrado algo mal en la comida, porque el puré de calabaza, el filet, hasta el vaso de vino estaban intactos. Hice lo que me correspondía: hablé yo. Les conté que había conocido a mis suegros, que la próxima vez podíamos pasar Navidad las dos familias juntas, que en el trabajo me iba bien y que había compuesto algo de música, pero todavía nada concreto. Como ninguno de los dos pareció escucharme, cambié de tema: les pregunté si pensaban hacer o no el viaje a Italia que venían planeando. Recién entonces papá levantó la cara para mirarme a los ojos, y mamá pasó el brazo por encima de los jazmines del centro de mesa que le gustaban tanto, me agarró la mano, me la apretó fuerte y con la voz quebrada me avisó que tenía algo difícil para contarme.

Caniche Toy

> Tanto el hombre como la mujer, en perfecto estado de salud, necesitan de cierta prudencia y de mucha delicadeza de sentimiento para conservar su mutuo afecto y poetizar su pasión. El hombre no debe exigir los favores de la mujer; debe pedírselos solamente, respetando siempre sus susceptibilidades.
>
> *Ciro Bayo*

Hubo un tratamiento, un hospital, un médico demasiado serio y de cejas gruesas, una enfermera que repartía estampitas de san Pantaleón. Mamá perdió la energía, el pelo, el brillo de los ojos, la voz y hasta el perfume de su piel, que cambió por un tufo resquebrajado. Tenía los brazos demasiado flacos y los ojos hundidos en dos manchas oscuras. La acompañé lo poco que quiso que la acompañara, demasiado asustada como para pasarle el temor a su hijo —aunque su hijo ya hubiera pasado los treinta años— convencida de que era su marido el que tenía que hacerse cargo. Desde el principio, había quedado claro que las esperanzas eran pocas, y la velocidad con la que se fue ni siquiera me dio tiempo a rezar por un milagro. El cáncer de páncreas se la llevó en poco menos de dos meses. Un llamado de papá a la madrugada, correr al hospital, despedirse de una máscara conectada a mangueras, tubos, el bip de las pulsaciones. Después hubo un cementerio, una corona de flores, los cascotes de tierra que esparcimos sobre el cajón, bajo la llovizna.

En las noches, un silencio largo interrumpido por arranques de llanto. La ilusión de soñar con ella era lo único que funcionaba para encontrar un poco de paz y lograr dormirme. Pero despertaba igual de vacío, resignado a que nunca más iba a escuchar la voz de

mamá, que ya no iba a poder abrazarla como jamás lo había hecho, y que el hijo que había sido para ella también yacía enterrado bajo esa tumba que junto a papá visitamos con un ramo de jazmines, cada domingo, durante los meses siguientes.

El mundo se me hacía ajeno en esos días, y la única certeza era que con la partida de mamá me había quedado sin refugio. No era el único. Ahora papá vivía solo y casi ni salía del departamento. Había vendido el negocio, porque decía que entre mi mudanza, la ausencia de mamá y que todavía no había nietos, no tenía para quién trabajar. Le dije que ese negocio era su vida. Dijo que no, que nunca le había gustado. Solamente había hecho lo que le habían dicho que hiciera. Por eso se pasaba la mayor parte del tiempo mirando televisión. Como mucho, iba al supermercado o a jugar algún numerito a la lotería. Una vez por semana cenábamos en una parrilla que habían abierto en donde antes estaba el videoclub del barrio. Caminaba llevándome del hombro, no solo como un gesto que yo interpretaba como de orgullo, también porque parecía necesitar de apoyarse en su hijo. La muerte nos había acercado. Papá hablaba mucho más, contaba sobre su infancia en un rancho en medio de un descampado, y yo empezaba a darme cuenta de que detrás de ese hombre solitario y silencioso, capaz de hacer tronar las paredes en un arranque de furia, se escondía un chico criado a golpes que había sido lanzado a la vida. Entre tragos de vino tinto y pedazos de carne cocida sobre las brasas, me contaba de las patadas que le daba la madre para despertarlo, del padre que había muerto cuando él iba a segundo grado y había tenido que dejar la escuela y ponerse a trabajar para que hubiera por lo menos un plato de sopa en la mesa. Repartiendo diarios. Cavando pozos ciegos. Ayudando a un albañil a sostener un caño. Ni plata ni comida ni educación. Eso hasta que la madre lo encerró pupilo en un colegio de monjas. Y con las mujeres, lo mismo: se relacionaba como podía. ¿Qué decirles cosas lindas ni qué ocho cuartos? Lo hacían en los yuyos, sin previa ni nada, rápido y antes de que la mina se arrepintiera. Había que apurarlas así porque todas se hacían las señoritas. Nada de que las mujeres podían coger para divertirse. O te casabas o te

las cogías de arremetida. Por eso tu mamá…, decía papá y se frenaba, los ojos se le llenaban de lágrimas, la mirada perdida en el ventanal, los dos callados en esa mesa, bajo las aspas chirriantes de un ventilador de techo.

Lo único que lo distraía era que le contara de las mujeres. Sonreía pícaro, se le encendían los ojos. Decía que a los sesenta años lo habían dejado de mirar. Agachaba la cabeza, me mostraba la aureola cada vez más grande de la pelada. Había que tener mucha plata para que le dieran bola a un viejo. Y él nunca había disfrutado de pagar; otros tipos sí, pero él prefería la conquista, hacer que la señorita de a poco se aflojara. Se reía como un chico que se acordaba de una travesura; la risa lo hacía toser: sacaba su pañuelo de tela del bolsillo de la camisa.

Le confesé que con Romina habíamos decidido darnos un tiempo. Aprovechamos que viajaba a visitar a su familia, que la relación no funcionaba, que yo me portaba mal y que ella desconfiaba cuando la engañaba, pero también cuando era inocente. A Romina además le había dicho otras cosas: que quizás así se nos pasaba el enojo que teníamos los dos y que nos hacía reaccionar como reaccionábamos, que necesitábamos reconectar, que no tenía dudas de que íbamos a compartir el futuro juntos, solo nos faltaba entendernos mejor, que se dejara de joder con los celos, y yo aprendiera a darle la seguridad que evidentemente no le sabía dar. Esta vez iba a ser un tiempo más largo, quince días, sin hablar ni mandarnos mensajes ni nada, lo que necesitáramos para recapacitar sobre nuestro vínculo. Se lo había repetido muchas veces: nos amábamos con más pasión de la que podíamos soportar. A veces me sentía un cínico, pero nada de lo que le decía era falso. Al contrario, realmente lo creía así: la amaba demasiado. Lo que hacía con otras mujeres era parte de una necesidad física, pero sobre todo mental (cada vez me convencía más de que se trataba de eso), que me empujaba a ellas.

Aprendía. Sobre las mujeres, pero también sobre mí. Lo que prefería. Lo que experimentaba en el cuerpo. Los secretos de los que nadie hablaba, ni siquiera en internet. Charly me despertó la

curiosidad. Me contó del perineo, del punto G de los varones. Cómo acababa cuando él era el pasivo. Me había pasado horas leyendo cómo estimular a las mujeres, pero nunca había aprendido nada sobre mi cuerpo. Según Charly, la culpa no era mía: los hombres no sabían dónde encontrar el clítoris, pero tampoco ninguna mina te estimulaba el perineo, ¿o sí? Seguro ninguna me lo había estimulado. Todas iban directo al pito, como si fuera lo único. Me dijo que probara yo mismo, ni siquiera hacía falta que me metiera un dedo: la caca, al pasar por el intestino grueso, estimulaba el punto G: me recomendaba que la próxima vez que fuera al baño estirara lo más posible ese momento.

Algo de eso chateamos con una tal Sony Fassbinder, después de preguntarle por qué me había enviado una solicitud de amistad. Resultó que era una sugerencia de Facebook porque teníamos una amiga en común, una de mis amantes (ella decía «chongas») de hacía más tiempo, pero Sony no la veía hacía siglos, y yo la tuve que buscar en la lista para acordarme. Había más en común: vivíamos en el mismo barrio, los dos preferíamos los boliches gays y la música electrónica. Sony era mucho más joven, recién cumplía veintitrés, creía en el amor libre, había hecho tríos, se acostaba con mujeres; su ídola era Britney Spears, sobre todo desde el *breakdown* de 2007. Quedamos en encontrarnos para tomar algo en un bar a mitad de camino entre los dos, una mesa en la vereda, lejos de la ventana, porque adentro un bigotudo de camisa abierta y sombrero rasgueaba unos tangos en la guitarra. Hablamos un poco de política, de un *boiler room* de Richie Hawtin, y apenas la botella de vino quedó por la mitad retomamos la conversación que habíamos empezado por chat: Sony me recomendó el sexo con drogas; le contesté que ya había probado, pero a las apuradas en el baño de una fiesta; me invitó a que probara otra vez en su departamento.

Un ph frente a la plaza Almagro. Lo había decorado con luces de Navidad, siguiendo la línea de un ventanal que enmarcaba la copa de los árboles. Tenía una cama tamaño Queen con un acolchado peludo y blanco, un perfume a sándalo de una vela que prendió después de dejar su cartera sobre una silla y servir dos copas de

vino blanco que apoyó sobre la mesa de luz. Brindamos. Preguntó si quería un poquito de MD; le dije que estábamos tomando alcohol, pero ella hizo un gesto que dio a entender que era un quisquilloso, buscó en la cartera y sacó un papel doblado que abrió bajo la luz del velador. Se mojó un dedo con la lengua, lo pasó por unos cristales en el papel y me pidió que se lo chupara. Un sabor amargo y salado que tragué con otro sorbo —me prometí que iba a ser el último— de vino blanco.

Sony era una gurú del sexo. El dedito en el culo, decía, con un desparpajo que me incomodaba. Yo había tenido sexo bajo los efectos del éxtasis antes, pero según ella esto no era exactamente éxtasis, era MD, ideal para esas situaciones. ¿Qué situaciones? Me hizo acostar, me sacó la ropa, me ató a la cama con unas esposas que sacó del cajón de la mesa de luz. Yo quería que se me sentara encima, pero me dijo: Tranquilo. ¿Quién te corre? La noche es larga. Y me besó desde el cuello y hasta que llegó a los pies.

Un dedo que me apretaba justo en el centro del cuerpo, las luces de Navidad, el perfume del sándalo, la trompeta lisérgica de Miles Davis en *Bitches Brew,* ese disco que Sony me presentó junto con ese dedo que ahora buscaba hundirse para acariciarme por dentro. Me dejé hacer. Gemí cuando me la agarró dura, las venas hinchadas, un tronco caliente palpitando en su mano, haciéndome arquear, la vibración de la piel en dirección al cerebro, agarrarme de las esposas cuando el orgasmo saltó con un chorro brillante dejando un camino perlado que me recorrió desde el pecho hasta el dedo de Sony, que se retiró en medio de una contracción final, mi cuerpo caliente, abierto sobre la cama.

Se levantó para ir al baño y volvió con agua y papel higiénico. Me sacó las esposas y me dio el papel para que me limpiara. Preguntó cómo me sentía, me ofreció agua. Me limpié el pecho con el papel, me incorporé para tomar un sorbo que me calmó un poco la respiración, me acaricié las muñecas marcadas por las esposas. Había sentido algo completamente distinto a lo que estaba acostumbrado a sentir. Por un momento casi había perdido la conciencia, volando en sensaciones de mi cuerpo que el MD había

expandido hasta mi cabeza, pero también más allá, como si arriba y fuera de mí también existiera el placer.

A Sony le dije que con mi novia habíamos cortado hacía poco. En parte era cierto. Aunque técnicamente seguíamos siendo novios, habían pasado los quince días de su viaje y todavía no habíamos vuelto a hablar. Me contestó que no necesitaba ningún tipo de explicación. Yo era libre de hacer lo que quisiera. Igual que ella, por supuesto.

Esa noche, cuando volví al departamento, me encerré en el baño para hacer lo que Charly me había aconsejado. La sensación en el punto g y un porro que fumé mientras tanto me subieron la droga otra vez. El placer que había sentido con Sony se repitió, ahora sentado en el inodoro.

Sony hablaba de sus *chonguex,* hombres y mujeres, contaba sus aventuras en los boliches de Buenos Aires: botellas de champagne, fiestas, fines de semana navegando con algún hijo de millonario. Eso era lo que menos me convencía. Se la pasaba hablando de restaurantes de lujo, habitaciones de hoteles cinco estrellas que visitaba de la mano de alguno de sus amantes, porque ella nunca tenía un peso y su sueldo de secretaria administrativa apenas le alcanzaba para pagar las cuentas. Soñaba con viajar a Miami. Yo trataba de explicarle que lo material no era importante, pero según ella decía eso porque nunca me había faltado nada.

Me volvían loco sus fotos. Saliendo de la ducha, completamente depilada, invitándome a pasar la noche con ella. Yo dejaba lo que estuviera haciendo (la banda de Charly llevaba un tiempo sin juntarse, así que aprovechaba para probar mis propios sonidos, mezclar algunas pistas, retomar el proyecto de grabar mi disco) y corría a verla.

No había nada de amor. Con Sony solamente cogíamos. Y lo hacíamos bien, encontrando placer en lugares que nunca había conocido, borrando las fronteras del sexo. No era una chica tradicional, pero ya había perdido demasiado tiempo con chicas tradicionales. Miraba porno con enanos (a mí jamás se me había ocurrido que existiera eso), se burlaba porque había sido

monaguillo… ¡Justo a ella se le había cruzado un chico como yo!, ella que era un demonio, que me iba a pervertir como no me había pervertido nadie, y de hecho tenía que pedirme *un favorcito.* El mismo bar donde nos habíamos juntado la primera vez. Habíamos pasado el sábado en la cama, con restos de pizza del mediodía, las sábanas revoleadas por cualquier parte. Quisimos salir porque corría la brisa de las noches de verano. Brindamos con una cerveza, pedimos empanadas de carne picante, terminamos de contarnos la infancia de cada uno. La de ella había sido difícil, con un padre ausente, una madre que había encontrado otro marido demasiado rápido, que había formado una familia con él, que la había dejado afuera. Cuando pedimos la cuenta, se reconoció lo suficientemente borracha como para aclararme que no la enorgullecía tener que pedirme, pero se le vencía el alquiler. Estaba buscando a dónde mudarse, había encontrado un departamento en San Cristóbal, pero necesitaba una garantía, quizás también un préstamo para el adelanto. Me juraba que me iba a devolver por lo menos la mitad apenas cobrara una deuda que… Dejé la empanada en el plato y me limpié con la servilleta: le dije que me encantaría ayudarla, pero que ni loco tenía esa plata.

Cuando le conté a Danny dio por sentado que la mina quería vivirme. Si no era puta, le pasaba rozando; quizás no puta, pero sí gato de boliche, de esas que te cogen hasta que les ponés un departamento a su nombre. Yo no estaba tan seguro, pero pensaba mantenerme alerta. Mientras tanto, iba a disfrutar hasta que la aventura se diluyera, igual que las demás. Fumábamos en el departamento, cuatro botellas de cerveza en el suelo, el Panza Morcillo hundido en el *puff.* El Nene Herrera se la pasaba de joda en Miami, y de Mariano Puente supimos que se había querido tirar por el balcón y lo habían internado en una clínica psiquiátrica; aparentemente se había metido en la cocaína. Pobre chabón, dijo Danny, y quedamos en que algún día podíamos visitarlo. ¿Y vos seguís siendo fiel?, le pregunté, fumé otra seca del porro, tiré el humo contra el reflejo de la luz de la lámpara de lava que me habían regalado los pibes para festejar la mudanza. Por supuesto,

eso es irrenunciable. ¿Qué podía encontrar en otra mina? Un agujero es un agujero; las cosquillas en la cabeza de la chota son las mismas. ¿Para qué iba a arriesgarse? Él se quedaba con su novia, que ya la tenía bien amaestrada.

Quizás porque había fumado demasiado porro, porque Danny sonaba tan seguro, pero esta vez entendía a mi amigo. No sus motivos, mucho menos la forma en que se refería a su novia como si fuera el delfín de un acuario. Pero yo también, sin darme cuenta, no encontraba razones para buscar otra mujer. Con Sony era fiel sin esfuerzo. Al contrario: me parecía completamente natural. A Danny le llamaba la atención otra cosa: Ah, ¿sí? —y le daba una seca al porro—, ¿la mina es bisexual? —una seca más—, ¿le da mucho a la droga? Y el Panza Morcillo sonreía con los ojos pícaros a medio abrir, detrás de una nube verde.

La verdad era que yo quería cambiar, y Sony parecía ser la indicada para ayudarme. Estaba harto de las mentiras. Hasta compuse dos canciones que tenían que ver con mi nueva manera de entender el amor, la necesidad de construir una nueva conciencia, convertirme en un hombre libre de sus propias ataduras. Pensaba decírselo a Sony, hacerle una propuesta «formal», por usar una palabra que a ella seguro le iba a causar gracia. Pero ese jueves terminaba de cerrar unas pistas, casi a punto de irme de la productora, porque nos íbamos a juntar temprano. Me sonó el celular. El número era desconocido. Atendí pensando que a papá le había pasado algo. La voz potente de Romina, que me decía de vernos esa misma noche: Tenemos que hablar, ¿no? Ya había pasado el tiempo suficiente, ¿no? ¿O ya no la amaba más? Porque ella me había extrañado, ¿y yo? ¿La había extrañado o estaba mejor sin ella? Miré la hora en la pantalla del monitor. Calculé el tiempo: podía encontrarme con Romina, hablar lo que tuviéramos que hablar y juntarme con Sony. Le dije que sí, que en media hora, pero para hacer más rápido le pedí que mejor ella viniera a verme.

Llegó con dos hormas de queso de campo que había traído del pueblo de sus padres, con la sonrisa de conejo, con sus muecas para decirme bebi, tonti, te extrañé muto. Me apoyó la punta fresca de la

nariz en la cara, me dio besitos tiernos, me confesó que recién ahora entendía que había sido muy tonta muchas veces; no sabía por qué era así de celosa; le agarraba como una rabia, pero reconocía que por su culpa casi perdemos nuestro amor; por eso: quería decirme que había cambiado, confiaba en el amor de su vida, confiaba en su hombre, nunca más iba a hacerme una escena o a sospechar ni nada, y me miró a los ojos, la piel suave, sus pecas que me hacían derretir, esos ojos de angelito; perdón, dijo Romina, me dio otro beso, despacio, en la punta de la nariz, me abrazó fuerte, me mordió el cuello, fuimos a la cama.

¿El viaje qué tal?, pregunté después de acabar con la intensidad con la que acababa con Romina. ¿Mucho frío? ¿Había comido asado a la cruz? Me contestó que ni había salido de la casa de sus padres. Yo lo mismo: casi ni me había movido del departamento, había estado casi todo el tiempo trabajando con mi proyecto de música. Romina me felicitó por haberme puesto las pilas con eso. Llevábamos una hora y media. Seguíamos desnudos en la cama. Sony me estaba esperando. Decirle a Romina que salía con un amigo, que ya había quedado, que tenía que verme con papá… La conocía lo suficiente como para saber que nada de eso iba a funcionar. No le creía ni una palabra de lo que había dicho. Jamás iba a cambiar. Cualquier cosa que le dijera iba a empezar una discusión. Pensé en mandarle un mensaje a Sony, decirle que había tenido un problema, que por favor nos viéramos al día siguiente, pero el celular había quedado a la vista de Romina, y si lo agarraba iba a sospechar. Se me ocurrió decirle que se quedara a pasar la noche, esperar a que se durmiera, mandarle un mensaje a Sony para… Bueno —Romina se paró para buscar la campera de cuero que había apoyado sobre una silla—, me voy que mañana me levanto temprano. De todas formas, le pregunté: ¿No te querés quedar a dormir?, para quedar bien y porque sabía que la respuesta iba a ser la misma.

Nos despedimos con un beso en la nariz. Era una despedida pasajera: quedamos en que nos hablábamos al otro día, quizás para ir a comer o para ver una película en el cine, algo que los dos

tuviéramos ganas, o si no algo distinto, lo que yo quisiera. Le dije que sí, cerré la puerta y corrí al ascensor para mandarle un mensaje a Sony. Le pedí disculpas, pero había tenido un problema en el trabajo. ¿Y si nos encontrábamos a las once y media? Entré a darme una ducha, me unté crema de afeitar, me depilé completamente, igual que ella, que odiaba los pelos. Me puse un pantalón limpio, una camisa blanca, desodorante Intense. Me fijé si me había respondido. Nada. La llamé, así era más fácil. Tampoco atendió. Probé una vez más, y lo mismo. La tercera contestó la voz: «El teléfono al que usted llama se encuentra apagado o fuera del área de cobertura».

Con el paso de los días, supe que había aparecido un empresario del juego, también de la noche, que Sony había conocido un verano en Punta del Este mientras trabajaba como promotora. El tipo tenía casi cincuenta años, los bolsillos le reventaban de tarjetas de crédito, le había prestado la plata para pagar el alquiler y un poco más, que Sony podía usar hasta que consiguiera un trabajo nuevo. Por supuesto que ya le había prometido que la iba a contactar con un amigo que justo buscaba una modelo para su cadena de ropa interior. El tipo además la había invitado a pasear en su yate. Eso no lo supe porque Sony me lo contara. Lo vi en su Instagram; era la primera persona que conocía que usaba esa red social, y cuando no me contestaba los mensajes revisaba sus fotos para descubrir con quién andaba.

A veces ni siquiera era necesario buscar tanto. Un día encontré un preservativo usado en el tacho del baño de su casa. Yo sabía que Sony se veía con otros, era su derecho, pero encontrar la evidencia… Salí temblando. Me preguntó qué me pasaba, y le dije la verdad. Ni siquiera trató de mentirme. Prendió el sahumerio que tenía en la mano, lo clavó en la maceta de una suculenta y me lo confesó sin vueltas: Sí, me vi con mi otro chongo, ¿cuál es el problema? ¿Cuál era el problema? Me desesperé. Lo único que quería era llamar a Romina, pedirle por favor de encontrarnos, prometerle que nunca más nos íbamos a separar. Pero otra vez iba a caer en la misma ilusión inútil. Tragué saliva, miré a Sony a los

ojos, le agarré la mano, le dije: Tenés razón, perdoname, es asunto tuyo, y además no éramos novios, y aunque lo fuéramos ella desde el principio me había aclarado que creía en el amor libre; no tenía ningún derecho en reclamarle. ¿Qué pasó, *Roberto*? Sony me apretó los dedos. ¿Ya te me enamoraste?, con una risa de diva. Pero enseguida se puso seria para decirme algo que iba a recordar muchas veces desde ese día: Quedate tranquilo que, pase lo que pase, vos siempre vas a ser el número uno.

Le creí, pero los días siguientes le escribía para vernos y me contestaba con monosílabos, mucho tiempo después, o ni siquiera me contestaba. Un día me prometió que luego me llamaba porque ahora estaba cenando en un restaurante *muy top*. No me quiso decir con quién, pero lo imaginé. Otra vez no hubo respuesta por dos días. La tercera me confesó que no podíamos juntarnos porque se levantaba temprano para ir a ver departamentos con el otro tipo. Resulta que él lo había pensado mejor, y en lugar de pagarle el alquiler, según Sony, su *sugar daddy* le iba a comprar un departamento. Obvio que iba a ponerlo a nombre de ella; por supuesto que ella no le iba a deber nada: era su regalo, un regalo que él quería hacerle. Habíamos vuelto a vernos, recién terminábamos de chuparnos cada centímetro de piel. Le pregunté si de verdad pensaba que el tipo le iba a poner un departamento a su nombre. Tiene mucha plata, contestó Sony y me pidió que mejor cambiáramos de tema.

Una noche nos juntamos a cenar con papá. Todavía me costaba mirarlo a los ojos y creo que a él también le pasaba lo mismo. Ninguno de los dos había sido criado para demostrar sus sentimientos. Pero la falta de mamá era un dolor demasiado profundo, y supongo que los dos nos sentíamos vulnerables. En sus últimos días, mamá había dicho lo que había guardado en silencio durante tantos años: el que la había enfermado había sido papá, sus gritos, los cuernos que le había puesto, lo que había tenido que soportar como si ella fuera una tarada. Yo trataba de convencer a papá de que hablaba así porque el cáncer le había llegado al cerebro. No era ella, sino esa enfermedad de mierda la que le

reprochaba. Pero a él nada le sacaba la angustia.

Me animé a pedirle consejos. Los necesitaba. Sin decírselo directamente, pero hablando con la franqueza con la que había hablado con mi mejor amigo, y contarle que había conocido a esta chica moderna, muy distinta a las novias anteriores, decidida, con la mente abierta… El problema era que le importaba demasiado la plata. Yo tenía que pagar la cuenta cada vez que salíamos a tomar algo, y además ahora me pedía prestado para el alquiler… Papá le dio una pitada a su cigarrillo y exhaló el humo con las cejas levantadas, mirándome como si estuviera un poco decepcionado, quizás con sorpresa, de que yo no lo supiera todavía: ¡Pero sí, hijo mío! ¿Para qué te pensás que estamos los hombres? Bienvenido al club. Ese es nuestro trabajo: mantener a la familia, aguantar las ganas de irte a la mierda todos los días de tu vida… aunque tu madre… Volvió a ponerse triste, tiró la colilla del cigarrillo, tragó un sorbo largo de vino. Sonaba una cumbia en el parlante sobre la barra. Un bife chirriaba sobre la parrilla. Papá me preguntó si quería algo más, un café, un postre, un flan con dulce de leche. Le dije que no necesitaba nada. Insistió en darme plata para que me comprara algo.

Nada habría cambiado si hubiera sido por mí, pero las circunstancias me obligaron a decidirme. Resultó ser que al final el departamento no iba a estar a nombre de Sony, eso no, pero era sin cargo. El tipo iba a comprar un departamento y se lo iba a alquilar a ella, le había prometido que podía quedarse el tiempo que quisiera. Iban a firmar un contrato donde figurara que el alquiler era a un precio fijo, muy bajo. Ya estaba acordado. Faltaba efectivizar la compra, firmar, y Sony iba a tener su departamento.

Lo venía pensando, sobre todo después de la charla con papá, pero yo mismo me sorprendí de mis palabras. La invité a cenar a uno de esos lugares caros a los que ella iba con sus amantes. Comimos (yo me pedí los ñoquis de papa porque era el plato más barato), brindamos con dos copas de champagne, y le dije que tenía una propuesta para hacerle: si el departamento no figuraba a su nombre, era lo mismo ese alquiler o cualquier otro; si era por eso,

yo podía ofrecerle algo, no pagarle el alquiler, con mis ingresos era imposible, pero podíamos vivir juntos. ¿En tu departamento?, preguntó Sony. ¿Estás seguro? Y yo le respondí que más seguro que nunca.

Durante mucho tiempo me convencí de que mi primera convivencia había sido por una cuestión de solidaridad: quería ayudarla a que su vida fuera un poco más fácil. Es que de ninguna manera me sentía enamorado; Sony estaba lejos de ser el alma pura que —en esto aquel psicólogo de manual quizás tenía razón— podía funcionar como reemplazo para mi madre. Veía a Sony como una amante, jamás como una novia y mucho menos como una esposa. Sin embargo, después de años viviendo solo, de repente compartía mi departamento con esa mujer que apenas conocía, con la que exploraba las nuevas posibilidades del sexo, que me fascinaba con su desparpajo y su libertad. Tuvieron que pasar meses para que dejara de autoengañarme con la idea de que había obrado como un buen samaritano y asumiera que la verdadera razón por la que había invitado a Sony a vivir conmigo era porque tenía miedo de que se fuera con otro.

Las rutinas aparecieron rápido y me adapté casi sin darme cuenta: cocinar para la cena, servir los platos, que nos turnáramos para lavarlos, asegurarme, antes de irnos a dormir, de que la puerta del departamento estuviera cerrada (ese gesto que había escuchado hacer a papá tantos años desde mi habitación). Le preparaba el desayuno: tostadas con manteca y mermelada de arándanos, café con dos cucharadas colmadas de azúcar. La despertaba con un beso en la frente. A veces Sony abría los ojos, a veces me hacía señas de que dejara la bandeja con el desayuno en el piso y desplegaba las sábanas para que me acostara de nuevo con ella. Entonces sí: desayunábamos, nos bañábamos juntos, Sony se quedaba en casa con su notebook buscando cómo seguir adelante, y yo me iba a trabajar a la productora.

Pero cuando volvía no había nada para comer, la vajilla seguía sucia desde el mediodía, la cocina estaba desordenada, el papel higiénico se había terminado, y Sony seguía tirada en la cama con

su computadora. Le había dado un techo, le pagaba la comida, los servicios, internet… Me parecía que por lo menos podía resolver algunas cuestiones mínimas: que hubiera papel higiénico, preparar la cena. Pero Sony odiaba que le dijera eso: ¿Qué?, por fin levantaba la vista de la pantalla. ¿Tengo que ser tu mucama? Nada que ver, pero si trabajaba para que ella tuviera casa y comida, y ella se quedaba encerrada todo el día… ¿Me estás echando en cara que soy una mantenida?, los ojos le echaban fuego. Y yo gritaba como gritaba con Romina, porque no podía creer que encima de que me rompiera el lomo trabajando, que ya no tenía plata para comprarme nada, que hasta la plata que me regalaba mi padre se iba en los caprichos de Sony —en sus cenas en restaurantes de lujo, sus salidas a bares, la ropa que se compraba con mi tarjeta de crédito porque la suya nunca tenía fondos—, encima tuviera que escuchar que me acusara de echarle en cara algo. Me sentía como una máquina de generar ingresos que mi mujer iba a gastar también como una máquina. Era papá. Lo entendía. Ahora sí que lo entendía. Pero, a diferencia de mamá, Sony peleaba, y lo peor era que la plata que gastaba en ella nunca era suficiente para que se quedara conmigo.

Al otro chongo lo había dejado de ver, según me había contado. Le creí, no por ingenuo, sino porque ella nunca mentía con esas cosas, y no tenía motivos para desconfiar. De hecho, me había repetido varias veces que la nuestra era una relación libre: si no era este chongo, iba a ser otro, pero nuestro vínculo era indestructible.

Al principio, tener una relación libre me había parecido una gran idea. En los hechos y a medida que conocía a Sony, la amenaza de que apareciera un millonario que se la llevara era constante. O ni siquiera: bastaba con que el tipo tuviera la plata suficiente como para pagarle el alquiler de un dos ambientes. Pero no era lo único. Yo había entrado en la productora con la ilusión de convertirme en una estrella del pop y apenas había llegado a esbozar un tema que nunca terminaba. Tenía la esperanza de que el editor se fuera algún día y me dejaran su puesto, pero pasaban los años y seguía tan *junior* como al principio. Lo más cerca que había estado de construir algo interesante había sido con la producción de un par de

canciones del grupo de Charly. Además estaba preocupado por la plata. Nunca había tenido problemas económicos, ni siquiera cuando vivía solo; ahora gastaba el doble y seguía cobrando lo mismo, los precios aumentaban… Me daba vergüenza tener la edad que tenía y no ser capaz de darle a mi mujer la vida que ella soñaba. ¿Qué iba a pasar cuando tuviéramos familia? Mejor que empezara a planificarlo.

Mientras tanto, volvía al departamento, abría la puerta, y Sony seguía acostada, harta de mandar currículums y de buscar trabajo, pasando historias de Instagram en el celular, una copa de champagne en la mesa de luz. Me saludaba con un beso, me preguntaba qué quería comer, ella tenía hambre; podíamos pedir sushi, por ejemplo, o unas buenas costillas de cerdo braseadas. Y yo sacaba la billetera del bolsillo y le mostraba que me había quedado sin plata, ni un centavo, nada, y la tarjeta de crédito al límite y el arroz con verduras del mediodía para comer también en la cena. Al rato terminaba pidiendo sushi, pagando con el último resto de la tarjeta de crédito, pateando la deuda para adelante. Si había que pagar, pagaba. Aceptaba mi rol de hombre. Pero a la noche, cuando Sony se había dormido, me escabullía en puntas de pie para espiarle el celular: quería saber si se escribía con alguien, si se preparaba para irse o si yo pagaba la ropa interior nueva que otro le sacaba cuando me iba al trabajo.

Todo parecía encaminarse al desastre de siempre. Pero esta vez yo había tomado una decisión. Es posible que Sony también, porque me lo planteó ella misma: le estaba costando esa vida, odiaba el lugar de ama de casa y no pensaba hacerlo. Ella en su casa siempre se había manejado con total libertad. Aceptó que yo tenía razón en lo que le decía, no en la forma en que se lo decía, pero sí en reprocharle los gastos. Se había pasado la vida buscando un tipo con plata porque nadie le había enseñado nunca que tenía que hacer otra cosa… ¿Estudiar? En su casa jamás le habían dicho que estudiara; que trabajara sí: de camarera y por dos pesos, sirviéndoles cerveza a pendejos pajeros hijos de millonarios a ver si enganchaba alguno. Pero tampoco quería ser ama de casa ni pasarse

el día encerrada, y yo tenía razón en que tenía que hacer algo con su vida. Quizás por eso me había elegido, porque yo era más grande y le abría los ojos con esas cosas. Habíamos tomado MD, y por eso me sentía lo suficientemente empático como para retribuirle que se hubiera sincerado de esa manera conmigo y expresarle lo que me pasaba: la costumbre de pelear a los gritos que mantenía desde la relación con mi ex, la frustración de sentir que había fracasado en mi sueño de ser David Bowie, que lo único que hacía era trabajar y ni siquiera así podía darle la vida que ella soñaba. ¡Tampoco trabajás tanto!, me dijo Sony, y los dos nos reímos, porque era cierto.

El MD nos hacía entender mejor. Yo no quería sufrir lo mismo que mis padres. Sony tampoco. El mismo hecho de que habláramos de lo que nos pasaba nos hacía diferentes. Nunca los había visto hablar así a papá y mamá. Era algo que con Sony nunca pensábamos resignar. Ninguno necesitaba vivir más relaciones tóxicas. Habíamos quedado demasiado lastimados. Nunca me había contado, porque ni quería acordarse, pero ella había sufrido mucho, Junior, y me miró fijo. Me contó de su novio cocainómano que salía de gira, volvía cuatro días después, la despertaba para cogérsela a la fuerza. Mucho más emocionada de lo que solía demostrar, sentada en nuestra cama donde otras veces nosotros habíamos cogido pero drogados, ahora sin sexo (quizás dentro de un rato), sin música (recién terminaban de disiparse los ecos de «Time», de Pachanga Boys), con un silencio largo interrumpido por los pistones del camión que, en la calle, levantaba la basura… ¿Y entonces cómo seguimos?, suspiré el aire de la anfetamina. Sony me dijo que la ponía feliz habernos compartido lo que nos pasaba; ella ya había sufrido demasiado en sus relaciones: si yo estaba de acuerdo, quería intentarlo una vez más; si no, levantaba sus cosas y se iba tan reina como el primer día.

Esa conversación pareció encaminarnos. Sony se decidió a dar clases de inglés (había estudiado dos años para traductora), así yo no sentía la presión de mantener solo eso que ninguno de los dos nombraba, pero que empezaba a parecer un hogar. Además le venía

bien, porque iba a dejar un poco el departamento.

En ese nuevo comienzo salíamos a bares, a bailar, a comer pizza en Puerto Madero. Íbamos a recitales de bandas *indie* a sacarnos fotos que Sony subía a su Instagram. Las caras juntas, la boca haciendo trompita, los ojos chinos por unas AK-47 que le compraba al *dealer* que venía a la productora. Lo difícil era seguirle el ritmo. Sony era más joven, nunca se cansaba de salir. A veces yo la acompañaba, pero casi siempre iba a bailar con sus amigas y yo me quedaba en el departamento componiendo mi música, tranquilo, tomándome mi vodka con jugo de naranja (lo único que no había cambiado desde el secundario), mirando a cada rato la hora para calcular en qué momento ella iba a volver a casa.

Una madrugada, me había contestado el último mensaje —decía «todo ok», en un rato volvía, no me tenía que preocupar de nada—, pero habían pasado tres horas y media y seguía sin aparecer. Cantaban los zorzales; la radio del vecino del quinto sintonizaba las noticias; yo había tomado una pastilla de clonazepam para tranquilizarme. Pero fue imposible, y por más que quise evitarlo le escribí otro mensaje. Como no contestó, me decidí a llamarla: el celular sonó dos veces y después dio apagado. Hacía lo mismo que había hecho antes, pero para entonces el clonazepam ya había surtido efecto y me quedé dormido lo que pensé que había sido un rato.

Hasta que escuché que abría la puerta. La vi entrar con sus gafas de sol y su ropa de noche. Me frenó con las manos para adelante cuando me levanté desesperado para recibirla; me dijo que tenía que bañarse urgente porque estaba sucia. Pasó de largo y se encerró en el baño. Eran las cuatro de la tarde.

Cuando salió con la toalla alrededor del cuerpo, el pelo mojado, el perfume de la crema de enjuague, por más que apreté los labios y me repetí que iba a mantenerme en silencio, mi desconcierto rugió que no la quería ver más en mi vida, porque… ¿Quién era el tipo? ¿Cuánta plata tenía? ¿Qué le iba a regalar a cambio de cogérsela? ¿Cómo podía ser tan puta de haberse acostado con el primer imbécil que se le apareciera? Y Sony me miró de arriba abajo, un

gesto de desprecio, negando con la cabeza: Vos podés cogerte otra gente, yo puedo cogerme otra gente, ¿cuál es el problema?, y un movimiento de la mano, un «dejame pasar» para buscar su ropa interior en el cajón.

Quería irme, pero yo era el que alquilaba ese departamento. Exigirle que se fuera, pero que no quedara en la calle. Le daba vueltas al asunto, intentaba encontrar una solución, de a poco me convencía. Es que Sony había hecho lo que habíamos dejado en claro que podíamos hacer: ese era el acuerdo, esa era la nueva vida que yo había elegido. No tenía derecho a quejarme, por más que me doliera o que me pareciera demasiado o que me hubiera pasado la noche esperándola.

Me daba asco pensar que un salvaje la había tocado. Sin embargo, cuando terminó de vestirse y se me acercó para preguntarme si me había calmado un poco, si iba a seguir haciendo tanto lío por una pavada que para ella significaba cero, si quería que fuéramos a almorzar un rico *brunch* en Palermo, me escuché responder que la acompañaba.

No volvimos a hablar del tema, excepto para aclarar dos cosas que Sony quiso que aclaráramos: la primera, no tenía nada que perdonarle, porque ella había hecho lo que teníamos acordado, y yo podía hacer lo mismo cuando quisiera; la segunda, había ciertos límites que establecer, así que la próxima vez iba a llegar más temprano. Pensé que podíamos estipular un horario para volver a casa, pero Sony dijo que mejor lo dejáramos a criterio de cada situación. Con esa charla, pensé que nuestros problemas quedaban atrás. Miramos *Tosh,* me metió la mano en el bóxer y a los diez segundos ya se me había parado. Cogimos. Pero las imágenes me atormentaban: Sony chupándosela a otro, poniéndose en cuatro para otro, atando a otro a la cama.

Al otro día subió a su Instagram una foto de los dos juntos, abrazados, haciendo trompita. La habíamos sacado al principio, cuando todavía no convivíamos y, entre cristales de MD y sesiones de sadomasoquismo, planificábamos nuestra relación moderna. Debajo de la foto, escribió: «The ONE I love». Tuvo catorce *likes.*

A la semana recibí el llamado. Sony había salido, y yo pensaba dormir un rato antes de sentarme a trabajar con mi disco. Al fin sentía que avanzaba. Lo que había pasado los últimos días me había devuelto las ganas para intentarlo otra vez. Tenía una letra lista, los *samplers.* Nada más me faltaba agregar mi voz:

¿En dónde estoy?
¿A dónde voy?
No sé quién soy.
¿Soy o no soy?
No soy tu boy.
Mi novio es Roy.
Sin él no voy.
Con vos re estoy.
Yo soy tu toy.
¡Caniche toy!

En esa parte me faltaba agregar ladridos en *loop* con una base electrónica. La melodía era tan pegadiza que me costó dormirme. Recién lo había logrado cuando sonó el celular. El número era desconocido. Debí sospechar quién era. Lo hice, pero de todos modos quise responder.

Había visto la foto. ¿Cómo era posible que ya estuviera de novio otra vez? ¿No sabía estar solo? ¿Hacía cuánto que me cogía a esa trolita? Seguramente desde mucho antes, ¡mentiroso!, ¡hijo de puta!, como el eco de un tiempo que había quedado demasiado lejos. Esperé hasta que terminara de gritar, respiré profundo. ¿Había cambiado el celular? ¡Qué te importa si cambié el celular! Le pedí perdón por haberla hecho sufrir, le juré que a Sony la había conocido cuando ya habíamos cortado… ¡Nunca cortamos, imbécil!, me volvió a gritar. Tenía razón, pero incluso así le deseé sinceramente una buena vida. ¡Metete en el culo tu buena vida!, contestó Romina. Pensé que eso había sido todo. Que por fin me había librado de su locura. Empezaba una nueva etapa. El pasado había quedado atrás definitivamente, y el futuro prometía sorprenderme. Sony había abierto un camino que yo también podía

explorar. Estaba decidido a hacerlo, pero antes tuve que aguantar un pasacalles que, durante más de quince días, una empresa había colgado frente a mi departamento. Decía: ¡Junior Martínez cornudo!: yo también te cagué todo el tiempo que estuvimos juntos. Un arco iris dibujado. «Romi» con letras de corazón. Lo único que rogaba era que fuera lo último que supiera de ella.

A Sony le hizo gracia que mi ex me hubiera dedicado un pasacalles. Le parecía tan noventoso que tenía ganas de hacer una campera con eso. Me dijo que estábamos re locos los dos, mi ex y yo, que éramos dos enfermos. Y la verdad es que cuanto más lejos quedaba Romina más me daba cuenta de que Sony tenía razón. En cambio, nuestra pareja era sana. Los celos habían dejado de ser un tema. Aunque las imágenes de ella con otro en la cama me seguían atormentando cada vez que teníamos sexo, de a poco me acostumbré a pasarlas por alto, hasta que dejé de verlas. Mis problemas ahora eran otros: ¿a dónde llevar a la chica que había reaccionado con un corazón a una foto mía mirando el atardecer en una terraza de Buenos Aires? La foto me la había sacado Sony en un bar del centro. Ella misma se reía de que gracias a sus fotos yo conseguía las citas. De hecho, dudé si anticiparle algo o contárselo al otro día; decidí que mejor lo segundo. Una abogada que vivía con su hermana mayor porque habían venido juntas desde un pueblo de la provincia. Su departamento quedaba descartado, porque la hermana era re monja. La única posibilidad era que fuéramos a un telo. Hacía siglos que no pisaba uno. Me encontré de nuevo en el mismo lugar, casi veinte años más tarde, con otra mujer. Me pregunté si repetía la misma historia o si esta vez era distinto; por qué mi vida había cambiado tan poco a pesar de todo el tiempo que había pasado; si no me correspondía dormirme temprano para llevar a mi hijo a la escuela, en lugar de estar tirando otro forro a la basura.

Cuando volví, Sony dormía cubierta hasta la cabeza con una frazada. Me di una ducha rápida para sacarme de encima el olor a sexo. La había pasado aceptablemente bien, pero me había aburrido después de acabar y solo rogaba que terminara el turno. Al fin,

aunque nuestro acuerdo había sido otro, me preguntó a dónde había ido y le inventé que había salido con Charly.

Danny me dijo que claramente yo lo había hecho por venganza, y si no era por venganza era por algo muy parecido. Equilibrar el universo, fue lo último que opinó sobre el tema. Nos habíamos juntado a tomar una cerveza en un bar, porque a esa hora Sony daba su clase de inglés en el departamento y Danny seguía viviendo con la madre. Hacía meses que no nos veíamos y casi no hablábamos nunca, pero me había escrito un mensaje para encontrarnos porque la estaba pasando pésimo con la novia. Ella había querido dejarlo; él la convenció de que siguieran juntos; al final arreglaron darse un tiempo separados, pero ya iban más de nueve días y la pibita ni siquiera le contestaba los mensajes. Mientras levantaba papas fritas con cheddar de un plato cubierto de aceite, Danny trataba de mantener la compostura para hablar de los años que habían pasado, cómo él le había sido fiel, las mujeres a las que les había dicho que no. ¿Y ella? Tomaba un trago de cerveza, apretaba los labios, se mordía antes de contarme cómo la novia le había dicho que estaba aburrida, que necesitaba un cambio, quería conocer otra gente, como me había pasado a mí tantas otras veces, a mi primera novia, lo mismo que increíblemente a Danny —que mientras hablaba se contenía y al mismo tiempo parecía que lo sacaba todo afuera— nunca le había pasado. Justo ahora que planificaban vivir juntos, ella ya cerca de los veinticinco, *con edad como para ser madre*, y yo le pregunté si habían hablado de ser padres, y dijo que por supuesto, que él quería, casarse no era necesario, pero un pibe era otra cosa, un pibe había que tener en esta vida. Como Mariano Puente. ¿Me había contado?: se juntó con una compañera de la clínica de rehabilitación; la minita quedó embarazada; parecía que el chabón había sentado cabeza. ¿Y el Panza Morcillo? Trabajando de lunes a viernes de siete de la mañana a tres de la tarde, conviviendo con una mina separada y con dos pibes. Y pedimos otra ronda de cervezas y nos preguntamos qué habría sido del Nene Herrera, que se había quedado a vivir en Miami y ni siquiera tenía Facebook para que le siguiéramos el

rastro.

Yo me sentía demasiado joven para ser padre. Además, ¿con qué plata? Sony estaba todavía más convencida: los hijos te sacan libertad, de ninguna manera iba a ser madre. La entendía. Había visto a mis padres resignarlo todo por mí. Quizás por eso no había vuelto a pensar en hijos desde que salía con Maia. Pero por alguna razón hablar de bebés sirvió para tomar el impulso que me faltaba: habíamos cenado un pollo a la naranja que yo había preparado especialmente, mirábamos unos videos de *Off the Air* en YouTube; suspiré, murmuré media palabra que ni siquiera yo entendí; Sony me preguntó qué me pasaba, bajó el volumen de la notebook, me dijo que si tenía algo para decirle este era el momento.

Me miró mal cuando le conté. Me preguntó quién era la chica. Le dije que no tenía importancia. Me preguntó si me vengaba de lo que ella había hecho. Le dije que de ninguna manera, que solo cumplía con nuestro trato. ¿Cumplía?, repitió. Lo pensó un par de segundos, respiró hondo; me dijo *okey*, yo estaba en mi derecho, así como ella había estado en el suyo, era nuestro trato, ¿o no? Le contesté que sí. Nos abrazamos. Me felicitó por habérselo contado, también por lo rápido que había conseguido chonga. Al final aprendiste, ¿eh?, y yo me reí con ella. Fue cuando empecé a sospechar que quizás sí estaba enamorado de Sony, que ella también de mí, y que el nuestro podía llegar a ser lo que ninguno de mis amores anteriores había sido: un amor sin mentiras ni ficciones, un amor real, un amor verdadero.

Los telos me ponían incómodo, me hacían sentir que seguía atascado en el pasado. Por eso prefería verme con chicas que vivieran solas. Las conocía en Tinder; concretábamos después de un par de semanas de dar vueltas por chat. Llevaba una botella de vino, algunas flores del porro que había empezado a cultivar con una luz de sodio en el placar del baño. Una hora de charla, una hora de sexo, otra hora para fumar el porro y coger de nuevo. Volvía a casa y, si Sony todavía no había vuelto de su salida, tomaba un gramo de clonazepam para bajar la ansiedad de la espera. Aunque lograra dormirme, era imposible que no me

perturbara la posibilidad de despertarme solo en la cama, que no hiciera demasiadas preguntas cuando escuchaba las llaves de Sony que por fin abría la puerta. Yo quería saber: a dónde había ido, con quién, hasta qué hora. Ella respondía de forma vaga y, si había estado con alguien, era un detalle sin importancia: unos besos con alguna chica en una fiesta, o muy de vez en cuando (si yo le insistía para que me contara) con algún chico medio tarado que le había parecido lindo. Si era un tarado, entonces ¿por qué le había dado un beso? ¿Era más lindo que yo? ¿Le gustaba más? ¿Iban a verse de nuevo? Por suerte, Sony tenía paciencia con mis inseguridades y dejaba las suyas a un lado: aceptaba lo que yo le dijera, jamás hacía preguntas y seguía adelante con su vida como si realmente el asunto no fuera importante. La única vez que quiso saber si había estado con otra (era sábado, los dos habíamos salido, Sony había vuelto primero y cuando la saludé al llegar se dio cuenta de que tenía olor a perfume de mujer), le contesté igual que ella lo hubiera hecho: que me había dado unos besos con una cheta bastante estúpida pero bastante linda.

Por supuesto que también teníamos nuestros planes. Íbamos a comer afuera, a comprar ropa barata en la avenida Avellaneda, a bailar *house* en un sótano del centro. Nos reíamos, éramos cómplices, la pasábamos bien, pero pasado el primer par de años era claro que habíamos perdido algo. ¿Qué fue primero? ¿Dejar de coger entre nosotros o coger con otras personas? Llevábamos viviendo juntos el tiempo suficiente como para que ninguno fuera una novedad para el otro. Habíamos dejado de hacerlo a la noche, porque Sony decía que la cena la hacía sentir pesada. También se habían cortado nuestros encuentros de la mañana. Solían ser sus preferidos, pero sin ninguna explicación dejó de responder cuando la acariciaba, le daba besos en la nuca, me apoyaba contra ella para que sintiera la erección furiosa del despertar. Pero Sony me sacaba la mano, se acomodaba más lejos, se daba vuelta para el lado contrario, seguía durmiendo. Al principio pensaba que habíamos dejado de coger entre nosotros porque nos distraíamos con otros, pero cuando por fin sucedía, después de una semana, dos, a veces

casi un mes sin reencontrarnos en la cama, era evidente que ya no teníamos las mismas ganas de antes.

En realidad, era ella la que parecía no sentir lo mismo. Yo la veía salir después de la ducha, sacarse la toalla, pasarse crema por las piernas… Conocía de memoria el cuerpo de Sony, pero sus negativas me habían llevado a verla como un paraíso perdido, el lugar al que cualquiera parecía tener acceso menos yo, que otra vez la despertaba lamiéndole la oreja, que intentaba con palabras sucias, con una cena romántica, con una pastilla de éxtasis para cada uno, poniéndome boca abajo y ofreciéndole las esposas, haciéndome el esclavo y el dominante, con el látigo que ella usaba para mí, esta vez yo con mi cara de amo maldito. Y Sony me decía que no tenía ganas, que no fuera pesado, hoy no, no estaba en el *mood* correcto. Me juraba que no cogía con nadie, que se veía gorda, y ese era el problema, pero otro día dijo que le molestaba que yo era muy brusco, que la tocaba atolondrado, que tenía que ser más suave, ir de a poco… aunque también me decía que no porque yo era demasiado suave, o le dolía la penetración, o pasaba por una etapa más lesbiana o tenía terror a que la píldora no le hiciera efecto y quedar embarazada. A veces ni siquiera inventaba una excusa: simplemente no tenía ganas de coger conmigo.

Sin embargo, nunca dudé de nosotros. Es cierto que muchas veces sufría, pero tomaba el sufrimiento como un aprendizaje. Sony me enseñaba a ser libre, me daba alas, abría las puertas de una nueva manera de entender el amor. Eso mismo le conté a papá cuando me preguntó si teníamos planeado formar una familia.

Nuestros viernes a la noche se habían vuelto sagrados. ¿Cuántos años ya con Sony? ¿Cómo iba la relación? ¿Qué tal nos llevábamos? Papá hacía todas las preguntas juntas, con un suspiro del vozarrón que tenía antes, ahora sí mirándome a los ojos, aunque todavía con algo de vergüenza. La misma vergüenza que sentía yo, que apuraba dos copas de vino para animarme a hablar con papá sin la desconfianza, el temor, la distancia que había existido entre nosotros y que se acortaba cada vez un poco, a medida que él envejecía y que yo aprendía a demostrar lo que me pasaba.

Primero, el golazo de Messi, el pase de Iniesta, la definición contra el palo izquierdo. Después, los detalles de la relación abierta, que yo podía estar con las chicas que quisiera, no hacía falta esconderse ni pedir permiso; responder cuando Sony me preguntaba sí, pero jamás me preguntaba nada.

—Y cuando te pregunte, vos negáselo. —Papá alzó los brazos—. Una cosa es ser moderno y otra ser boludo. ¡Mirá si iba a decirle a tu madre de tener una relación abierta!

—El cuento de hadas de la monogamia y el amor romántico — repetí lo que alguna vez me había dicho Sony.

—El amor puede ser —dijo papá—, la pasión te la debo. —Y le hizo un gesto al mozo para que nos trajera la cuenta.

Por eso para él la relación abierta seguía siendo un buen negocio, aunque Sony también tuviera sus aventuras. ¿Qué más quería? Era así nomás: el deseo en una pareja es lo primero que se pierde. Era cuestión de acostumbrarse. Mientras tanto, yo tenía que aprovechar y encamarme con todas las que pudiera; ya me había avisado que a partir de los sesenta años los hombres éramos invisibles para las mujeres. Papá sonreía pícaro como sonreía antes. Duró poco. Hasta que me preguntó si yo quería quedarme con la cadenita de plata de mamá o si la seguía teniendo él en una caja de calzoncillos del negocio, donde guardaba los recuerdos.

Para entonces, el tiempo pasaba tan rápido que entendí demasiado tarde que papá tenía razón. Antes tuve que perderlo, casi sin darme cuenta, con la misma sorpresa con la que había perdido a mamá. La maldición de morir joven se había repetido en la familia. Así también se había ido el abuelo y ahora su hijo, de un infarto que su cardiólogo esperaba y yo temía, aunque prefería hacer de cuenta que nada de eso era cierto. El corazón de papá había aguantado demasiado sin mamá. Lo dijo el corredor amigo de él en el entierro. Fue uno de los pocos que vinieron. Papá no tenía mucha más gente cerca, y no supe a quién más avisarle.

Sentía que recién en los últimos tiempos lo había llegado a conocer como hombre más allá de su rol de padre. Me arrepentía por haber tardado tanto, aunque estaba seguro de que no hubiera

podido ser de otra manera. Su muerte fue un golpe que asimilé gracias a la dedicación de Sony y las horas que pasó abrazándome cuando lloraba por descubrirme huérfano, tirado en la cama fumando las tucas de los porros esparcidas sobre la mesa de luz, escuchando «Naranjo en flor», «Los mareados», «Uno», los tangos que papá silbaba cuando yo era chico y nos llevaba de paseo al puerto, el humo contra el techo de mi habitación, de nuevo en casa, al olor a cera para pisos y al frío de mi ventana, a donde había vuelto con Sony y hasta que decidiera si nos quedábamos a vivir ahí para ahorrar el alquiler o vendía y dejaba atrás mi infancia y todo lo que había sido.

Encima mi trabajo en la productora era pura monotonía. Demasiados años haciendo lo mismo, sin espacio para crecer ni interés en hacerlo. Después de tanto tiempo, lo único que me importaba era que las horas pasasen lo más rápido posible cobrando lo más que pudiera en un plazo estipulado. Casi nada de eso sucedía nunca. Trabajaba para nunca tener la plata suficiente. Estaba por cumplir cuarenta, a esa edad papá ya tenía su negocio y su familia formada. A mí la vida se me estaba yendo y no había hecho nada importante. Por eso Sony insistía para que de una buena vez grabara mi canción, por lo menos una, que retomara mi proyecto. Me lo decía a mí y se lo decía a ella: las clases de inglés la aburrían; quiso volver a hacer promociones, pero pagaban mal; ahora trabajaba *part-time* en la comunicación de un espacio feminista; jamás se había interesado por el tema, hasta que una chonga la había iniciado. Pero el sueldo le alcanzaba para comprarse sus cosas y pedir algún que otro *delivery;* el resto de las cuentas seguían siendo mi responsabilidad; la diferencia era que ahora tenía un alquiler menos que afrontar y algo de plata que papá me había dejado.

Mi ánimo fue mejorando gracias a sus ahorros, el trabajo nuevo de Sony que, según ella, «le abrió la cabeza a otra manera de entender su condición de mujer en la sociedad patriarcal» y las pastillas que me recetó un psiquiatra después de una charla de dos minutos que terminó con su firma, un sello y una visita a la

farmacia. Volví a ocuparme de mí, organicé el material, armé los arreglos que me faltaban, y «Caniche toy» quedó listo para entrar en producción. Solo me faltaba coordinar los horarios con Charly y el guitarrista de Manada Suelta, porque necesitaba un par de músicos más para encontrar el sonido que quería. Pero cuando me sentí mejor de ánimo también volvió la calentura. Con Sony llevábamos cuatro años de convivencia y más de dos meses sin sexo; era cariñosa conmigo, se mantenía atenta a lo que me pasaba, cómo me sentía, si necesitaba algo, pero cuando me acercaba para abrazarla y le besaba el cuello, bajaba la mano, le apretaba la cola, se escabullía con cualquier excusa. Eso no cambió entre nosotros por mi nueva condición de huérfano. Solo una vez, y perdí la erección cuando me di cuenta de que lo hacía por lástima.

Si antes buscaba a otras mujeres porque necesitaba sumarlas a una lista, ahora lo hacía para conectar con alguien que me quisiera de esa forma en que Sony había dejado de quererme. Y no pensaba que se tratara de amor. Tenía que ver con el sexo, con separar una cosa de otra, con entender que el amor sí podía ser para siempre, pero jamás la pasión. Reflexiones como esas aburrían a mis chongas, y me pasaba el tiempo contándoles de papá, de mamá, de lo que había sufrido últimamente (la relación abierta, los problemas del principio, cómo la rutina, la convivencia, algo de eso había terminado con el deseo), cómo mis amantes se habían convertido en mis amigas; las veía más de una vez, aprendía a quererlas, había dejado de salir corriendo después de sacarme las ganas. La amistad con sexo me parecía la relación perfecta. Por suerte, ya nadie preguntaba si existía la amistad entre el hombre y la mujer. O sí, pero era gente que nunca se cruzaba conmigo. A veces tenía orgasmos, a veces nada más eyaculaba. Cuando me quedaban ganas, volvía a casa, me encerraba en el baño y me tocaba despacio, atento a las sensaciones, aprendiendo a controlar el impulso, y así volvía a sentir el impacto, la pequeña muerte que me daba vida.

Cuando la confronté a Sony y le dije que llevábamos tres meses sin coger, me contestó que estaba muy cargoso. Cuando le expliqué que estaba cargoso porque ella me rechazaba, me dijo que no se

sentía muy sexual, ni conmigo ni con nadie. Le pregunté por qué y se le cayeron las primeras lágrimas: con sus amigas del espacio feminista hablaban mucho de los vínculos tóxicos que habían tenido; Sony había descubierto que cuando vino a vivir a Buenos Aires, con el novio anterior, el psicópata ese o el otro hijo de puta que no la dejaba trabajar o el que la menospreciaba todo el tiempo y la despertaba para que le preparara el café con leche a la madrugada… Esa vez fue ella la que necesitó abrazarme —ahora llorando con fuerza— para secarse las lágrimas sobre mi hombro. Entonces le dije: Con más razón, ¿cómo puede ser que no quieras coger conmigo ni siquiera por eso, por hacer feliz al hombre que te hace la vida mejor, que quiere verte contenta, que te desarrolles?… Pero Sony me pidió que la perdonara, atravesaba una etapa de demasiados cambios.

Desde esa charla, fui yo el que rehuía cuando se acercaba para peinarme el flequillo, hacerme cualquier mimo, con una ternura que me exasperaba y, supongo, elegía para demostrarme que me quería como al principio. Era lo que más me molestaba: que me diera besos en la frente, que me hiciera recostar sobre sus piernas para acariciarme la cabeza, esos gestos maternales que habían reemplazado a los otros, los que casi nunca aparecían y, si aparecían, era nada más que para empeorar las cosas: me metía la mano, yo me excitaba, quería tocarla también, y bastaba que me excitara para que sacara la mano, se alejara de la mía, cambiara de tema y me dejara solo.

Así duramos algunas semanas más, sin que ninguno de los dos volviera a hablar de lo que nos pasaba, yo ofendido y ella culposa, hasta que una tarde, mientras masterizaba un *jingle* en la productora, me mandó un mensaje para avisarme que esa noche se iba a ver con una chica que le gustaba.

Esta vez aceptó decirme quién era: una música, igual que yo, que además era referente de una organización que defendía el aborto legal, seguro y gratuito, una chica grande, más o menos de mi edad, pelo corto, camisa a cuadros, bien lesbiana, dijo, pero delicada. Me compartió el perfil de Instagram. Cuando me contaba

que había estado con una mujer, no me ponía celoso. Unos besos, alguna tocadita, no mucho más. Pero ahora era distinto. Realmente le pasaban cosas; me lo dijo esa noche cuando volvió de verla: me contó que habían cenado *veggie,* que le parecía hermosa, que tenía las ideas superclaras, que también era música, pero cobraba un sueldazo en la administración pública… ¿Qué pasaría si se quedara un fin de semana en la casa de ella? ¿A mí me molestaba si llevaba algo de ropa? ¿Me ponía celoso si, por ejemplo, dos o tres veces por semana no volvía a casa? Los ojos de Sony brillaban de entusiasmo.

Lo último que quería hacer era pasar ese fin de semana solo, encerrado en el departamento, persiguiéndome con que iba a dejarme. Le escribí a una de mis nuevas amigas, una directora de teatro y dramaturga que había conocido en Tinder y con la que nos embarcábamos en largos debates sobre el sentido del arte. También a una tuitera con la que nos habíamos visto dos veces y hacía un par de semanas que veníamos prometiéndonos un tercer encuentro. Ninguna respondió. Estuve hasta las cuatro de la mañana buscando alternativas, pero era feriado al otro día, y la mayoría había viajado, tenía un compromiso o ni veía mi mensaje. Al final, tuve que prender un porro de unas flores de índica para relajarme, buscar unos videos del océano profundo en YouTube y esperar que viniera el sueño. Quería dormir, pero me atormentaba pensar que mi novia tenía novia. Podía sonar muy moderno, aunque una cosa era decirlo y otra soportarlo. Saqué los videos y puse música clásica. Pasé de Bach a Chopin, de Satie a Liszt. Terminé escuchando el «Réquiem» de Mozart. Me tomé una pastilla de clonazepam. En algún momento debió haber hecho efecto.

El ruido de las llaves me arrebató del sueño. No me dio tiempo a levantar las servilletas usadas, la lata vacía de cerveza, la media porción de pizza, que habían quedado desperdigados sobre el colchón. Sony se acercó para saludarme con un beso. Le pregunté cómo la había pasado, y me dijo que bien; me preguntó si yo también había salido, y le mentí que sí; miró a su alrededor y por la cara que puso supe que no me había creído. Recién cuando fue al baño, tiró la cadena y volvió para servirse un vaso de agua con

hielo, me animé a preguntarle por qué había vuelto tan rápido y no se había quedado a pasar el fin de semana, como me había dicho, con su nueva novia.

Su respuesta me sorprendió. No la esperaba. Y eso que, pensándolo bien, era absolutamente lógica. Se había sentido raro para Sony dormir con otra persona. Se habían dado unos besos, se habían metido mano. Pero después de acabar un par de veces ya no tenían nada más que hacer. Además la piba tampoco le había insistido demasiado para que se quedara. De hecho se tendría que haber ido mucho más temprano, había estado como cuatro horas dando vueltas en la cama sin poder dormir, como que todo le parecía forzado.

Sus palabras fueron todo lo que necesitaba escuchar. La abracé fuerte y le dije al oído: El amor es esto, el amor es volver a casa, lo importante no es lo que hacemos cuando estamos separados, sino cómo nos sentimos cuando estamos juntos. Sony ahogó una risa que apuntaba para ser estrepitosa: me dio un beso en la mejilla y me dijo que lo que había dicho era bastante cursi. Tenía razón, pero yo también y por la forma en que sonrió supe que ella estaba de acuerdo.

Su romance frustrado con esa chica fortaleció nuestra pareja. No solo por el hecho de que entre ellas no se había producido esa conexión que sí teníamos nosotros. También porque habíamos dado una muestra de que podíamos estar juntos y al mismo tiempo ser libres. Yo intentaba estar a la altura de Sony, me enorgullecía cada vez que lo lograba, pero ella siempre daba un paso más, me empujaba a salir de mi zona de confort, me obligaba a desafiarme. Entendí de una vez por todas lo que había querido negar desde el principio: que estaba completamente enamorado de ella, que no había otro modo de explicar lo mucho que me esforzaba por seguirla en sus ideas, cuánto la admiraba, todo lo que quería aprender. Un aprendizaje que atravesaba el dolor, pero también la fantasía.

Fue una noche. Caminábamos por San Telmo. Habíamos comido un choripán en uno de los puestos del mercado. Dos copas de vino

tinto para cada uno. Salimos. Sony iba completamente sobria, pero a mí se me movía el piso. Ni siquiera me di cuenta de lo que pasaba: saludó a una chica en bicicleta, se dieron un beso, la chica se acercó para saludarme. Apenas entendí que era la novia (¿exnovia?) de Sony. Recién había comprado una bolsa de rica coca. ¿Queríamos ir a su casa a tomar unas rayitas?

Un segundo piso por escalera, el departamento de tres ambientes donde Roma vivía con dos amigas que habían viajado. Bienvenidos al *tortódromo*, nos invitó a pasar. Sony ya conocía y, ni bien entramos, encaró por el pasillo que llevaba al baño. Mientras tanto, Roma me preguntó si prefería tomar cerveza, whisky o una gaseosa de pomelo. Cuando le contesté que obvio que quería el whisky, me guiñó el ojo y volvió con tres vasos, dos hielos en cada uno, la botella de Johnnie Walker etiqueta negra que apoyó sobre la mesa de vidrio.

Pelo corto, camisa a cuadros, hablaba con acento provinciano. Se rio cuando le conté que Sony antes me hablaba de yates y de viajes a Miami y ahora, por culpa de sus nuevas amigas, despotricaba contra el patriarcado y se ataba un pañuelo verde al brazo. Me dijo que era así: El feminismo te despierta. Y a mí también me estaba despertando. Me calentaba que fuera tan masculina para moverse, hablar, sentarse con las piernas abiertas y un poco inclinada hacia delante, exactamente igual que como me había sentado yo. Cuando Sony volvió del baño (¿de qué hablaban ustedes…? ¿Me estaban sacando el cuero? ¿Estaban diciendo que soy muy influenciable?), Roma ya peinaba las rayas sobre la mesa de vidrio. Ni Sony ni yo habíamos probado la cocaína. ¿Se animan?, Roma me miró de reojo. Sony se sentó en el medio de los dos, le dio un beso a Roma en la boca, otro a mí, y aplaudió para que nos apuráramos con el canuto.

Hablamos un rato, terminamos los whiskies. La dueña de casa sirvió otra ronda. Sony nos iba relatando cómo le había pegado la cocaína. Roma describió su próximo recital: en España, cobraba en euros; con lo que sacaba de los conciertos vivía seis meses allá, medio hippie, obvio, pero vivía. Me prometió que después me iba a

dar un par de consejos para mi música. Roma era cálida, sencilla, le gustaba hacer chistes tontos. No me dieron celos cuando le agarró la cara a Sony y le metió la lengua hasta el fondo. Solo me dolió recordar el tiempo que hacía que nosotros habíamos dejado de besarnos así. Lamenté lo que la convivencia, la costumbre o las dos juntas habían hecho con la pasión de nuestra pareja. Me dio pena haberme vuelto incapaz de provocarle a Sony lo que Roma le provocaba, los dedos en gancho dentro de mi compañera que acabó a los gritos, agarrada de mí y de Roma, que también acabó, pero apenas un rato después y con ayuda de la mano de Sony, salpicando un chorro de *squirting* que me empapó (me pareció tan hermoso abrir la boca, sacar la lengua, para recibirlo) mientras Sony nos miraba con los ojos enormes y sin poder creer lo *flashera* que era una concha.

Así fue nuestro primer trío, que terminó con los tres durmiendo en la cama, Sony en el medio, empastillados para bajar la cocaína, despertándonos con el sol que se filtraba a través de unas cortinas de tul verde, para levantarnos y hablar poco y de lejos, porque ni Sony ni yo nos habíamos llevado cepillo de dientes, vestirnos con la ropa tirada bajo el sillón o en los rincones del departamento, y que Roma bajara a abrirnos la puerta, a despedirnos con un pico en la boca para cada uno.

Al anochecer de esa mañana, después de tantos meses, Sony y yo volvimos a coger. Llevábamos tanto tiempo sin hacerlo que la ansiedad me ganó, acabé rápido y terminé más frustrado que antes. La diferencia era que las esperanzas habían renacido. El trío parecía haber avivado las brasas que yo ya creía cenizas de nuestra pasión. De repente, sin que hiciera nada, cuando miraba televisión o cuando amasaba pizza, Sony me buscaba, me metía mano, se sacaba la ropa y me pedía que le diera fuerte contra la mesada. Era el mismo lugar en donde mamá preparaba las milanesas, pero yo solo quería sentir a mi compañera.

Un día encontré el libro en lo alto del placar, escondido como lo había dejado antes de mudarme a vivir solo: *Higiene sexual del soltero*. Consejos de salubridad y educación *genésica* publicados en

1925 por un escritor español que, según Wikipedia, había sido traductor, bohemio y aventurero. Apenas recordaba lo que decía. Treinta años más tarde, me sorprendí de que el señor Ganizzo me hubiera regalado ese libro como padrino de confirmación. El mundo había cambiado. Ya no me sentía tan solo. Después de todo ese tiempo, había encontrado mi equipo. Éramos los que luchábamos contra los salvajes. Los que nos oponíamos a que el control remoto de la sociedad se aferrara a las manos de señores como Ganizzo.

Por supuesto que a Danny le conté de los tríos. De ese y de uno que hicimos con otra amiga de Sony. Esa segunda vez fue rara: Sony se arrepintió a último momento, yo quería seguir, su amiga también, terminamos cogiendo entre la chica (una abogada que habíamos conocido bailando *techno* en un sótano del centro) y yo y Sony pasando música en su computadora. Obvio que el fin de semana siguiente se tomó revancha: llevó a casa a una que era más machota que Danny y que yo juntos, que apenas me vio se puso agresiva, me dio la espalda en todo momento y al primer movimiento que hice me advirtió que todo bien, pero que no le gustaba que la tocaran los hombres. Terminé mirando televisión en la cama, desnudo porque Sony me había sacado la ropa para darme algunos besos también a mí, mientras ellas tijereteaban a un costado. ¡Nuuuu!, escribió Danny, una carita asombrada, el sticker de una película porno. Me contó lo que le había pasado al Panza Morcillo, que andaba con *gatos* y se gastaba un sueldo del Estado en un par de días de cenas de lujo, hotel y algún regalo para la mina de turno. Se metió en el juego, las deudas, le compró joyas a otra que se borró…, escribió por WhatsApp, la única manera en que hablábamos, porque ya casi nunca nos veíamos y ninguno tenía más teléfono de línea. ¿Y de Mariano Puente sabía algo? Una recaída, brotes psicóticos, había estado internado otra vez. Del Nene Herrera me dijo que había cagado al socio y por eso se había quedado en Miami. Y parece que había tenido problemas allá con una de sus secretarias: se había comido una denuncia por abuso, encima casado, tenía hijos, papeles, se había mandado a mudar y nadie sabía dónde, ni siquiera la esposa, desesperada porque con su

trabajo no podía mantener a los críos… Era un supuesto, porque Danny había chateado con la prima del Nene, pero no parecía demasiado segura de nada. ¡Y Danny se había mudado! En principio solo, aunque no perdía las esperanzas. Iba todos los viernes al trabajo de la ex a llevarle una sorpresa, a ver si así la reconquistaba. Lo único que esperaba era que eso fuera antes de que se le terminara de caer el pelo, porque se estaba quedando pelado en serio. Yo controlaba la caída con un champú especial; pero de cerca veía cada vez más borroso, por culpa de la presbicia. El tiempo se nos venía encima. Pero ¿cuántas iban ya?, me preguntó Danny. ¿Cincuenta minas? ¿Más? Le dije que hacía rato había abandonado esa lista.

Pero la marea de la rutina nos tapó de nuevo. Hasta los tríos en algún momento se volvieron parte de lo mismo. Hicimos alguno más, pasó un tiempo largo, y al final terminaron por disiparse también. Sony atravesaba otra de sus nuevas etapas, y yo de nuevo parecía haber quedado afuera. Por lo menos ahora sabía cómo reaccionar. Dejar que pasara el tiempo, que la rueda girara hasta que volviera a fijarse en mí. En lugar de buscarla, ponerme cargoso y alejarla con mis insistencias, esperaba a que saliera a algún lado, me bajaba con un mismo movimiento el bóxer y el pantalón, me acostaba con la cara cubierta con su almohada, el disco de Miles Davis en los auriculares, y me tocaba despacio y con consciencia plena de lo que estaba haciendo, y aunque me parecía triste masturbarme pensando en la mujer con la que dormía cada noche, aunque sintiera lástima de mí mismo, de nosotros, de lo que otra vez nos pasaba, había aprendido a conocer mi cuerpo lo suficiente como para regalarme el orgasmo que necesitaba para resetearlo todo.

Además, así perdía menos tiempo. Volvía a la computadora, a probar nuevos sonidos para mi canción, incorporar una base a lo Giorgio Moroder, un *in crescendo* épico, algo de ABBA también. Y recién cuando quedaba satisfecho o me había cansado, buscaba a alguien con quien pasar un rato como a mí —ahora lo sabía mejor que nunca— realmente me gustaba. Los tríos con las amigas de

Sony me habían abierto otro mundo. Las lesbianas me calentaban. Cuanto más varoneras fueran, mejor. Una me dijo que ella tenía sexo con hombres, pero solo se enamoraba de mujeres; otra, que solo cogía con putos, así que yo tan machito no debía ser. Y era verdad que con ellas podía ser tan puto como quisiera. Era parte de un juego que les daba sentido a esas noches.

Sentía que el feminismo me había liberado. Las amigas le decían a Sony que yo era un «aliado», un «aliadín», que me faltaba mucho para deconstruir… Pero para mí era al revés: estaba reconstruyendo lo que alguna vez había sido, antes del colegio de los Hermanos, de la televisión y de las presiones por ser el hombre que tanto me había resistido a ser. Habíamos ido a una fiesta en un subsuelo de lo que había sido un cine porno del centro, húmedo y oscuro. Las paredes alfombradas y el piso marcado por las patas de las butacas. La mayoría eran hombres medio desnudos, con arneses de cuero cruzados en el pecho, tangas que apenas tapaban lo mínimo necesario, una correa alrededor del cuello. Musculosos, desodorante achocolatado, gafas de sol. Electrónica y sexo en los rincones. Una maraña de cuerpos encimados, un grupo de mujeres sin corpiño y con las axilas peludas, triejas, la música de *beats* furiosos, Sony bailando con una remera larga y holgada por donde le asomaban los pezones.

Tomamos una pasti cada uno. Me sentía un poco desubicado entre sus amigas, necesitaba que la droga me hiciera efecto rápido. Eran cinco mujeres y yo, seis si contaba a Sony, quizás en algún momento, más tarde, si de la fiesta íbamos a otro lado… Pero un chico se había puesto a bailar cerca. Parecía gay por los tiradores de cuero, pero se movía alrededor de Sony, le agarró las manos. Yo sabía que le hacía poca gracia que la tocara un desconocido, pero ella también le agarró las manos y se acariciaban los dedos con los brazos extendidos. Por mi parte, bailaba tan drogado como ellos, y la situación me pareció normal. Sin embargo cuando el chico se acercó tanto que pensé que iban a besarse, mis piernas volaron los dos metros que me distanciaban de Sony, que enseguida me hizo lugar a su lado, le preguntó al chico su nombre y nos presentó

mientras nos dábamos la mano. Seguí bailando sin mirar al chico (nunca entendí cómo se llamaba), que primero amagó con irse, pero con un par de pasos volvió al punto de partida y se acomodó en el medio de nosotros dos, de frente a Sony, de espaldas a mí, lo suficientemente cerca para permitirme absorber el perfume de los tiradores de cuero, bajo el tañido de unas campanas a repetición y el coro de vientos surfeando la línea de un bajo prominente. Sony lo hizo girar, y el chico quedó frente a mí. Lo fue acercando hasta que los tres bailamos como si construyéramos uno, el brazo de ella alrededor de mi cintura, el chico en el medio. ¿Querés que lo llevemos a casa?, me preguntó Sony por el costado de esa cabeza que al mismo tiempo nos separaba y nos mantenía juntos. El chico apretaba la espalda contra ella mientras yo sentía la transpiración de su cuerpo sobre mi piel erizada.

Lo que siguió lo viví con una mezcla de nervios y adrenalina. El éxtasis que de pronto parecía haberse desvanecido, la conversación incómoda en el Uber, Sony intentando que la situación resultara lo más natural posible. La ayudé relajándome con unos cristales de MD que el chico me ofreció y tragué con dos sorbos de agua. Hubo luces bajas, música (una *playlist* con Massive Attack, Portishead, Zero 7), Sony desvestida en un conjunto de encaje que corrió a ponerse ni bien llegamos a casa.

Una mañana salió del baño golpeando la puerta. Yo recién me despertaba. Ella se había levantado temprano, porque había ido a la farmacia a comprar un test de embarazo. ¿Qué cosa?, pregunté. Un test de embarazo. Se sentó en la cama, se puso colorada, la cara se le desfiguró en un llanto, me abrazó, tembló. Ni loca —dijo—, ni loca. Yo lo sabía muy bien, no solo porque lo habíamos hablado. Una semana atrás, la habían contratado para dirigir un proyecto «multidisciplinario» sobre temáticas «de la contemporaneidad». El título era tan largo que nos daba risa, pero Sony iba a ganar bastante plata. Además, con eso podía aspirar a una beca en el exterior. Un año, dos, un tiempo en otro lado. Quería hacerlo sola, por lo menos los primeros meses, pero obvio que me podía sumar al plan. Le limpié las lágrimas, la volví a abrazar, le pregunté si estaba

segura. Me mostró el test con las dos líneas rojas. Le dije que me refería a si estaba segura de que no íbamos a tenerlo.

Yo tampoco quería ser padre, pero me sentía culpable. Suponía haber madurado lo suficiente. Tenía más tiempo, podía ocuparme de la crianza. Cambiarle los pañales, despertarme a las seis y media, llevar el nene al colegio, responder las notas de la maestra en el cuaderno de comunicaciones. Vivir pendiente como lo había hecho mamá conmigo. Cada vez más veía en la calle a hombres de mi edad que hacían eso. Mientras tanto, Sony podía salir a trabajar y volver tarde, cansada y de mal humor, harta de meter la mano en la cartera para pagar las cuentas. No es así, dijo Sony cuando se lo planteé en la cena. Hacía mucho que no coincidíamos para comer. Uno tenía hambre más tarde y el otro, más temprano; a veces ni siquiera comíamos lo mismo, porque cada cual se pedía lo que tuviera ganas. Nos gustaba así, sin obligarnos a ningún hábito más de los que ya se nos habían enquistado. Era parte de una misma forma de entender la vida, de estar juntos sin perder nuestra independencia. Ya tendríamos un hijo más adelante si así lo decidíamos los dos, ¿o yo no sabía cómo eran esas cosas? ¿O me creía que solo era una cuestión de ver quién llevaba al nene al colegio? Le di la razón, pero por algún motivo me seguía generando culpa. Traté de justificarme: ¿Para qué traer una persona más a un mundo que colapsaba? ¿Qué derecho tenía a engendrar una vida que estaba destinada a morir? Yo mismo había atravesado angustias muy profundas pensando en mi muerte. ¿Cómo explicarle a un hijo que su destino sería ese? Pero enseguida apareció algo más: la desconfianza, los celos, el reproche por lo que habíamos hecho con ese pibe que se hacía pasar por maricón y al final resultó ser más mujeriego que yo. Una cosa era saber que Sony era libre, y otra ser testigo de su libertad. Nunca la había visto bajar la mano, apretar, sonreír satisfecha, meterse en la boca la pija de otro. En cambio ella me había incentivado, pero yo nada, apenas unos besos con él, que me tocó un poco, que consiguió que lo tocara un poco también, nada demasiado profundo, porque en realidad era con ella que… ¿Y si el hijo era de él? ¿Cómo sabía yo que en algún momento ellos no

habían cogido sin forro o que se había roto o…? Por suerte nada de eso salió de mi cabeza. Me mantuve en silencio, controlando el caos de las ideas, a sabiendas de que eran producto de mi desconcierto, incluidos los celos, que me prometí aguantar, como correspondía, un poco porque no era el momento para reproches y otro poco porque ni siquiera tenía razón en plantearlos.

Me concentré en los últimos detalles de mi tema. La mezcla había quedado lista. Ahora tenía que preocuparme por las redes sociales. Según Sony, iba a necesitar alguien que me ayudara con eso. Le pregunté si quería ser ella. Me dijo que si subíamos la canción a Spotify podíamos hacernos millonarios. O si hacíamos un video para YouTube. De eso también se podía encargar ella, que estaba aprendiendo a editar con una aplicación nueva. Íbamos a cobrar en dólares. Con eso podíamos recorrer el mundo evangelizando nuestra relación libre. Los ojos le brillaban. Yo lamentaba que los tiempos hubieran cambiado tanto. Quería tener mi disco, que fuera de verdad, abrir la caja de mi *compact disc* y escucharlo en el minicomponente en esas noches interminables abrazado a mi primera novia, en aquellos días de amor ingenuo que a veces, quizás porque la ingenuidad representaba un lugar seguro, extrañaba tanto.

Le dije que sí, que íbamos a tener este proyecto juntos. Además de compañeros, ahora también éramos socios. Y otra cosa, dijo Sony: Con la casa de tu familia, hacé lo que quieras, pero con la plata que ganemos nos compramos un yate. ¿Un yate? O un departamento en Miami. Le dije que creía que con el feminismo se había olvidado de esos lujos. Me dijo que ni en pedo, pero que ahora la plata la íbamos a poner entre los dos.

Con el título tuvimos problemas. Para mí era «Caniche toy». Según Sony, «Higiene sexual del soltero». Nos reímos cuando nos dimos cuenta de lo que hacíamos. Sony ya había tomado su pastilla. El proceso seguía su curso. No tendríamos un hijo, pero le estábamos poniendo nombre (yo dije «bautizando») a nuestra canción.

Por supuesto que íbamos a hacer un evento de lanzamiento. Rodri fue el primer invitado. Hacía rato que nunca coincidíamos,

pero nos manteníamos en contacto por las redes sociales. Con Charly llevábamos más tiempo sin hablar. Su respuesta fue pura sorpresa: estaba retiradísimo de la joda, de novio con su brasileño de veintisiete años que le cocinaba *feijoada* con mucha *farofa* (puso el *sticker* de un perro riéndose), pero por supuesto que iría al evento. Al rasta también lo invité, en persona. Me felicitó porque nunca había bajado los brazos. Le dije que, si no iba a tener hijos, por lo menos iba a tener mi música. Los que decidimos no tener hijos y nos ponemos grandes… eso sí que es un viaje a lo desconocido, me dijo de repente, la mano en el mouse, la mirada perdida en la pantalla de su computadora, en uno de sus raptos de lucidez entre chequear los bajos de un *jingle* y los agudos de otro. Él tampoco tenía hijos y ya andaba por los cincuenta años. Por eso se había comprado un terrenito con cuatro amigos, cada uno había levantado su casa en un extremo, una pileta en el medio, una parrilla y listo, a envejecer rodeado de árboles y de gente en la misma que uno. ¿Sí o no? El rasta —lo seguía llamando igual aunque le quedaban pocas— sacó el encendedor del cajón de su escritorio: me preguntó si subíamos a la terraza a fumar unas sequitas.

Pensaba escribirle a Danny para avisarle, pero me ganó de mano. Vi que tenía un mensaje suyo, pero estaba concentrado en la cuenta profesional de Instagram que me había abierto. Recién a la noche, con Sony dormida demasiado temprano (durmió mucho esos días), agarré el celular para leer el mensaje: el Panza Morcillo había tenido un ACV.

Cuando fuimos a verlo la madre nos dijo que nos hiciéramos la idea de que el gordito iba a salir en condiciones «poco favorables», o eso le había aclarado la doctora. Tomábamos un café en el bar del último piso de la clínica. Nos contó lo que había pasado: peleas legales para encontrarse con sus hijas (eran hijastras, pero para él eran sus hijas), un sueldo que nunca alcanzaba, jamás decirle a nadie que necesitaba ayuda. Era la vida que el Panza tenía en secreto, una historia que nunca nos había contado y de la que teníamos noticias recién ahora, cuando apoyaba un pie del lado de

la muerte. Después de tantos silencios, el Panza finalmente había reventado, y era el primero de nosotros que se asomaba al abismo. Era verdad que nos poníamos viejos. Era cierto que ya casi habíamos vivido la mitad de lo que teníamos para vivir. Eso si un día no nos pasaba lo mismo que a él. Creo que por eso le conté a Danny; le mostré el gesto que me había hecho Sony: el tamaño del coágulo que había caído en el inodoro después de tomar las pastillas para abortar. Danny dijo: Cómo están la minas, eh, y yo le dije que sí y le conté de la relación abierta, de los tríos, de las veces que ella llegaba a cualquier hora y lo primero que hacía era meterse en la ducha. Danny lo repitió de un *youtuber* que había empezado a seguir: que últimamente todas las minas se habían hecho putas o lesbianas, ninguna quería tener hijos, les importaba más el placer sexual que formar una familia. Le dije que si lo escuchaban las amigas de Sony lo iban a matar a carterazos.

El chiste por lo menos sirvió para que me contara de él, revolviendo el café constantemente, usando todo el azúcar del sobre: la pendeja no quería saber más nada, ya no había vuelta atrás, andaba con otro, uno de los tipo del laburo; él mismo la había visto salir de la mano; no la fue a encarar porque el tipo era tan poca cosa que le dio asco saber que ella era capaz de rebajarse así. Me había tomado mi tiempo, pero con los años había aprendido a reconocer cuando mi amigo realmente estaba lastimado. Le recomendé que aprovechara para vivir lo que no había vivido. Que se descargara Tinder y cogiera lo que no había cogido. Al final, la fidelidad no le había servido de nada. Danny, por supuesto, me juró que sí: se había retirado con la frente alta. Su respuesta me pareció una pelotudez, pero no se lo dije. Hacía tiempo que mi mejor amigo y yo ya no pensábamos lo mismo.

—¡Ah! —dijo mientras nos levantábamos de la mesa. El horario de visita terminaba y el bar del hospital se había vaciado de golpe —. Mi vieja se cruzó con Alex Chabón y la novia.

—¿Qué novia?

—Karen. Siguen juntos. Se casaron, viven en el barrio. Parece que ya tienen tres pibes, pero van a buscar la nena para darle el

gusto a él.

Volví a casa decidido, pero Sony casi me mata cuando le sugerí que mejor cambiábamos por una cena con los más íntimos, en alguna parrilla por el barrio: así la cosa iba a durar poco; si yo iba a empezar con mis amarreteadas, ya estábamos fracasando. Le dije que no era por eso, sino por el Panza, que… ¡Al Panza le encantaría venir a tu lanzamiento! Además yo nunca festejaba un cumpleaños, jamás en la vida. ¡Por lo menos podía festejar el lanzamiento de una canción!, se exasperó Sony. Y ya tenía el lugar. El mismo antro al que habíamos ido la última vez, pero ahora con gente más copada, porque íbamos a ir directamente a una fiesta. ¿Cómo? Y sí: con mis cinco amigos no iba a ser la gran cosa, así que nos íbamos a meter en una fiesta que ya existía. ¿Y yo podía cantar mi tema? Por supuesto, porque Sony era amiga del DJ. Quise saber cómo se llamaba. Me dijo que eso no tenía importancia. Siguió tomando muy tranquila su copa de vino y miró para otro lado cuando se dio cuenta de que yo me contenía las ganas de preguntarle más.

Pantalón ajustado, una remera, quizás una camisa blanca. ¿Con gafas o sin? ¿Y en una de esas menos onda *glam* rock y con algo más moderno? Sony me pidió que sacara del placar toda mi ropa: ella me iba a ayudar a encontrar el *outfit* perfecto.

A esa altura de la relación, ya había entendido que siempre iba a ser ella la que eligiera. Mi rol era entregarme a sus deseos. No lo vivía como un destino fatal. Al contrario. Gracias a Sony, había conocido un nuevo paradigma que todavía me costaba entender, pero en el que cada vez me sentía más cómodo. Teníamos nuestros desencuentros, pero los tomaba como pruebas a superar. Lo importante era lo que construíamos juntos. ¿Para qué separarnos? ¿Para conocer a otra persona que nos impusiera límites? ¿Para forzar la monogamia hasta que todo estallara por los aires? Si no íbamos a tener hijos, entonces tendríamos aventuras, viajes, negocios, juntos y separados, nuestro amor y muchos otros amores. Y con el tiempo ponernos viejos y ya veríamos qué más. Quizás que cada uno viva en un castillo, sentado en su trono de diamantes, comiendo uvas de una bandeja mientras un séquito de *influencers*

nos saca fotos (eso lo dijo Sony); quizás elegir la manera de morirnos cuando hayamos probado todo (eso lo dije yo): al final, quedamos en que íbamos a hacer las dos cosas al mismo tiempo. Igual a mí me bastaba con disfrutar de la maravilla que sentía desplegarse dentro de mí, porque nunca en mi vida —excepto en aquellos pocos primeros años sin escuela ni religión ni mandatos sociales— había sido más fiel al ser que había nacido para llevar mi nombre.

La noche de la presentación de mi ópera prima, le pedí a Sony una minifalda de cuero, una musculosa abierta, las zapatillas que nunca me había atrevido a usar porque me parecían de mujer. Yo quería mi peinado de siempre, pero Sony me porfió que me afinaba el contorno de la cara. Una peluca tranqui, que ella guardaba de una vez que flasheó y se cortó el pelo. Me pareció divertido. También que me pintara los labios. Las uñas del mismo color. El arito no: según Sony, en los chicos de mi edad quedaba de viejo choto. Le agradecí por haberme dicho chico. Me contestó que también me había dicho viejo choto. Un poco de polvo en los cachetes, así me resaltaban bien, y un colgante dorado que sacó de una caja que guardaba debajo de la cama. Después me puso frente al espejo. Nuestra relación había empezado conmigo intentando ser el padre que Sony no había tenido, y ahora ella era la madre de la criatura que alguna vez había sido. Estuve a punto de decírselo, pero ella tenía algo para decirme también.

Parecía insegura por primera vez. Elegía las palabras. Lo había pensado mucho, y quizás era mejor que se alquilara un *depto* y viviéramos separados, *juntos pero separados,* así yo podía quedarme en la casa de mis padres el tiempo que necesitara para tomar una decisión y ella tenía su espacio propio como antes de conocerme. Le encantaba vivir conmigo, pero ya era hora de que diéramos un paso adelante. ¿Un paso adelante?, pensé. Más bien me parecía un paso atrás. Pero ¿hacia dónde queríamos ir? ¿El amor se había terminado porque no sentíamos celos, porque ya no necesitábamos vivir juntos, porque nos permitíamos ser libres? ¿O todo eso era el verdadero amor?

Por el momento, Sony iba a sacarme una foto para anunciar el lanzamiento de mi tema en las plataformas. Me distrajo una notificación del celular. Mensaje de Danny. La madre del Panza lo había llamado: el gordito mejoraba, había salido de terapia intensiva y, si Dios quería, iba a recuperarse de a poco. Acordamos ir a visitarlo en la semana. Me dijo que no iba a poder ir a mi lanzamiento. Salía con una bióloga que había conocido en Tinder. Le cabía que la ataran; él todavía no había probado, pero estaba aprendiendo por YouTube. La mina estaba medio loca. Le había dicho que se venía una epidemia jodida a nivel mundial. Puse jaja y le contesté que seguro iba a ser una epidemia de marihuana.

A Charly, el look del lanzamiento lo volvió loco: me dijo que era Miss Mundo 2019. Se abalanzó para felicitarme. Rodri llegó justo en ese momento. Se saludaron con un beso en la boca. Sí, estaban en una, ya me iba a contar. Ahora había que entrar a esa fiesta como cuatro divas. ¡Y ni hablar que la reina absoluta es Junior con su peluca al viento! ¡Priscilla, la reina de la ciudad de la furia!, gritó Charly, que me avisó que Rodri tenía una sorpresita para mí. Y Sony, que se había adelantado hasta la puerta, vestida con su conjunto neón, un látigo y una campera de tachas, nos hizo señas para que camináramos más rápido.

La fiesta era en el cine porno. Sony había pedido que en un costado de la pista ubicaran un cartel con mi nombre (al final, decidimos que el apellido no iba) y el título de la canción escrito con lentejuelas rojas. Era nada más para nuestros amigos; el resto de la gente se iba a enterar a las tres de la mañana, cuando el DJ pusiera mi tema. Lo importante era el registro, sacar muchas fotos, bien iluminadas, que pareciera que toda esa gente venía a nuestro lanzamiento. Después ella iba a hacer su magia en Instagram.

¿¿¿Y esta loca???, me miró de arriba abajo una cara que Rodri traía con él: ¿Te acordás de quién soy? Por supuesto que la Brisa, la última de las mohicanas del culito firme. Habían pasado los años y el bótox, pero me seguía pareciendo hermosa. Se la presenté a Sony. Se saludaron con dos besos. Cuando nos quedamos solos, le conté que era la chica trans con la que había estado hacía mucho tiempo.

Ni siquiera así Sony se puso celosa: me felicitó porque siempre había tenido buen gusto.

Compramos agua y elegimos un lugar con buena iluminación. Éramos pocos. Roma llegó un rato después, de la mano de otra de las amigas de Sony, que en realidad parecía un amigo, era un chico trans, en vías de transicionar o un no binario, nunca terminó de quedarme claro, pero *elles* completaron el público, porque el rasta tampoco había ido, y el guitarrista de Manada Suelta había avisado a último momento que tenía otro compromiso. Ahí estaba, con mi núcleo duro, según Charly; mi *groove armada,* como dijo Rodri. Ya habría tiempo de que fueran millones los que bailaran mi música. ¿Por qué no soñar con ser el primer artista *queer* de la historia? ¡Pero la historia está llena de artistas *queer*, papi!, se indignó Brisa. ¿De dónde sacaste que sos el primero? Sí, pero así como yo no hay ninguno. ¡En eso tenés razón! Aunque te falta tomar mucha sopa antes de comprarte una peluca… Le aclaré que la peluca era prestada. Me hizo un gesto con la mano: Te acepto que quizás seas un poco *queer*. Dio media vuelta y siguió bailando sola.

La pastilla empezaba a hacer efecto. También el medio cartón de ácido que me había convidado Rodri, el porro, la copa de champagne que Sony acababa de rellenarme. Dijeran lo que me dijeran, seguía entusiasmado. Con el lanzamiento de «Caniche toy», saldaba mis traumas de la infancia. Lo mío era un manifiesto, una declaración de principios, el renacer del ABBA Fénix de los niños incomprendidos del mundo. Iba a ser libre como lo era hasta el día en que me habían encerrado en ese jardín de infantes. Bueno —interrumpió Charly, la copa de champagne en alto—, ya brindamos por tu canción, ahora brindamos por nosotros. ¡Nos casamos! Rodri y Charly se dieron un beso, nos abrazamos los tres, Roma y su *amigue* se unieron al abrazo, Brisa distraída con un chico que había aparecido de la nada, Sony sacando fotos para las redes.

La sirena que resonó desde la cabina del DJ congeló el momento. Una oleada de droga me recorrió la espalda. Apreté la mandíbula, me preparé para escuchar el futuro. Iba a ser un éxito. Iba a recorrer el mundo con mi música. 2020 sería mi año. Una gira

por América Latina, Estados Unidos, Europa, quizás llegar hasta Japón. Y sonaron las *reverb* de mi muro de sonido a lo Giorgio Moroder, los acordes espaciales, las cuerdas que había incorporado a último momento. El futuro, dije en voz baja, los puños apretados, nubes de porro en la pista. *¿En dónde estoy? ¿A dónde voy? No sé quién soy ¿Soy o no soy?* Sony se acercó para bailar conmigo. *No soy tu boy. Mi novio es Roy. Sin él no voy.* El corazón me estallaba. La miré a los ojos, le agarré las manos, le dije gracias, te amo, la abracé fuerte, le respiré profundo en el cuello; ella me dijo yo también te amo, nos sonreímos de cerca, pareció que íbamos a besarnos con pasión, pero lo hicimos suave, acariciándonos apenas los labios con la lengua, preparándonos la piel, abrazándonos el cuerpo hecho de plumas hasta que nos soltamos y bailamos todos juntos y en ronda, un abrazo de amor universal. *Te doy, me voy. ¡Caniche toy!* La canción terminó con los aplausos de mis amigos. Excepto Sony, que filmaba mientras nos pedía que nos juntáramos para que pareciéramos más. Otra copa de champagne que me sirvió Rodri. Un dedo de ketamina de un papel glacé que Brisa le había sacado a su chongo. ¡Ojo que eso te disocia! —me advirtió Charly, al oído, con la mandíbula apretada—. Es alto viaje… ¡Ah! Y te aviso que ni en pedo me caso con la bruja de Rodri; antes muerta que atada a una astróloga. A esa altura de la noche, ya me era imposible seguir la historia entre esos dos. Agitábamos un *techno* de multicolores. Unos chicos merodeaban alrededor de Sony. Me quise acercar, pero Brisa me agarró del brazo: ¡No seas celoso! Le contesté que de ninguna manera: Amor libre. Exacto, la vida es corta, cogé con tortas, hay que coger hasta que se pueda… Pero uno de los chicos bailaba detrás de Sony y le besaba el cuello, el otro se dejaba tocar por ella. Me acordé de papá y mamá cuando terminábamos de cenar y doblaban el mantel juntos, cada uno una punta de la tela, avanzando y retrocediendo como si se tratara de una coreografía en lo que era, para mí, la prueba de que el amor existía. Me acordé de eso cuando Sony me guiñó un ojo cómplice con la cara hundida entre sus chicos, y yo levanté el pulgar, sonreí y le hice una seña para avisarle que iba al baño.

Caminé entre cuerpos desnudos, músculos, arneses de cuero y las botas altas y negras de una mujer en tetas. Mi chorro de pis resbaló al fondo del mingitorio de un baño salpicado con sudor y sexo. Me lavé las manos, me las sequé en la minifalda y me concentré en mi cara en el espejo: el delineador de los ojos corrido, la peluca mojada, un Principito que iba a aspirar su último saque de ketamina.

Lo que llegó después fue, cada segundo, un poco más difuso. Di una vuelta por la pista, bailé al lado de los parlantes, pensé en lo que estaría haciendo Sony, si iba a querer irse con esos dos, si me iba a pedir que los acompañara o si nos íbamos a ir con ellos, Roma y su *compañere* a revolcarnos bajo una guirnalda de luces rojas. Pero en lugar de volver con mi grupo me perdí por un pasillo oscuro. Gemidos, la sombra de los cuerpos aplastados contra la pared. Entré en el calor y la humedad de un sótano, una respiración que me erizó la nuca; los pelos de una barba me rozaban; me tocaban de atrás, me apoyaban bajo la cintura. Acaricié una mano que se me ofrecía, la acompañé cuando recorrió mi pierna, la ayudé a meterse bajo la tela engomada de la minifalda. Me preparé. De verdad quise entregarme. Pero estaba demasiado drogado como para que se me pusiera dura. Me lo dijo una voz respirada al oído, y que de todas maneras iba a probar un poco.

No recuerdo exactamente lo que pasó con esa barba. Solo que salí del pasillo y me senté sobre un sillón salpicado de neones. La peluca a un costado, transpirada contra el suelo. Oleadas de calor y estremecimientos. Hasta que un nuevo subidón me cerró los ojos. Alucinaba que mi grupo venía a felicitarme. Nos dábamos un abrazo, nos decíamos te quiero. Rodri, Charly, Sony, Roma, su *amigue* trans, Brisa y el chongo que repartía unos papeles de colores. Ni hétero ni homo ni bi ni nada que nos hiciera distintos. Nos unían los besos. El sexo era nuestro antídoto contra la muerte. O por lo menos una manera de acompañarnos mientras la esperábamos. Lloré porque esa idea me pareció demasiado hermosa. Suspiré y fue como si me evaporara. Ya no necesitaba de la religión, de los psicólogos o de los extraterrestres. Peluca y minifalda. Amores

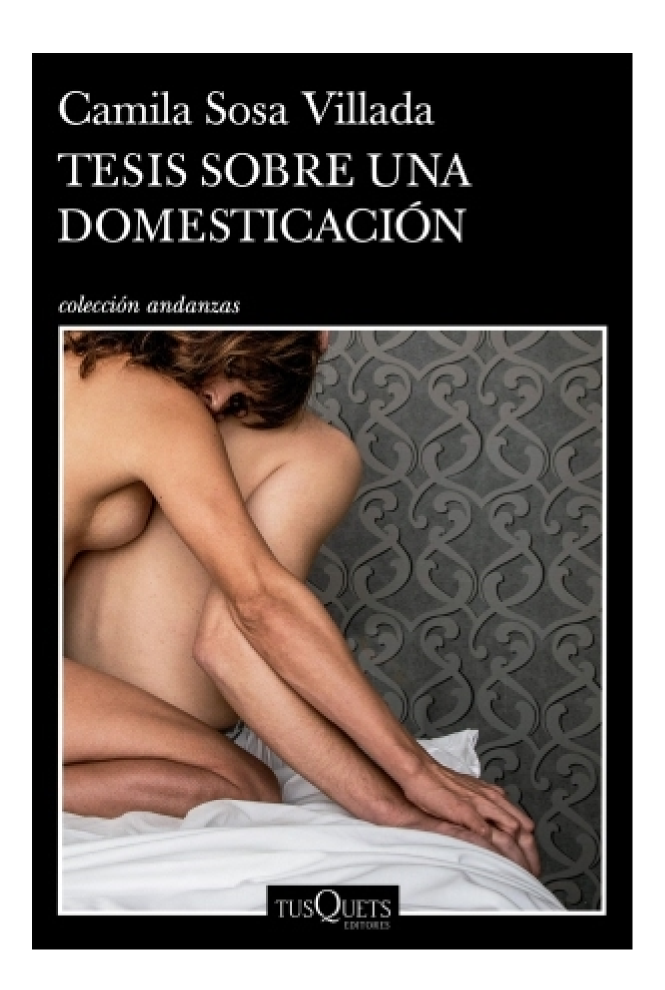
libres. Algunas drogas para desplegar las alas. El eco del corazón latiendo, planetas y campanarios, un brillo todavía lejano que iba a acercarse de a poco, a medida que algo dentro de mí subía, flotaba, me dejaba atrás. Y, de repente, una fugacidad en el aire. Se sentía liviano mientras se dejaba ir. Era como si Junior por fin se elevara al cielo.





¡Seguinos!





Tesis sobre una domesticación

Sosa Villada, Camila
9789876707879
264 Páginas

"Una sola travesti es suficiente para socavar los cimientos de una casa, deshacer los nudos de un compromiso, romper una promesa, renunciar a una vida", piensa la inolvidable actriz que narra esta historia de pactos invisibles y pasiones arrasadoras. "Una sola

travesti es suficiente para socavar los cimientos de una casa, deshacer los nudos de un compromiso, romper una promesa, renunciar a una vida", piensa la inolvidable actriz que narra esta historia de pactos invisibles y pasiones arrasadoras. Vulnerables, los personajes de Camila Sosa Villada se pierden en una vida burguesa y apacible, abrumados por infiernos y culpas. Erotismo y violencia habitan sus vínculos, pero también una profunda ternura. En Tesis sobre una domesticación, la familia se aferra a breves momentos de felicidad sin darse cuenta de que ha sido vencida desde el comienzo. Salvaje y conmovedora, esta novela de Sosa Villada vuelve a mostrarla como una escritora extraordinaria, capaz de conquistar a miles de lectores y lectoras en todo el mundo. "Camila sabe que el alma de una actriz vale por dos, a veces incluso por tres. Y el de una travesti también." Valeria Vegas



La misa del diablo

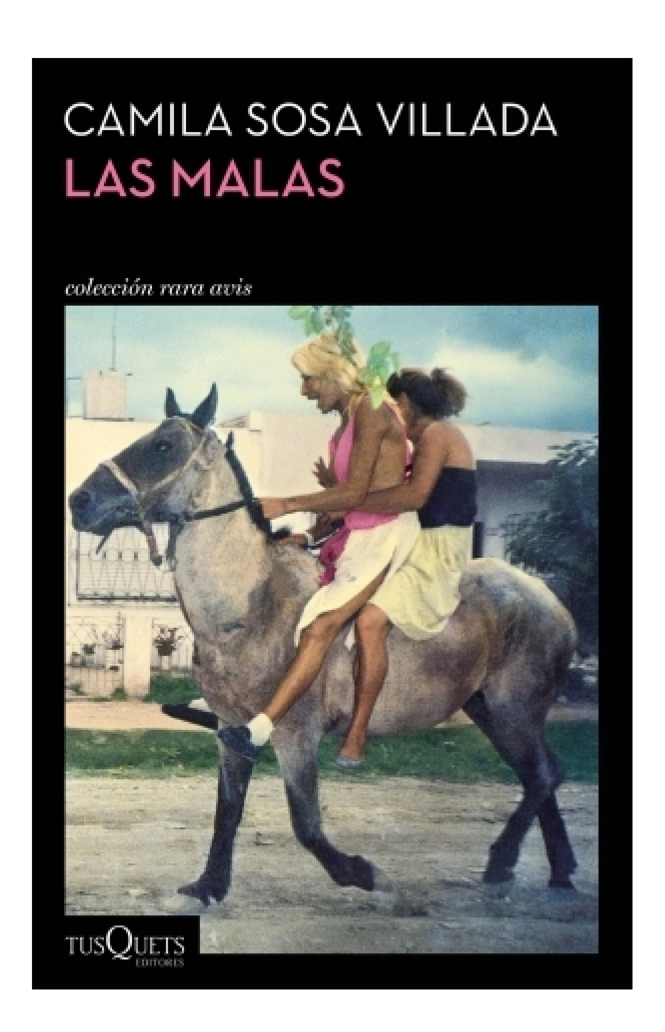
Prenz, Miguel

9789876705547

248 Páginas

El domingo 8 de octubre de 2006 apareció, a dos cuadras de la terminal de ómnibus de la ciudad de Mercedes, Corrientes, el cadáver decapitado de un chico de doce años. La cabeza estaba apoyada junto a su cuerpo semidesnudo. La víctima, se llamaba

Ramón González –Ramoncito-. Las investigaciones develaron que se trataba un crimen ligado a un ritual, durante el que había sido violado y torturado. El periodista Miguel Prenz llegó a Mercedes dos años y medio después del asesinato y antes de que comenzara el juicio (el primero relacionado con un crimen ritual en América Latina), y encontró una trama en la que se mezclaban los rumores de una secta espeluznante, la pobreza casi terminal de la familia de Ramoncito, la esquiva figura de un empresario, una curiosa mujer policía que es mae de santo de una religión afrobrasileña, y una adolescente –Ramonita, testigo del crimen- cuyas declaraciones resultaron tan escalofriantes como la revelación de que las paredes de la casa donde había vivido, estaban pintadas con sangre humana. En medio de las más verdes inocencias de la pampa gringa, Prenz encontró esta historia que hunde sus bordes en las zonas más siniestras de la ferocidad humana. En octubre de 2006 apareció, en la ciudad de Mercedes, Corrientes, el cadáver decapitado de un chico de doce años. La cabeza estaba apoyada junto a su cuerpo semidesnudo. La víctima, se llamaba Ramón González –Ramoncito-. Las investigaciones develaron que se trataba un crimen ligado a un ritual, durante el que había sido violado y torturado. El periodista Miguel Prenz encontró una trama en la que se mezclaban los rumores de una secta espeluznante y la pobreza. Una historia que hunde sus bordes en las zonas más siniestras de la ferocidad humana.



Las malas

Sosa Villada, Camila

9789876705783

224 Páginas

Cuando llegó a Córdoba capital para estudiar en la universidad, Camila Sosa Villada fue una noche, muerta de miedo, a espiar a las travestis del Parque Sarmiento y encontró su primer lugar de

pertenencia en el mundo. Las malas es un rito de iniciación, un cuento de hadas y de terror, un retrato de grupo, un manifiesto explosivo, una visita guiada a la imaginación de su autora y una crónica distinta de todas. En su adn convergen las dos facetas trans que más repelen y aterran a la buena sociedad: la furia travesti y la fiesta de ser travesti. En su voz literaria conviven Marguerite Duras, Wislawa Szymborska y Carson McCullers, con tonada cordobesa. Las malas es esa clase de libro que, en cuanto terminamos de leer, queremos que lo lea el mundo entero. "Cuando escribimos, Cami querida, las antepasadas se levantan de la puerca muerte, de la tristeza y la soledad, y vengamos el destino que nos impone este mundo puerco, y somos por fin nuestro sueño, naciendo, hirviendo, naciendo, hirviendo, naciendo..." SUSY SHOCK "La Villada grita verdad en una prosa verídicamente trava y desde ahí exige a toda persona ajena a nuestra comunidad una hermenéutica nueva. ¿Es verdad lo novelado hasta la exacerbación, es verdad toda esta fantasmática? ¡Sí! Porque ahí nos pinta Camila en todas nuestras densidades, y ahí los expone a ustedes en sus mentiras y acciones ominosas con nosotras". MARLENE WAYAR



Soy una tonta por quererte

Sosa Villada, Camila

9789876706988

216 Páginas

En plena década de los años 90 una mujer se gana la vida como novia de alquiler de hombres gays. En un fumadero de Harlem una travesti latina conoce íntimamente nada menos que a Billie Holiday.

Un grupo de rugbiers regatea el precio de una noche de sexo y a cambio recibe su merecido. Monjas, abuelas, niños y perros nunca son lo que parecen. Los nueve relatos que componen este libro están habitados por personajes extravagantes y profundamente humanos que resisten de modos tan extraños como ellos, frente a lo ominoso del mundo. Soy una tonta por quererte confirma que Camila Sosa Villada es una de las voces más potentes y originales de la literatura contemporánea. Dueña de una imaginación deslumbrante y atrevida, es capaz de hablar la lengua de una víctima de la inquisición mexicana y construir un universo distópico donde la existencia travesti se toma revancha. Su estilo inigualable franquea los límites entre la realidad y la magia, honrando la tradición oral con soltura y solidez.



Las primas

Venturini, Aurora
9789876706391
216 Páginas

Historia de iniciación ambientada en unos equívocos años 40 que despliega el mundo tortuoso de una familia disfuncional de clase media baja de la ciudad de La Plata: una casa sin hombres y llena de mujeres, todas minusválidas, con alguna deformidad física,

mental o imaginaria. Una niña de doce años condenada al olvido, o incluso a un destino más cruel, sale adelante y se convierte en una pintora famosa. Las mitologías del barrio, la familia, la sexualidad femenina y el ascenso social a través de la práctica de las Bellas Artes aparecen puestas en escena y desmenuzadas por la voz inconfundible de la narradora, Yuna, una primera persona que contempla el mundo con una mirada salvaje, a la vez cándida y brutal, perspicaz y ensimismada, y lo narra con una prosa que pone en peligro todas las convenciones del lenguaje literario. A mitad de camino entre la autobiografía delirante y el ejercicio impúdico de la etnografía ín-tima, Las primas consagró a su autora, Aurora Venturini, como una de las narradoras más interesantes de la literatura argentina contemporánea.